

erskine
caldwell

| *a toda máquina
rumbo a smolensko*



de

Lectulandia

El primer libro real sobre la guerra en Rusia es el relato de un famoso novelista norteamericano, ya bien conocido por el público de habla castellana, que ha sido testigo ocular de los acontecimientos. La presencia de Erskine Caldwell en Rusia cuando las tropas nazis iniciaron su invasión, no fue un mero azar. Así lo explica él mismo en el párrafo inicial de su notable narración:

«El deseo de visitar la Unión Soviética venía creciendo en mí desde hacía varios años, pero solamente en la primera semana de 1941 resolví por fin que había llegado el momento de hacerlo. La razón que me impulsó a ir entonces fue el anhelo de llegar a Moscú antes de que los alemanes empezaran su ataque contra los rusos. Estaba convencido de que no había de pasar ese año sin que ello ocurriese».

Esta es pues la narración del inmenso drama que iba a desfilarse ante sus ojos; una descripción extraordinaria, plena, sin cortapisas, de aquellos fatídicos meses.

«Al pie de la calle Gorky está la Plaza Roja. Un convoy de camiones de abastecimiento empezó a dirigirse hacia el Oeste, y cruzó ruidosamente la plaza, cargado de soldados, ametralladoras y balas de artillería. Allí empezaba el camino a Smolensko».

El legendario Ejército del Pueblo. Los pilotos de guerra de la Aviación Roja. El lodo. Los campos de batalla. Los bombardeos, los tanques, y los prisioneros de guerra. Los héroes, la alimentación, y la voluntad de la victoria.

«Después de ver a los soviéticos en acción durante la primera semana de la guerra, no dudé ni por un momento de que eran capaces de parar a los alemanes. Evidentemente, el Ejército Rojo tendría que ceder mucho territorio antes de estabilizar el frente, y cada vez resultaba más visible que la retirada a través de las repúblicas bálticas, la Rusia blanca y Ucrania había sido preparada de antemano. La primera línea de defensa contra los alemanes era el frente de Leningrado-Moscú-Rostov. No había nada parecido a la llamada línea Stalin a lo largo de la frontera occidental. El comando del Ejército Rojo trazó el plan de retroceder a la línea Leningrado-Moscú-Rostov y resistir allí. El puesto avanzado de esta línea en el frente central era Smolensko».

Este relato electrizante de los meses en que las pertrechadas legiones nazis avanzaban hacia Moscú es el capítulo de historia más conmovedor que se haya escrito desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Lectulandia

Erskine Caldwell

A toda máquina rumbo a Smolensko

ePub r1.0
Titivillus 10.07.16

Título original: *All-Out on the Road to Smolensk*

Erskine Caldwell, 1942

Traducción: Santiago A. Ferrari

Fotografía de cubierta: *Sovetskaya ulitsa v okkupir smolenske* (Smolensk, Russia, 1941)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

El deseo de visitar la Unión Soviética venía creciendo en mí desde hacía varios años, pero solamente en la primera semana de 1941 resolví por fin que había llegado el momento de hacerlo. La razón que me impulsó a ir entonces fue el anhelo de llegar a Moscú antes de que los alemanes empezaran su ataque contra los rusos. Estaba convencido de que no había de pasar ese año sin que ello ocurriese.

Fui con mi mujer a la embajada soviética en Washington y solicité el visado de los pasaportes. Constantin Umansky, embajador soviético ante los Estados Unidos, no demostró al principio gran entusiasmo por nuestro pedido, y sugirió que podíamos encontrarnos en un país que de la noche a la mañana se volviese hostil al nuestro. Contesté que era improbable, en mi opinión, que los acontecimientos tomaran ese giro, pues si había de ocurrir algún cambio en el futuro sería un rompimiento entre su país y Alemania. Umansky, buen jugador de póker como todos los diplomáticos, desechó mis observaciones con un ademán e indicó que no había ninguna probabilidad de semejante cosa. No obstante, después de varias visitas que le hicimos en Washington, concluyó por prometernos que en Chungking nos esperarían los pasaportes visados. Y así fue, efectivamente.

Llegamos a la capital provisional de China a mediados de Abril, después de muchas semanas de demora en Los Ángeles, Honolulu y Hong Kong. Las condiciones de vuelo por el Pacífico no eran las mejores en esa época del año.

La primera vez que solicitamos pasaje en la línea aérea Eurasia, que realiza el servicio a Hami, provincia de Sinkiang, se nos dijo, con cortesía oriental, que no quedaban asientos, pero que se reservaban pasajes para cuando terminasen las hostilidades entre China y el Japón. Nosotros insistimos, con firmeza occidental, en aprovechar el avión que debía partir durante la última semana de abril del año en curso. Al volver esa noche a nuestro hotel encontré un mensaje de la Eurasia que nos advertía que estuviésemos prontos a partir, y además que nos proveyéramos de moneda china para pagar los pasajes.

Habíamos llevado una bolsita con moneda del Gobierno Central, pero allá en Chungking, en medio de esa cálida primavera, llegamos a la conclusión de que íbamos a necesitar otros 4000 dólares mejicanos, además de los que ya teníamos. Cambiamos nuevamente 100 dólares norteamericanos en el hotel y enviamos una cantidad equivalente al Banco. Con eso habíamos canjeado 400 dólares norteamericanos por 8000 dólares de China. Esa misma noche la Eurasia nos informó de que necesitaríamos unos 10 000 dólares mejicanos para el pasaje hasta Hami, y una cantidad semejante para el pasaje desde Hami hasta Alma-Ata. Apenas habíamos concluido esta nueva transacción financiera cuando se nos informó que la única divisa de circulación legal en Sinkiang, aparte de su propia moneda provincial, eran

los billetes emitidos por el Banco Central de China. Vaciamos la bolsita de dinero sobre el suelo y anduvimos registrando los envoltorios de billetes. Solamente uno de cada cinco era emitido por el Banco Central, pues los demás provenían del Banco de los Agricultores, del Banco de Comunicaciones y de otras instituciones. Hacia el amanecer habíamos conseguido cambalachearlos todos, exceptuando unos cuantos cientos de dólares, por papeles del Banco Central.

Después de varios días de falsas partidas, frustradas por raides aéreas, neblina y desperfectos en los motores, levantamos vuelo para Hami, por vía Chengtu y Suchow. Ordinariamente se trata de un vuelo de unas once horas; llegamos exactamente a los doce días.

El vuelo a Chengtu duró una hora y media. El aparato era un trimotor Junkers de fabricación alemana, para diez pasajeros, con once años de servicio. Tanto el piloto como el copiloto eran chinos.

Los viajeros, además de mi mujer y yo, eran tres funcionarios del gobierno chino, dos aviadores militares rusos y un oficial del ejército de Mongolia. Descendimos en el amplio aeródromo de Chengtu, bajo el cielo más despejado que hubiéramos visto desde que salimos de Hong Kong. Poco antes de tocar tierra, uno de los pilotos chinos cruzó la cabina cubriendo cuidadosamente las ventanas con las cortinillas. Los rusos las alzaron para mirar, pero los demás no nos atrevimos a hacer lo mismo. Todo lo que nos ocultaron mientras bajábamos a la pista se veía mucho mejor en cuanto salimos del avión, poco minutos después.

Apenas desembarcamos, los dos aviadores chinos subieron a un automóvil y desaparecieron a lo lejos, detrás de un montecillo. Iban a merendar en una casa de té, de modo que nos pusimos a caminar en la misma dirección, a través del aeródromo, con los tres funcionarios del gobierno chino. Quince minutos después llegamos a la casa de té, pero nos dijeron que no habría tiempo para tomarlo, pues los aviadores habían decidido partir inmediatamente a fin de llegar a Suchow antes de anochecido. Regresamos al avión.

Mediaba la tarde cuando aterrizamos en Lanchow, que está situado sobre la orilla occidental del Río Amarillo, en la región árida de la provincia de Kansu. Estábamos entonces a cinco horas de vuelo y 740 kilómetros, por carretera, de Chungking. Después de someternos a una prolongada inspección militar, se nos comunicó que los pilotos habían decidido pasar la noche en Lanchow y que partiríamos sin demora a las 6 del día siguiente, rumbo a Suchow y Hami.

Nos despertaron a las 4. El avión despegó a las 5:55. Habíamos volado veinte minutos, cuando repentinamente el aparato viró y se dirigió de vuelta a Lanchow. Poco antes de aterrizar pregunté a uno de los pilotos qué pasaba, y me contestó que un motor no andaba bien y querían probarlo. Estuvimos en tierra apenas dos minutos y despegamos por segunda vez.

Media hora más tarde, cuando nos elevábamos sobre unas montañas de casi 2000 metros de altura, la cabina empezó a llenarse de humo y sentimos el olor penetrante

de la pintura quemada. Una delgada columna de humo subía desde el piso. Pocos momentos después nos balanceamos en nuestros asientos mientras el avión se inclinaba pronunciadamente y los tres motores rugían en el máximo de su esfuerzo. Si alguna vez pudo sobrepasar ese aparato los 160 kilómetros por hora, fue entonces, pues de seguro marcó la mejor velocidad de sus once años de existencia en el viaje de vuelta a Lanchow. Cuando avistamos el aeródromo, callaron los motores, y nos deslizamos por el aire hasta aterrizar entre bruscas sacudidas. Esta vez nadie pensó en correr las cortinas, aunque el aeródromo estaba lleno de aparatos dispuestos en muchas hileras, algunos reales y otros simulados.

Salimos atropelladamente del avión. Fueron arrancadas las chapas que cubrían por debajo el motor de proa o central; los mecánicos acudieron corriendo por la pista con matafuegos, y una nube de humo negro se expandió sobre el aeroplano. El tubo de escape y el múltiple habían sido completamente destrozados por fuego de popa, surgido posiblemente cuando se hacía calentar el avión esa mañana, y la llama del motor había chamuscado el interior de la cabina.

El administrador del aeródromo, tras un largo examen, dijo que habría que reparar el aeroplano antes de que pudiésemos seguir viaje a Suchow, y que partiríamos a las 6 de la mañana siguiente. Le pregunté cómo se iba a reparar el aparato si no había repuestos, pero me contestó que se sacaría un múltiple y un tubo de escape de otro aeroplano. Miré en torno, mas no vi ningún avión que me pareciera capaz de suministrar la pieza necesaria.

No partimos a la mañana siguiente, ni a la otra, ni a la tercera. En la del sexto día nos despertó el zumbido de varias veintenas de bombarderos y cazadores de fabricación soviética que pasaban sobre la ciudad. Decidimos acudir inmediatamente al gobernador de la provincia y pedir asiento en algún avión militar para ir a Hami. Necesitamos varias horas para abrirnos paso por las vías de acceso al funcionario. Primero tuvieron que presentarnos al jefe militar de policía, que nos presentó al secretario del secretario del gobernador. A hora avanzada de la tarde se nos manifestó que el gobernador no podía recibirnos porque no teníamos la debida firma en nuestros pasaportes para la provincia de Kansu. Nos dijeron que la firma necesaria podía obtenerse solamente en Chungking y que tendríamos que regresar allí antes de que el gobernador pudiese concedernos audiencia.

Al día siguiente fuimos a la oficina del comisionado de carreteras para la provincia de Kansu, a fin de preguntar si nos sería posible viajar hasta Hami en uno de los camiones militares. El comisionado nos dijo que habitualmente el viaje dura diez días, pero que en esa época del año requeriría dos semanas. Le estrechamos la mano y nos fuimos.

De regreso en el hotel, el empleado nos informó que la policía había enviado a buscarnos para que nos presentásemos a la oficina civil y explicásemos que andábamos haciendo en Lanchow, y puesto que ya estábamos en la ciudad, por qué procurábamos con tanta vehemencia encontrar los medios de salir. Mandamos decir

que estábamos demasiado cansados para presentarnos ese día, pero que procuraríamos hacerlo pronto. A medianoche nos despertaron y nos dijeron que el avión partiría a la mañana siguiente.

A las 5 estábamos en pie. No perdimos el menor tiempo en hacer las maletas, y llamando al mozo encargamos un *soufflé* de banana para desayunarnos. El sol brillaba alegremente, los niños jugaban en el patio y nos parecía escuchar el canto de los pájaros en los aleros de la pagoda. Los camareros nos trajeron una tetera adicional, cuyo contenido utilizamos para lavarnos la cara y los dientes, rociando el suelo con el resto para fijar el polvo. Aún no habíamos terminado el *soufflé* cuando sonó una alarma antiaérea. Y por supuesto, el aeroplano no partió tampoco ese día.

A las 6 de la novena mañana el administrador del aeródromo entró presurosamente y nos arrancó del lecho. Dijo que el avión partiría al cabo de una hora.

Cuando salíamos del hotel oímos un tumulto en la calle. Corrimos a ver, y encontramos la calle repleta de un extremo a otro por una turba vocinglera. Los comerciantes cerraban apresuradamente las cortinas de madera de los escaparates, sacando de la acera todo lo que podía transportarse, y cerrando las puertas. La escena tenía todo el aspecto de una rebelión popular contra el Gobierno Central, o por lo menos de uno de los peligrosos amotinamientos provocados por la carestía del arroz. La policía llegaba precisamente en ese instante. Pregunté al empleado del hotel de qué se trataba. Me dijo que era una situación inusitada, pero de ningún modo grave. Parece que un comerciante chino había defraudado a un compatriota en un negocio relativo a dos pantalones usados.

Fuimos al aeródromo y esperamos todo el día, pero no apareció ningún avión. El nuestro había vuelto a Chengtu para cargar nafta y no regresaba. Al anochecer volvimos al hotel.

Aquella noche acudió la policía y después de mirar una vez más nuestros pasaportes, los agentes menearon apesadumbradamente la cabeza. Los invitamos a comer *soufflé* de banana, pero rehusaron diciendo que nunca probaban comida extranjera. Después de un rato, vino el administrador del aeródromo diciendo que el aeroplano, luego de haber tornado a Chengtu en busca de nafta, había hecho todo el viaje de vuelta a Chungking. Añadió que tenía que reabastecerse en Chungking porque no había gasolina en Chengtu. La explicación parecía bastante razonable, pues la nafta, transportada por miles de kilómetros al interior de China, desde Birmania y la Unión Soviética, en camello, mula y camión, era de los productos más escasos. Pero no creímos una sola palabra de todo ello.

Sin embargo, el avión llegó efectivamente a la mañana siguiente, décimo día. Después de un vuelo de tres horas paramos al borde del desierto de Gobi, en Suchow, para pasar la noche. Hallábase el aeródromo en una llanura, al pie de la estribación septentrional de los montes de Kuen Lun, cuya cima aparecía nevada. Aún nos encontrábamos en la provincia de Kansu, pero todos los letreros del aeródromo

estaban escritos en ruso. De las paredes colgaban carteles adornados con el retrato de Stalin, de Lenin y de los jefes del Ejército Rojo. Súbitamente China parecía haber quedado muy lejos.

A las 7 de la mañana levantamos vuelo sobre el desierto de Gobi para efectuar la etapa a Hami, que normalmente dura tres horas. Nos habían dicho que allí nos esperaba el aparato que nos llevaría a Alma-Ata y que al anochecer nos encontraríamos en la Unión Soviética.

Después de ganar una altura de 400 metros, el aeroplano empezó a brincar y cabecear. Soplaban de frente un viento que venía desde el desierto de Taklamán al de Gobi, con una velocidad de 120 kilómetros por hora. Ascendimos a 4000 metros, pero el viento no amainaba. Ya una tormenta de arena había cubierto todo. Hasta las nevadas cumbres se habían vuelto invisibles. Nos agarrábamos a los asientos para no ser lanzados de cabeza contra los costados de la aeronave.

Con una desviación hacia un lado y una zambullida repentinamente ejecutada, los pilotos consiguieron cambiar el rumbo. Bajamos y bajamos hasta que nos pareció que en cualquier momento nos íbamos a clavar de proa en el desierto. Pasaban los minutos y aún no se veía nada. El sol se perdía en medio de la tormenta de arena, sobre nuestras cabezas, y yo sentía como si la noche hubiera cerrado de pronto en torno a nosotros. Después, súbitamente, el fondo del desierto de Gobi se elevó desde el vacío para venir a nuestro encuentro. Los aviadores enderezaron bruscamente al aparato, y antes de que supiéramos lo que había pasado estábamos saltando sobre el áspero desierto.

Habíamos aterrizado cerca de un aeródromo militar, y pronto corrieron hacia nosotros soldados que parecían mongoles, con la bayoneta calada. El avión no llevaba la insignia del Gobierno Central, una estrella blanca de muchas puntas, ni tampoco la estrella roja de la Unión Soviética, por lo cual los soldados no querían dejar de precaverse. Formaron en círculo alrededor del aparato, mientras un oficial abría cautelosamente la puerta de la cabina y miraba adentro. La cerró de prisa, apostó de guardia a dos mongoles de seis pies de estatura con la bayoneta calada y desapareció. No volvimos a verle hasta cinco horas después, cuando tomó nuestros pasaportes y nos dijo que podíamos salir y encaminarnos a los cuarteles, situados a unos dos kilómetros. Nos instalaron en una sala que contenía dieciocho camas, todas con sábanas y almohadas limpias, más dos frazadas de lana cada una. Allí nos quedamos hasta las 5 de la mañana siguiente.

Soplaba todavía con fuerza el viento cuando nos levantamos, pero su violencia había disminuido mucho. Los aviadores cruzaron el patio donde crecían dos altos álamos y observaron atentamente la acción del viento sobre las hojas. Al cabo de un rato decidieron que se podía reanudar el vuelo en condiciones de seguridad.

La etapa hasta Hami duró poco más de tres horas. Volamos a baja altura durante todo el viaje, a veces casi rozando las serranías del desierto. El Gobi aparecía reseco y calcinado. Año tras año los vientos habían barrido su superficie con tanta fuerza

que en algunos puntos semejaba de mármol pulido. En otros lugares la acción del viento y la arena había trazado en la capa de rocas el dibujo de las ondas del mar. Había largos trechos en que alternaban la arena, la piedra y una substancia que parecía carbón. Al finalizar nuestro vuelo, el desierto se aplanó hasta quedar liso como una sábana de hielo.

Momentos antes de cernernos sobre el aeródromo de Hami, apareció a nuestra vista, por primera vez desde que salimos de Lanchow, el camino militar que va de Alma-Ata a Chungking. La carretera estaba salpicada por puntos que eran camiones y camellos, y su tránsito parecía tan intenso como el del camino a Birmania. El camino a Hami sigue la vieja ruta de la seda, y después de muchos siglos es todavía el único medio de entrar en China desde el Oeste, entre el Tíbet y Mongolia.

El administrador del aeródromo de Hami que, como todas las personas que había en el mismo, era ruso, nos llevó a nuestra habitación, donde las camas estaban hechas con ropa limpia. En las comidas se nos sirvió cuanto podíamos ingerir, y las mesas se llenaban repetidamente de pan fresco. A través del aeródromo veíamos en la distancia la cumbre nevada de Tien Shan, las Montañas Celestiales de la provincia de Sinkiang. Un sol ardiente brillaba en el cielo azul.

Habíamos perdido el avión de la próxima etapa, y solamente el quinto día pudimos subir a un Douglas DC3, de fabricación norteamericana, para efectuar el vuelo de seis horas a Alma-Ata. La única escala fue la de Urumchi, capital de Sinkiang. Tres horas después descendimos en el aeródromo de Alma-Ata, que estaba cubierto de amapolas entre las que nos hundíamos hasta las rodillas, y donde por fin estábamos dentro de las fronteras de la Unión Soviética. Cuando bajamos, la Aeroflot, línea aérea civil de Rusia, nos informó que el avión para Moscú debía partir dentro de dos días, pero tendría uno de retraso.

Sin embargo, al otro día se nos dijo que la línea había decidido enviar el aparato a Moscú veinticuatro horas antes de lo establecido.

A la mañana siguiente, nos embarcamos en el avión de la Aeroflot, un Douglas DC3, de fabricación soviética. Hicimos la primera escala en Taskend, en el centro de Asia, donde al bajar nos encontramos en medio de una cálida primavera. El restaurante del aeródromo estaba rodeado por un jardín de rosas en plena eclosión. Dentro había cortinas blancas, fruncidas sobre las ventanas, almohadones bordados en las hondas sillas, y pilas de frutillas frescas en las mesas.

El viaje, de unos 700 kilómetros, desde la frontera sudoriental de la Unión Soviética hasta Moscú, se efectuó sin incidentes y con rapidez. Pasamos la noche en Aktyubinsk y a mediodía de la jornada siguiente, después de un vuelo sin etapas de seis horas y media, avistamos a Moscú. El aeroplano voló a baja altura sobre la ciudad, trazando un círculo por encima del Kremlin y La Plaza Roja, y aterrizó en el aeródromo, al lado del estadio Dínamo.

CAPÍTULO II

Cuando llegamos a Moscú, el 12 de mayo, no había signos exteriores de preparativos para la guerra. Los hoteles estaban llenos de hombres de negocios y técnicos alemanes, y solamente pudimos conseguir habitación después que se hizo mudar a un vendedor alemán de herramientas, que la ocupaba con su mujer. Esto no lo alcancé por mi propio esfuerzo, sino gracias a la Unión de Escritores Soviéticos, que ordenó a la Intourist, la agencia de viajes que administraba al hotel, asignarnos una habitación. Pronto descubrimos que la única manera de conseguir que se hiciera cualquier cosa en la Unión Soviética era convencer a alguien de que firmara una orden.

Al próximo día empezamos a preparar un viaje a través de las repúblicas bálticas, la Rusia Blanca, Ucrania y el Cáucaso. Intourist nos dio la información sorprendente de que el Gobierno acababa de dictar un *ukase* que prohibía a los extranjeros viajar fuera de Moscú, y por consiguiente no podría vendernos pasajes. Esta medida estaba dirigida contra los alemanes, pues miles de ellos, fingiendo ser corredores y turistas, habían estado viajando por el país, especialmente en la región occidental de la Rusia europea, durante los últimos dieciocho meses. Sin embargo, ninguna de las personas con quienes hablamos reconocía que era esa la causa de la medida.

Pero yo no pensaba abandonar mi proyecto, y seguimos acudiendo a cuanto personaje pudimos alcanzar, especulando con la teoría de que si veíamos bastante gente alguien acabaría por firmar la orden necesaria. La embajada norteamericana nos aconsejó renunciar a todas las esperanzas que tuviéramos de viajar por la Unión Soviética, pues hasta a ciertos miembros del cuerpo diplomático se les había negado permiso para ir a Leningrado a pasar el fin de semana. Hacia fines de mayo circulaban muchos rumores sobre el paso por la ciudad de tropas del Ejército Rojo, provenientes de Siberia. Se decía que marchaban a las repúblicas bálticas y a la Rusia Blanca. Yo no vi pasar ninguna tropa por las calles, pero una noche, en una estación ferroviaria, observé

Varios trenes llenos de soldados que partían para Minsk.

Durante todo este tiempo, Moscú tenía el aspecto de cualquier capital europea en época de paz. No había preparativos para la guerra, se construían edificios nuevos por toda la ciudad, se ensanchaban calles y el Gobierno anunciaba su nuevo plan de quince años para la industria y la agricultura. El pueblo de Moscú hablaba de sus vacaciones veraniegas y de sus planes para viajar por el extranjero cuando terminase la guerra británico-germana.

A pesar de toda esta apariencia externa de tranquilidad, aún nos era imposible conseguir pasajes para cualquier parte fuera de Moscú. Finalmente, durante la primera semana de junio, la Unión de Escritores Soviéticos nos obtuvo el permiso gubernamental para viajar. Al principio nos dijeron que podríamos ir a la Rusia

Blanca, Ucrania y el Cáucaso, pero no a los países del Báltico. Cuando ya estábamos prontos para partir, el Gobierno alteró su decisión, y retiró los permisos para ir a la Rusia Blanca y Ucrania, dejándonos solamente la autorización para el Cáucaso. Se nos explicó que el Ejército Rojo estaba haciendo maniobras en esas regiones occidentales y que el comando militar nos había prohibido ir allá. Conseguimos que incluyeran de nuevo a Ucrania en nuestro itinerario, pero eso fue todo lo que quisieron conceder el Gobierno y el comando militar. El 10 de junio partimos de Moscú con dos intérpretes, para ir a Kharkov, en Ucrania.

Doce días más tarde, habiendo viajado hacia el Sur, entrando en la República de Georgia, nos encontrábamos en el balneario subtropical de Sohumí, sobre el Mar Negro, cuando empezó la guerra. No me sorprendió, aunque no esperaba que empezase hasta julio.

El pueblo, empero, no se habría asombrado más si el gobierno comunista se hubiera proclamado súbitamente partidario del capitalismo. No lo habían preparado para ello la prensa ni la radio oficiales. Creía que el pacto germano-soviético aseguraba la paz. No había oído ninguno de los rumores publicados en la prensa del extranjero durante los dos meses anteriores.

A decir verdad, los rusos quedaron aturridos aquella soleada mañana del 22 de junio, cuando el comisario de Relaciones Exteriores, Molotov, anunció por radio que existía estado de guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Vi multitudes agrupadas silenciosamente en torno a los altavoces de las calles, mirando incrédulamente la trémula membrana de los amplificadores. Aquel día, nadie en Sohumí tiró el sombrero al aire. Nadie quería la guerra. Al terminar la jornada la tensión había empezado a disminuir. Al principio había una expresión de incredulidad en el rostro de la gente, que gradualmente cedió su sitio al miedo. Pero el miedo duró poco. Pronto desapareció del todo. En una cara tras otra veíamos brotar la sonrisa, sonrisa que indicaba verdadera felicidad porque al fin podrían desahogar sus emociones ligeramente contenidas. El pueblo sabía que el pacto germano-soviético no podía durar para siempre, y este temor venía trabajando a toda la población del país. Sabía que Alemania era enemiga de la Unión Soviética y que inevitablemente sobrevendría una definición entre ellas. De todos modos, lo que yo tomé por expresión de alivio y contento no tardó en traducirse en acción. Todas las personas que vi en esas primeras veinticuatro horas de guerra querían hacer algo. Los hombres en edad militar, muchos de los cuales habían llegado esa misma mañana al Mar Negro para pasar sus vacaciones del año, se amontonaban en los trenes y volvían a su casa. Las oficinas de reclutamiento se vieron en pocas horas tan acosadas de solicitudes que se suprimió el enrolamiento voluntario. Al terminar el tercer día el país se había puesto completamente en pie de guerra, tanto en lo militar como en lo civil.

El repentino movimiento de Hitler no tomaba al Ejército Rojo enteramente sin preparación. Se había esperado el ataque durante toda la primavera, pero las fuerzas

soviéticas no habían avanzado hasta las fronteras. Y aunque la Unión Soviética no sabía que el ataque iba a empezar cuando empezó, el comando del ejército dominó completamente la situación desde el momento en que cruzaron la frontera las primeras tropas alemanas. Había guardia y patrullas fronterizas a lo largo del confín occidental, pero el grueso de las fuerzas de campaña estaban en posiciones más retiradas. Estas posiciones eran notablemente distintas de las tomadas por el ejército francés cuando llegó su prueba con el ejército alemán. Las posiciones del Ejército Rojo eran una serie de líneas paralelas, perpendiculares a las fuerzas que avanzaban. Era el comienzo de la estrategia de defensa en profundidad que tan eficaz había de resultar después para detener a los alemanes a las puertas de Moscú.

Las líneas aéreas civiles cesaron de funcionar, pero a los tres días conseguimos pasaje en un tren para volver a Moscú. Fue un viaje de 2300 kilómetros, subiendo por Rostov del Don, y Kharkov hasta la región central de la República Federada Rusa.

El tránsito militar llenaba cada tramo del ferrocarril, y sin embargo los trenes de pasajeros civiles pudieron mantener una proporción de velocidad muy buena. Llegamos a Moscú con un solo día de retraso.

De vuelta en la capital, la encontramos palpitando con ritmo de la guerra. La visión más espectacular fue el *Ejército del Pueblo*. Es una institución rusa que data de la guerra napoleónica de 1812, y de la defensa de San Petersburgo, ahora Leningrado, durante la guerra civil. El Ejército del Pueblo se compone de hombres de 18 a 50 años que no han podido enrolarse o no han sido movilizados en el Ejército Rojo. En su mayoría son sanos y aptos para la lucha, pero hasta que se los llama al servicio activo, permanecen en sus fábricas. Forman regimientos y compañías, se ejercitan y realizan labores manuales directamente vinculadas con la defensa. La misión de esta fuerza es la de una hueste de apoyo para el Ejército Rojo. Se la destina a funciones de vigilancia, y cuando la línea del frente se desplaza, carga cañones y ocupa su lugar en las trincheras. No lleva uniforme.

La población extranjera de Moscú era agresivamente pesimista en las cinco primeras semanas de la guerra. La población nativa era notablemente optimista. Los norteamericanos hablaban de la caída de Moscú como de algo que se produciría a las dos o tres semanas de empezar Hitler su ofensiva contra la ciudad. Los rusos no tenían la menor intención de entregar a Moscú.

Después de ver a los soviéticos en acción durante la primera semana de la guerra, no dudé ni por un momento de que eran capaces de parar a los alemanes. Evidentemente, el Ejército Rojo tendría que ceder mucho territorio antes de estabilizar el frente, y cada vez resultaba más visible que la retirada a través de las repúblicas bálticas, la Rusia Blanca y Ucrania había sido preparada de antemano. La primera línea de defensa contra los alemanes era el frente de Leningrado-Moscú-Rostov. No había nada parecido a la llamada línea Stalin a lo largo de la frontera occidental. El comando del Ejército Rojo trazó el plan de retroceder a la línea Leningrado-Moscú-Rostov y resistir allí. El puesto avanzado de esta línea en el frente

central era Smolensko. Si caía, el comando estaba preparado para retroceder hasta el este de Moscú y establecer su segunda línea de resistencia a la sombra de los Urales. La razón de este plan es que Stalin sabía que su ejército no podía competir con el alemán en material, especialmente en tanques y aviones, y se proponía quebrantar a los germanos destruyéndoles dos tanques y dos aviones por cada uno que perdieran los rusos.

Stalin sabía, empero, que su ejército era superior en moral y capacidad combativa, así como en efectivos, y confiaba en que esas cualidades producirían eventualmente la derrota de los alemanes.

El efecto de la propaganda alemana fue fácil de apreciar durante las primeras semanas. Los norteamericanos, en particular, quedaban espantados por las afirmaciones de la radio alemana, y muchos de ellos estaban convencidos de que nada salvaría a los rusos de una derrota aplastante. Algunos llegaron a hacer las maletas y prepararse para partir en cualquier momento de Moscú. Otros extranjeros sufrían casi el mismo efecto de la palabra enemiga.

Pero los rusos, no habiendo estado expuestos a la propaganda de Alemania, nunca habían oído hablar de su fuerza invencible. Confiaban en la victoria firme y tenían una voluntad indomable de ganar la guerra. No había derrotismo entre ellos. Todo esto se debió en gran parte a la propaganda de la propia Unión Soviética, que se basaba en el principio de que el Estado se halla en mejor posición para saber lo que conviene al pueblo que el pueblo mismo. Las noticias extranjeras llegaban a la población por la radio y los diarios oficiales, después de haber sido sometidas a severa censura del Gobierno. Todas estaban destinadas a inspirar a la gente confianza en sí misma y en su gobierno. Creaban para el Ejército Rojo un respeto sin parangón en todo el mundo. Y cuando el Gobierno, al principiar la guerra, se incautó de todos los receptores particulares de radio, tuvo bien seguros los medios de mantener este respeto y confianza. Desde entonces el pueblo creyó todo lo que afirmaba el Gobierno. Se le dijo que podía ganar la guerra y lo creyó. Se le dijo que los alemanes nunca vencerían a la Unión Soviética, y 194 millones de hombres, mujeres y niños lo aceptaron sin una duda.

Moscú fue obscurecida desde el principio, y mi primera noche en una capital sin luces, en pie de guerra, fue una experiencia inolvidable.

Era necesario obtener permiso para permanecer en las calles después del toque de queda. Empleé varias horas en conseguirlo y cuando lo tuve ya era casi el momento de la queda. A juzgar por los pocos civiles que encontré en las calles después de medianoche, no se daban muchos pases. Los permisos se otorgaban solamente a los que tenían asuntos urgentes y esenciales, entre medianoche y las 4 de la mañana.

Pocos minutos después de las 12 entré a pie en la calle Gorky, desde mi hotel. A través de la plaza, las torres del Kremlin se proyectaban en el cielo obscurecido, como en un cuento fantástico de la Edad Media. La calle Gorky es la avenida principal de Moscú, y durante la paz se hallaba repleta hasta las 2 o 3 de la mañana.

Cuando empecé a caminar por ella sólo había un puñado de personas. Todos se apresuraban a llegar a su casa antes de que sonara la hora. En la obscuridad se deslizaba de vez en cuando un automóvil.

Exactamente al dar la hora las calles quedaron repentinamente desiertas. En las esquinas había tenues luces verdes y rojas en las manos de la inspección de tránsito, pero era difícil verlas a más de unos pocos metros. Los automóviles no llevaban luces o sólo dejaban pasar por entre ranuras la de sus faros.

Subí la calle Gorky, a tuestas en la profunda noche. Después de varios minutos alcancé a ver dos o tres figuras que avanzaban hacia mí saliendo de la obscuridad. Me apoyé contra una columna del alumbrado y esperé.

Sin encender una linterna ni aun cerillas, me abordaron. Me pidieron el permiso y lo examinaron. Los funcionarios —una mujer y dos hombres vestidos de civil—, me hicieron varias preguntas en ruso. Luego que pronuncié dificultosamente algunas palabras en su lengua, me interrogaron a boca de jarro si era británico o alemán. Respondí que era norteamericano. Evidentemente, quedaron satisfechos porque oí a uno de ellos juntar los talones en el saludo militar y me devolvieron el pase. Las tres figuras se alejaron, tan sombrías y misteriosas como habían venido.

Permanecí varios minutos en el mismo lugar, y luego, protegiendo el fósforo con la mano, encendí un cigarrillo. Noté mis manos un poco inseguras y sentí que los brazos me temblaban. Era la primera vez que encendía un fósforo en la calle durante el obscurecimiento, y temía que en cualquier momento me silbara una bala en las orejas. Transcurrieron varios minutos, y vi encender otro cigarrillo en la acera de enfrente. Supe después que fumar y encender cigarrillos estaba permitido durante los apagones, pero no en el momento de efectuarse un raid enemigo.

Seguí subiendo la calle Gorky. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la obscuridad, y encontré que no era nada difícil evitar estrellarse contra los postes de alumbrado. Observé que casi todos los zaguanes de las casas estaban ocupados por un guardia. En las esquinas siempre había varios, generalmente tres o cuatro grupos.

Después de otra media hora fui detenido nuevamente y por segunda vez me pidieron el permiso. El resto de la noche me pararon once veces, miembros de la milicia o guardias de la calle.

Marché varias horas y después desanduve el camino por la misma calle. Al cruzar una esquina sonó un silbido tan de repente que me dejó aturdido. Menos me habría perturbado una bomba de una tonelada caída cerca. Casi en seguida chillaron los frenos de un automóvil que se detenía a mi lado. Salió de la obscuridad un miliciano y empezó a interrogar al conductor. Examinó atentamente su permiso y el pasaporte del auto, después de lo cual éste pudo continuar su camino.

A medida que aclaraba surgían gradualmente edificios inesperados que se proyectaban en el cielo como carámbanos. La ciudad empezó a tomar forma y substancia. Al regresar hacia la Plaza Roja, reconocí puntos de referencia familiares que me trajeron de nuevo a la realidad. Al fin y al cabo, estaba en Moscú y no en

algún planeta que hubiera perdido su sol.

Al llegar a casa, a las 6, la gente empezaba a salir de las casas de alquiler y demás viviendas. Algunos se dirigían apresuradamente a su trabajo, otros salían a observar la novedad de un nuevo día. Camiones, tranvías y motocicletas atronaban sobre el pavimento; las luces de tránsito aparecían en su posición habitual y se abrían las cortinas y postigos. La vida en Moscú retomaba su curso acostumbrado.

Al pie de la calle Gorky está la Plaza Roja. Un convoy de camiones de abastecimiento empezó a dirigirse hacia el Oeste, y cruzó ruidosamente la plaza, cargado de soldados, ametralladoras y balas de artillería. Allí empezaba el camino a Smolensko.

CAPÍTULO III

En julio, Moscú tiene solamente tres horas de completa oscuridad, pero en un apagón esas tres horas pueden ser realmente las más oscuras de toda la Tierra. Las noches blancas del verano se deben a la proximidad de la Gran Rusia, al Norte, con el sol de medianoche en el Ártico. En esa época del año la oscuridad empieza a las 11 de la noche y dura hasta las 2 de la mañana.

Yo salía todas las noches para ir algunas veces al Ministerio de Relaciones Exteriores, otras a los estudios de radio de Moscú, otras solamente a la calle, a ver lo que pudiera ocurrir. El comando militar encargado de la defensa de la ciudad realizaba de noche casi todos sus preparativos, quizá porque a esa hora los ciudadanos no estaban en las calles, quizá porque así los ojos de los espías no verían la colocación de cañones en emplazamientos secretos, o quizá solamente porque los rusos parecen preferir la noche al día para cualquier empresa, ya sea luchar contra los alemanes, beber vodka o mudar los muebles domésticos a una nueva vivienda.

Cierta noche, a la una, andaba tanteando mi camino con los brazos extendidos, por una calle cercana a la Plaza Roja. Camiones de abastecimiento del ejército, sin luces, pasaron por la negra calle, hacia el Oeste, zumbando por el camino a Smolensko. Yo me había metido de cabeza entre un grupo de milicianos, y me encontré de pronto parado, abarcándolos con los brazos. Después de no poca charla logré convencer a los milicianos, que en la Unión Soviética son la fuerza civil de policía, de que no era un paracaidista o diversionista alemán. Pero pocos minutos después un poste de alumbrado apareció súbitamente no sé de dónde y me golpeó de lleno en el pecho.

Había creído estar en la mitad de la acera, pero cuando el poste se me vino encima decidí que ya era hora de encontrar una calle lateral donde no hubiera más columnas de alumbrado.

Tanteé una esquina y doblé, entrando en una calleja estrecha. Anduve a tientas a lo largo de un edificio de piedra, y gradualmente empecé a notar que arrastraba los pies. Me pareció extraño, pues no me hallaba cansado y tenía puesto un calzado ligero. Cada vez alzaba más las piernas al dar los pasos, pero de nada me servía. Por fin me agaché y me toqué los pies. Me había hundido hasta los tobillos al pasar por algún trecho de cemento blando.

La callejuela estaba más oscura que nunca. Era una oscuridad increíble. Tropecé varias veces, y finalmente tanteé otra esquina. Seguí adelante, tropezando con sacos de arena, pies de vigilantes nocturnos, y nuevas obras de edificación. Recuerdo que me pregunté si mis huellas quedarían moldeadas en el suelo, y en tal caso si la ciudad de Moscú resolvería hacer de nuevo el pavimento cuando el superintendente de construcciones viniera por la mañana y viese los rastros que yo

había dejado por la noche.

En ese momento, alguien encendió una luz ante mis ojos y me empujó hacia un zaguán oscuro. Saqué el pase y se lo mostré. La misma mano me empujó de nuevo a la calle.

Seguí descendiendo hasta la esquina próxima. Nadie apareció a estorbarme, por lo cual continué. De pronto, como quien pierde un peldaño al bajar una escalera en la obscuridad, di un paso en el vacío. Me pareció un paso interminable. El pavimento se me subió hasta el cuello mientras los pies se me hundían en barro blando. Casi en seguida dos pares de manos me agarraron, un par inmovilizándome los brazos a la espalda, y el otro oprimiendo mi garganta.

Forcejeé por librarme, pero un antebrazo se me puso bajo el mentón y me lo echó para atrás.

Conseguí murmurar algunas palabras.

El antebrazo aflojó un poco su presión.

—*Tovarich!* —gritó uno de los hombres—. ¿Qué anda haciendo usted por acá?

—¿Por dónde? —grité—. ¿Dónde estoy?

Mi nariz tocó un pedazo de hierro, frío y húmedo. Era el borde de la boca de un pozo. Alguien encendió un fósforo. Vi entonces la cara de los dos hombres que me habían sacado del pozo y estaban reparando una cañería de agua corriente a dos metros bajo tierra. Saqué el pase, y encendieron otro fósforo que alumbró el pequeño cartón.

—Solamente un diversionista intentaría molestarnos en nuestro trabajo, *tovarich* —dijo uno con frialdad, devolviéndome el pase.

—No soy ningún diversionista —insistí—. Me he extraviado.

—Lo mismo da. Tendremos que investigarlo —contestó el otro—. Síganos.

Salimos del pozo y me llevaron, firmemente asido de los brazos, a la esquina donde me presentaron a unos milicianos, evidentemente los mismos que pocos minutos antes habían examinado mi pase. Caminamos rápidamente subiendo la calle hasta llegar a un zaguán oscuro, y allí me encendieron una luz en la cara.

El miliciano me preguntó varias cosas y después les dijo a los dos hombres que podían regresar al trabajo. Cuando se fueron se volvió a mí y me empujó firmemente a la calle.

—Siga su camino, *Amerikansky* —me dijo—. Parece que esta noche le va muy mal.

—Es por el apagón —empecé a contestar—. Si no hubiese tanta obscuridad...

Oí el choque de los talones del miliciano que me saludaba. Y me dejó volviendo a su puesto.

Nuevamente todo quedaba en la obscuridad.

Subí por la calle un largo trecho hasta llegar a una pequeña casa de alquiler, de tres pisos, donde un numeroso grupo de hombres y mujeres estaban de pie al lado de la puerta. Se oía un murmullo de voces sofocadas entre la gente. Apenas podían

contener su emoción.

Dos hombres ya habían entrado en el edificio y la multitud de guardias nocturnos, vigilantes, y milicianos esperaba los acontecimientos. En una de las habitaciones delanteras del piso alto una luz sospechosa se encendía y se apagaba con pocos minutos de intervalo.

No era la clase de luz que produce una linterna eléctrica. Brillaba vivamente y luego se extinguía con lentitud.

Pasados varios minutos los dos guardias que habían ido a averiguar, bajaron corriendo por la escalera, a la calle. Entretanto, la luz no volvió a aparecer.

—¿Qué han encontrado aquí? —les preguntó alguien en cuanto llegaron a la acera—. ¿Es un espía haciendo señales?

Los guardias se echaron a reír a carcajadas.

—Es una vieja que está sentada en la cama y dice que algo le ha estado picando toda la noche —contestó uno de los hombres—. Estaba encendiendo fósforos para ver qué era. Cuando subimos para investigar nos contestó: «Si por encender fósforos la gente cree que soy una espía dejaré que las chinches coman todo lo que quieran».

Una hora antes de amanecer me encontré de nuevo en la calle Gorky, precisamente cuando sonaba una alarma antiaérea. Hombres, mujeres y niños empezaron a salir a montones de las casas y de las tiendas, dirigiéndose al subterráneo, que era el refugio más seguro de la ciudad. Otros eran los sótanos de los edificios, convertidos en abrigos a prueba de bomba mediante la colocación de sacos de arena en torno a las puertas y ventanas situadas a ras del suelo.

Durante un rato no me moví, y pronto acudió un miliciano a decirme que buscara refugio. Subí media manzana de la calle, hasta un sótano donde ya había varios cientos de personas sentadas en bancos nuevos de madera. La mayoría de aquella gente vivía en las casas cercanas y había ido allí porque el subterráneo más próximo estaba a seis manzanas de distancia.

Eran de cuatrocientos a quinientos hombres, mujeres y niños los que estaban en el abrigo quince minutos después, todos ocupados en hacer lo que puede hacer ese número de individuos en un refugio durante una alarma. Algunos leían diarios, libros o cartas; otros se dormían, otros se quedaban bien despiertos, conversando, canturriando o en silencio; algunos escribían notas en el revés de un sobre o en hojas de papel; otros registraban sus bolsillos, profundamente absortos, como todos lo estamos en tales momentos, cuando descubrimos los azares que hemos venido corriendo quién sabe desde cuándo.

No vino ningún aeroplano alemán esa noche, y la señal de que había pasado el peligro sonó una hora después de la alarma. Salí a la calle. En un mundo trastornado, lo que vi entonces fue uno de los espectáculos más extraños que nunca me imaginara. A las 3 de la madrugada las calles estaban repletas por una buena proporción de los cuatro millones de habitantes de Moscú. Ya había pasado la hora del amanecer y parecía como si el tiempo planetario anduviera mal. Era como si cada uno en la

ciudad hubiese consultado un mismo reloj parado y hubiese empezado a trabajar, a ir de compras, o a la escuela, o a jugar, todo al mismo tiempo, con cinco horas de anticipación.

Por lo demás, en aquellos primeros días de la guerra la vida siguió como siempre. Se cerraban ventanas y se llenaban sacos de arena. Se terminaban edificios que estaban en construcción y las tiendas y almacenes pintaban sus sacos de arena para ponerlos de acuerdo con el color de camuflaje de sus frentes. El único trabajo interrumpido que noté por entonces fue el derribo de una casa y la excavación para los cimientos de la que había de reemplazarla. Esta obra se venía desarrollando desde varias semanas antes de estallar la guerra y siguió sin interrumpirse hasta dos semanas después. Dos excavadoras a vapor, traídas desde Lorain, Ohio, quedaron inmovilizadas en el mismo sitio cuando se interrumpió el trabajo, una de ellas con la pala en alto, la otra con el pico hincado en la tierra.

El ensanche de calles continuó activamente. Los edificios eran colocados sobre rodillos hidráulicos y llevados diez o veinte yardas más allá, a veces hasta treinta. En dirección a Smolensko avanzaban firmemente los alemanes a razón de treinta kilómetros por día, pero Moscú no se inquietaba. Día y noche camiones de abastecimiento del ejército, a veces de dos en fondo, salían retumbando de Moscú para el Oeste, llevando a Smolensko los soldados con su casco de acero, los gigantescos proyectores y las baterías antiaéreas.

En plazas y parques, los altavoces daban noticias e instrucciones a la población, casi sin cesar durante todo el día. Con esto se reemplazaba a los receptores particulares de radio, que estaban en poder del Gobierno hasta que terminase la guerra.

En una esquina del centro de la ciudad, acababan de instalar un altoparlante en la fachada de una casa de alquileres casi concluida. Faltaban al edificio los últimos toques que requieren esas construcciones. Una tarde, mientras la radio voceaba las advertencias frecuentemente repetidas a los ciudadanos, instruyéndoles sobre lo que había de hacer en caso de incursión aérea, un obrero trabajaba en el andamio, sobre la entrada de la casa, con martillo y escoplo, cinceland tranquilamente un friso decorativo.

Después de dos semanas de esfuerzo, conseguí finalmente comprar un automóvil. La venta de coches fabricados en los Soviets cesó el 22 de junio, porque el gobierno necesitaba para usos militares todos los vehículos disponibles, y los únicos que quedaban eran automóviles extranjeros de segunda mano. Las embajadas en Moscú no se inclinaban a vender ningún automóvil porque nadie sabía cuándo podrían importarlos de nuevo.

Ocurrió que un norteamericano residente en Moscú había ido a Estocolmo a pasar el fin de semana del 22 de junio, y la guerra le impidió volver. Había dejado un Plymouth sedán, de seis años, y yo lo compré. Tratamos por telégrafo durante varios días, y finalmente me lo cedió.

Cuando lo tuve, hice con mi mujer una excursión de cien kilómetros por el país, al Norte de Moscú, y un paseo de tres horas por la ciudad. Todo era normal, menos el coche.

Los vendedores norteamericanos de automóviles usados se alegrarán seguramente al saber que hasta en Moscú se respetan rígidamente las tradiciones del negocio. Lawrence A. Steinhardt, que era entonces embajador norteamericano en la Unión Soviética, se enteró del trato y se apresuró a insistir en que el tanque se llenara por lo menos hasta la mitad. Dijo que sería una incorrección entre norteamericanos concluir un trato sobre un coche de segunda mano sin darle al nuevo dueño nafta suficiente para llegar al otro lado de la ciudad antes de que el automóvil se rompiera. Sugirió también que alguien pusiera una libra de harina de avena en la caja de velocidades, pero este proyecto fue desechado al descubrirse que la Embajada andaba escasa de harina de avena.

El único tropiezo surgió cuando comprobamos que nadie estaba dispuesto a deshacerse de sus tarjetas de racionamiento para la nafta, a pesar de todas las tradiciones, y el embajador nos cedió de mala gana veinte litros de su propio coche.

Mi chófer ruso, llamado Alejandro, nos llevó seis manzanas por la calle Arbat, una de las más transitadas de Moscú, y paró repentinamente en una esquina. Salió y examinó el automóvil con ojo crítico, meneando la cabeza en señal de desaprobación.

Pronto el tráfico fue un caos, y el miliciano que lo dirigía vino hacia nosotros tocando reciamente el silbato a cada paso. Tanto el miliciano como yo queríamos saber qué pasaba. El chófer dijo que no se podía manejar ese coche hasta que él le hubiera dado una buena mano de barniz. El miliciano estuvo de acuerdo con él, y yo no pude hacer nada. El agente se metió el silbato en el bolsillo y meneando la cabeza volvió a su puesto.

Di diez rublos a Alejandro para que comprara un tarro de barniz. Corrió hasta una tienda que había en la calle. Quince minutos después volvía blandiendo una brocha para barnizar. Lo insté a que nos llevara a casa o adonde quisiera con tal que fuese lejos de las bocinas estruendosas de Arbat.

Dos horas después venía a buscarnos en un coche reluciente que parecía recién salido de una línea de montaje de Detroit. Le había sacado brillo desde un paragolpe hasta el otro, y resplandecía al sol como un diamante. Y mientras estuvo ausente había conseguido de algún modo un librito de cupones para nafta de los que emitía el Gobierno.

Salimos entonces al campo, donde parecía que todos los moscovitas en vacaciones estuvieran haciendo *picnics* y nadando. No bajaban paracaidistas alemanes ni había tiradores finlandeses sacándole a la gente el sombrero de la cabeza. Había muchos indicios, empero, de que se estaba librando una guerra, porque todo el que tenía algo que hacer marchaba apresuradamente. Y cuando un ruso camina de prisa es mejor no ponerle delante.

Esa misma tarde volvimos a la ciudad y recorrimos las calles. Las mujeres

estaban lavando ventanas y los barrenderos limpiaban las aceras. Los jardineros atendían los canteros de flores en los parques, mientras los niños en las plazas jugaban corriendo sobre un solo pie. Moscú tenía el aspecto de cualquier pacífica ciudad europea de la década de 1920. Era visible que quienquiera que pretendiese venir a Moscú a provocar perturbaciones tendría que contar con un montón de ciudadanos enfurecidos.

Al finalizar el día el chófer me dijo que no podría volver a conducir el coche a menos que se hiciera algo. Le pregunté qué pasaba ahora, y contestó que me habían estafado; que el norteamericano que se fue a Estocolmo a pasar el fin de semana se había aprovechado de la situación para venderme un coche que no tenía gato, bomba ni tenazas. Y, lo peor de todo, que la bocina no sonaba. Le di cien rublos para hacer las compras y reparaciones necesarias, y prometí explicarle algún día cómo es que ningún norteamericano ha vendido jamás un automóvil de segunda mano con gato, bomba y tenazas, ni con bocina que suene.

CAPÍTULO IV

Una guerra se estaba librando en escala gigantesca por las cercanías de Smolensko, pero durante las primeras cuatro semanas siguió siendo un misterio para el pueblo de Moscú. A los corresponsales extranjeros no se les permitía visitar el frente y las únicas noticias de la lucha eran las contenidas en el doble comunicado diario. Estos comunicados rara vez decían algo más que: «Hemos seguido luchando contra el enemigo en todos los frentes».

Entre el pueblo circulaba una corriente subterránea de conjeturas, basada parcialmente en informaciones de empleados del Gobierno cuya situación les permitía leer o escuchar informes confidenciales de los comandos militares, y parcialmente en puros rumores y suposiciones arbitrariamente favorables.

Durante todo este tiempo se exhortaba al pueblo a intensificar sus esfuerzos en la retaguardia para producir materiales de guerra a fin de que el Ejército Rojo pudiese aniquilar a los invasores. En definitiva, a falta de informaciones concretas, todo el mundo tenía la impresión de que se estaba ganando la guerra por alguna parte, en las vecindades de Minsk. Al parecer el pueblo no sospechaba que los alemanes conseguirían avanzar hasta Smolensko o entrar en la Gran Rusia.

A poco de empezar la guerra, conseguí ponerme en contacto con varios corresponsales soviéticos y oficiales del Ejército Rojo que habían presenciado la mayoría de las grandes batallas libradas en las repúblicas bálticas y en la Rusia Blanca. No era cosa fácil de lograr, pues para entrevistarse durante media hora con alguien se necesitaba generalmente cuatro o cinco días de preparación. El departamento de Prensa y el Ministerio de Relaciones Exteriores lo veían con malos ojos, y se me dio a entender que los corresponsales extranjeros debían quedarse sentados en sus hoteles y esperar los boletines que les pasara la oficina de información del Gobierno.

La correspondencia de los cronistas soviéticos en el frente, que se publicaba diariamente en los periódicos de Moscú, no decía mucho más que los comunicados oficiales. Describían empero, extensamente, actos individuales o colectivos de heroísmo bajo el fuego. Esos episodios daban la impresión de que el Ejército Rojo estaba compuesto de diez millones de soldados sobrehumanos que se pasaban 24 horas por día matando alemanes y destruyendo tanques; pero al transcurrir el tiempo resultó que esta impresión no era del todo fantástica. El desarrollo de la guerra fue dejado a cargo de la imaginación, que en tales circunstancias pudo crear optimismo nacional. Los alemanes, sin embargo, habían logrado asidero en la Gran Rusia, en Smolensko, seis semanas antes de que se informara al pueblo ni siquiera de la caída de Minsk, situada en la Rusia Blanca, varios cientos de kilómetros más al Oeste.

De los periodistas y los oficiales pude obtener información exacta sobre la

posición de los dos ejércitos, junto con buenos indicios de la forma en que iban las cosas, pero no se me permitió transmitir lo que sabía, ni por cable ni por radio. Los censores afirmaban que, puesto que esa información no había sido oficialmente aprobada y no provenía de fuente oficial, para el Gobierno no existía.

Durante ese tiempo hablé con un mayor del Ejército Rojo que había presenciado algunas de las luchas más encarnizadas del siglo. Me dijo que los rusos tenían escasez de tanques, aunque algunos modelos construidos en el país eran superiores a los que empleaban los alemanes. Los tanques soviéticos quedaban superados numéricamente en casi todos los encuentros, en proporción de dos a uno, y en algunas batallas los rusos ni siquiera tenían tanques bastantes para aceptar la lucha. Había que ceder terreno sencillamente porque no se disponía del material necesario para afrontar el ataque. Esto explica por qué los alemanes, en el primer mes de la guerra, pudieron conquistar zonas tan grandes y conservar y consolidar sus ventajas.

Pero a medida que el esfuerzo soviético ganaba ímpetu, se lanzaban tanques cada vez con mayor éxito contra el avance alemán. Antes de ello, en algunas batallas de fuerzas mecanizadas, los vehículos rusos fueron prácticamente borrados del campo de batalla. Me narraron un encuentro que ocurrió durante la segunda semana de la guerra, cuando mil tanques rusos se trabaron en lucha con dos mil tanques alemanes. Fue probablemente el choque más gigantesco de la guerra y de la historia. La batalla duró cuatro días y tres noches, y se desarrolló en una zona de unos diez kilómetros cuadrados. Antes de que terminara, ambas partes estaban exhaustas, habiendo perdido cada una el 75 por ciento de sus hombres y material. La batalla terminó con la retirada de ambas fuerzas, sin que ninguna de ellas hubiera ganado el territorio disputado; pero de acuerdo con la táctica staliniana de destrucción, el Ejército Rojo resultaba victorioso, pues había destruido a los alemanes el doble de los tanques que había perdido. Fue la primera prueba de la eficacia del plan bien preparado por Stalin para derrotar al ejército alemán destruyendo dos tanques por cada uno perdido, y dos aeroplanos por cada aparato ruso destruido. La estrategia rusa de defensa en profundidad, justamente alabada, estaba concebida con el propósito de ejecutar ese plan de «desangrar a los alemanes hasta matarlos».

En esas primeras acciones los alemanes usaban tanques nuevos, que no indicaban pobreza de material. Con todo, los tanques rusos tenían coraza más sólida de modo que muchas veces las granadas de los cañones antitanques no podían atravesarlas. A menudo la única forma en que podían pasarlos los alemanes era dirigiendo contra ellos sus cañones antiaéreos de tres o de cinco pulgadas. El nuevo modelo de tanque ruso, de cincuenta toneladas, tenía un paragolpe protector en sus costados, por sobre la cinta sinfín de la propulsión, que no tenían los tanques alemanes, y los rusos idearon el recurso de embestir de costado a los tanques enemigos, descomponiéndolos. A veces los tripulantes alemanes abrían la portezuela y saliendo del tanque trataban de escapar en bicicletas, que para ese fin llevaban en las máquinas grandes. El mayor me dijo sonriendo que los alemanes siempre resultaban ser muy

malos ciclistas. Los tanques rusos pesados también aplicaron el arte de embestir. Como eran más grandes, resistían el choque, pero los tanques alemanes a veces se plegaban hacia arriba como si fueran de cartón.

Me contó el mayor que después de aquella batalla de que me hablaba, el terreno quedó desconocido. Las casas estaban derrumbadas, los árboles arrancados y destrozados como heridos por el rayo. El suelo, que era quebrado y lleno de montículos antes de la batalla, seguía siéndolo después, pero los montículos parecían haber cambiado de sitio, y en cambio se veían hondonadas donde antes no había ninguna. Los campos sembrados estaban arrasados como si se hubiera dado vuelta la tierra. Y el choque de dos tanques de cincuenta toneladas que se embestían de frente resonaba como el fin del mundo.

Me dijo el mayor que antes de la primera colisión de tanques se encontró a sí mismo conteniendo la respiración. Las máquinas exhalaban una asfixiante nube de vapor y humo de nafta sobre el escenario, mientras los tanques de ambos bandos forcejeaban por colocarse en posición, como caballos de carrera. Una vez trabada la batalla ya no hubo movimiento de masas, aunque al principio los alemanes se formaban en grupos de seis, ocho o diez tanques y parecían cumplir planes para lanzar acometidas en forma de cuña contra los rusos. Pero estas formaciones se rompían pronto y durante los cuatro días y tres noches restantes la batalla fue un conjunto de combates individuales, tanque contra tanque.

Al primer choque de acero con acero, la escena tomó el aspecto de un grabado sacado de una película, donde el movimiento está grotescamente interrumpido. Pero eso no duró. En pocos minutos el paisaje fue teatro de una lucha fantástica. Tanques que reventaban, tanques que quedaban dados vuelta como una paloma patas arriba, tanques que escarbaban frenéticamente la tierra blanda, como a zarpazos. Tripulantes de tanques incendiados o inutilizados que se deslizaban saliendo de las escotillas y trataban de agarrarse a otras máquinas que pasaban. Algunos que habían escapado del tanque incendiado se sacaban la ropa que se estaba quemando mientras se lanzaban detrás de vehículos volcados o intentaban ser recogidos por otros tanques que volvían riendo a la retaguardia para reabastecerse de combustible.

Al final del segundo día, tanto los alemanes como los rusos cesaron de enviar sus tanques a la retaguardia para buscar combustible: traían la nafta al campo de batalla y la cargaban mientras seguían atronando sus cañones. A la noche el campo estaba alumbrado por los fogonazos y los cohetes que lanzaban los alemanes. Entonces ambas partes intentaban reparar sus vehículos inutilizados enviando mecánicos y repuestos por el campo de batalla en veloces automóviles blindados. Cintas de oruga rotas eran reparadas, y se desmontaban y reemplazaban los cañones inservibles. Las cocinas de campaña intentaban introducirse bajo la protección de la obscuridad y dejar bistecs y pan a los tanquistas que se detenían solamente lo indispensable para abrir la escotilla y tomar la comida. También de noche los oficiales alemanes acudían desde la retaguardia en automóviles pesadamente blindados y en tanques ligeros para

echar una rápida ojeada a la batalla. Gritaban sus órdenes al personal de los tanques cuya radio se había inutilizado, y después volvían prontamente a la seguridad de la retaguardia. Camiones de nafta que estaban proveyendo a tanques estallaban en llamas, iluminando al campo de batalla por muchos kilómetros alrededor.

No había tregua, de día ni de noche. Cuando amanecía los tanques estaban aún bramando por el terreno, tiroteando hasta que los tambores de balas se ponían al rojo. Entonces los ocupantes desmontaban el cañón enrojecido y colocaban otro nuevo. Por encima zumbaban los aeroplanos alemanes y soviéticos durante casi todo el día, pero en vez de bombardear a los tanques, lo cual no habrían podido hacer cuando la lucha estaba trabada entre tanta confusión, luchaban unos con otros. A veces caían aviones incendiados, pilotos con paracaídas venían a tomar tierra indefensos en el camino de tanques que marchaban a toda velocidad, y siempre era difícil distinguir al amigo del adversario.

En esa batalla el Ejército Rojo perdió tanto material que quedó inerte por varios días después. Los alemanes, más severamente castigados aún, no pudieron aprovechar el aprieto en que se hallaban los soviéticos. Si hubieran podido hacerlo, los rusos habrían sido rechazados muchos kilómetros atrás, y se habría producido un boquete en sus líneas. Ninguno de los dos bandos pudo llevar repuestos con la suficiente rapidez para aprovechar las pérdidas infligidas al otro, y así la batalla terminó con una retirada de rusos y alemanes a la lejana retaguardia, para reorganizar y restablecer sus líneas. Varios días más tarde, ambos estaban nuevamente en condiciones de combatir.

Los alemanes tenían ventaja en equipo mecanizado; los rusos en efectivos. Al principio las máquinas enemigas pudieron avanzar, pero fueron destruidas gradual y sistemáticamente, mucho más pronto de lo que podían ser reparadas, por la estrategia cada vez más eficaz de la defensa en profundidad, y los rusos quedaron inevitablemente con el dominio de la situación. De entonces en adelante, los rusos tuvieron a los invasores bajo su inspección, y su superioridad en efectivos fue el factor decisivo. Su ejército de reserva de diez millones de hombres que se estaban instruyendo en los Urales suministraba los reemplazos, mientras los alemanes no tenían de dónde sacarlos.

Cuando el mayor acabó de contarme la historia de esta batalla le dije que me gustaría mucho hablar con uno de los tanquistas que habían sobrevivido a ella. Me prometió procurarlo. Había muchos tanquistas heridos en cierto hospital de Moscú, y él conocía personalmente a buen número de los mismos.

A la mañana siguiente fui al hospital, y me llevaron a una sala donde unos treinta o treinta y cinco soldados de tanques estaban acostados o sentados en catres. Todos ostentaban dolorosas quemaduras.

El tanquista al que yo había ido a ver estaba sostenido en posición de sentado, en una cama, casi oculto por los vendajes. Su fortaleza rodante de cincuenta toneladas había sido destrozada por una bomba de doscientos kilos que la alcanzó de lleno en la

torrecilla. La bomba perforó la torre y estalló dentro del tanque. Todos los compañeros murieron instantáneamente. El único sobreviviente fue arrojado por el hueco que abrió la misma explosión. Ésta le hizo llover encima nafta llameante, que le quemó gravemente la cabeza, la cara, las manos, los brazos y el tronco.

Me refirió lo siguiente:

«Nuestra unidad recibió orden de incorporarse a un gran destacamento de tanques que iba de refresco a esa batalla. Habíamos oído hablar del encuentro el día antes, y todos queríamos intervenir. Marchamos de noche; al amanecer nos encontramos en lo más fuerte de la pelea. No sé cuántos tanques teníamos alrededor, pero nos parecía que llenaban el mundo. Avanzábamos a una velocidad de unos 65 kilómetros por hora, sin parar por nada. Los alemanes tenían un gran destacamento de reserva a un kilómetro de ese punto, y enderezamos a ellos. Nos avistaron y se pusieron en marcha contra nosotros.

»Mi unidad recibió orden de cargar a toda velocidad. Dimos nafta y nos dejamos ir. En un instante chocamos contra los alemanes y empezamos a mezclarnos. Entonces empezaron a suceder cosas. Nuestro tanque despachó a tres máquinas enemigas sin mucha dificultad. Recibíamos tiros, pero no perforaban nuestro blindaje. Alcancé a notar algunos impactos sobre la coraza, pero las balas resbalaban sin hacer daño alguno. No tenía mucha fuerza todo ese montón de balas y granadas, y nuestro blindaje era tan resistente que se cansaban de tirarnos.

»Todavía era muy temprano, pero ya habíamos eliminado muchos de los tanques alemanes concentrados, antes de que pudieran bajar la colina y mezclarse en la pelea principal. Conseguimos hacerlos retroceder, y entonces nos volvimos hacia la batalla que se estaba librando más abajo. Justamente cuando cruzábamos un arroyito, aparecieron aviones alemanes sobre la colina, volando encima de las copas de los árboles. Al principio no les hice mucho caso, porque estábamos tomando la puntería a varios tanques aislados que del otro lado del arroyo se dirigían contra nosotros. De repente hubo una gran explosión y me encontré tendido en el campo, con nafta quemándose sobre mi cuerpo.

»Me las arreglé para apagármela y me arrastré, alejándome del tanque incendiado. Busqué a los demás, pero habían sido despedazados por la bomba. La batalla seguía aún alrededor mío de modo que me arrastré hacia los bosques, que estaban unos cientos de metros más allá. Cuando conseguí llegar estaba demasiado débil para ir más lejos, y me quedé en una zanja.

»Cuando volví en mí, ya era la tarde avanzada y la batalla se había desplazado hacia el Norte, más de un kilómetro y medio. Escuchaba el tiroteo más allá, pero a mi alrededor había silencio. Anduve por el bosque hacia el lugar desde donde habíamos partido esa mañana, mas cuando llegué, al caer el sol, no había nadie. Después de descansar un poco me dirigí a nuestras líneas. A lo largo del camino vi un grupo de alemanes sobre un puente que cruzaba un arroyo. Volví a la falda de la colina y encontré a otro soldado del Ejército Rojo, que había sido herido en la batalla de

tanques y se había arrastrado hasta los bosques, exactamente como yo. Estábamos conversando cuando alguien nos hizo fuego con revólver, desde un matorral cercano. Nos tendimos en seguida, y nos arrastramos para ver qué era. Otro tiro me alcanzó en el brazo, y entonces contesté. Ya no se oyó más nada desde el matorral, y cuando llegamos a él descubrimos que habíamos matado a un correo motociclista alemán.

»Después de eso decidimos hacer un rodeo para evitar a los alemanes que estaban en el puente. Cruzamos el arroyo a alguna distancia y volvimos hasta el camino. En una colina, a un costado, vimos otro grupo de alemanes. Antes de que pudiéramos desaparecer empezaron a tirotearnos con ametralladoras, fusiles y pistolas. Ya era bastante oscuro y nos ocultamos entre algunas plantas hasta que cesó el tiroteo. Esperamos cerca de una hora, y luego salimos y nos arrastramos por lo alto de la colina. Poco después volvimos a encontrar alemanes, los mismos u otros, pero esta vez no nos vieron. Nos arrastramos haciendo un rodeo para eludirlos, de matorral en matorral, hasta que nos alejamos unos tres kilómetros. Pensábamos que todo estaba despejado entonces, pero nos pasaron varios alemanes que venían en motocicleta. Nos escondimos en una zanja hasta que se perdieron de vista, y seguimos caminando. Habríamos querido hacerles fuego, pero no teníamos más municiones.

»Poco después de medianoche casi nos agarran esos mismos alemanes. Estábamos sentados en la oscuridad, al lado del camino, y no supimos que ellos se encontraban allí hasta que nos atacaron. Nos ocultamos en el bosque mientras tiraban y conseguimos ponernos fuera de su alcance. Cuando todo se tranquilizó seguimos caminando hacia nuestras líneas. Marchamos toda la noche, y llegamos a un comando de campaña al amanecer.

»Mis heridas de bala y quemaduras fueron tratadas en un hospital de sangre, y después me enviaron a la retaguardia para restablecerme. Quiero reincorporarme a mi unidad lo más pronto posible. No quiero quedarme aquí más tiempo de lo necesario. Deseo matar muchos alemanes antes que me llegue la hora».

CAPÍTULO V

El bombardeo de Moscú empezó exactamente al cabo de un mes de estallada la guerra. Los cuatro millones de habitantes de la ciudad habían sido preparados para ello mediante una serie de ejercicios de alarma antiaérea, de modo que media hora antes de que cayera frente a las puertas del Kremlin el primer explosivo, una bomba de media tonelada, prácticamente todo el mundo estaba en su refugio.

Era obligatorio guarecerse en los abrigos para todos los que no tenían algo que hacer en la defensa. Las infracciones se castigaban con multa y prisión. Pocos intentaban eludir la ley: millares de personas hacían por la noche cola en las calles, esperando que se abrieran los refugios.

Entré en una de las estaciones del subterráneo esa primera noche, y con miles de personas nos internaron como a un rebaño entre los rieles, profundamente adentro del túnel. Los milicianos se paseaban por entre el público, ordenando a la gente que se sentara. A nadie se permitía estar de pie ni pasar a otro sitio una vez sentado. Después de una hora decidí ir arriba para ver qué ocurría. Caminé por los rieles hasta el andén. Un miliciano me ordenó volver. Protesté diciendo que quería irme. Él se mantuvo todo lo firme que puede ser un miliciano soviético, hasta que saqué mi pase nocturno y se lo mostré diciendo algo en el sentido de que era norteamericano y tenía deberes que cumplir, aún durante incursiones aéreas. El pase no servía para las noches de ataques enemigos, pues en tales casos se necesitaba un pase especial; pero hablando ligero y agitando el permiso en la mano como si fuese algo que no se podía despreciar, conseguí que me dejara seguir. Al día siguiente obtuve un pase de circulación durante incursión aérea y ya nunca me retuvieron en un refugio mientras permanecí en Moscú.

Aquella noche los alemanes dejaron caer cuanto se puede descargar desde doscientos aviones. Vinieron a la ciudad en una serie de oleadas, con intervalos de media hora, durante cinco horas y media. Miles de bombas incendiarias, del tamaño de pepinos ganadores de concursos, llovieron sobre los edificios y las calles. Las semanas empleadas en ejercicios de lucha contra incendios dieron su fruto, pues las brigadas de bomberos y los ciudadanos instalados en cada azotea impidieron que Moscú se quemara hasta los cimientos. Con la misma prontitud con que caían, las bombas incendiarias eran sofocadas en arena o sumergidas en barriles de agua. De vez en cuando empezaba un incendio y su resplandor se veía durante un rato, hasta que se extinguía bajo la acción de los bomberos.

Durante todo este tiempo caían silbando las bombas explosivas, que estallaban en edificios y abrían cráteres en las calles. El ataque estaba dirigido contra toda la ciudad, sin exceptuar el Kremlin, y en todas direcciones, en un radio de kilómetros, el estrépito de las bombas atronaba y estremecía a la noche. El granizo de las bombas

incendiarias cayó sin interrupción durante tres horas, y el único momento en que no caía era cuando los aviadores, agotada la carga, se volvían hacia el Oeste. Sólo había un breve intervalo antes de que volviese otra oleada de aeroplanos cargados desde el Noroeste para seguir el bombardeo.

La defensa aérea trabajó de continuo durante esas cinco horas y media. Centenares de proyectores cruzaban el cielo con sus rayos luminosos. Habían sido dispuestos casi todos en un círculo alrededor de la ciudad. Los cañones antiaéreos dispararon toda la noche desde otro círculo, quebrando la obscuridad con sus fogonazos. Esta defensa formaba un anillo completo en torno a Moscú. La cintura tenía unos cinco kilómetros de profundidad, con secciones alternadas de proyectores y cañones antiaéreos. La defensa estaba concentrada a ocho kilómetros del centro de la ciudad, y tenía una circunferencia de ochenta kilómetros.

Dentro del anillo, que abarcaba la mayor parte de Moscú, ametralladoras y cañones más ligeros estaban montados sobre las azoteas. Disparaban sin cesar contra la Luftwaffe la cual voló a baja altura durante su primera incursión. Zigzagueaban en el cielo las balas luminosas, que dejaban una estela roja, amarilla o verde en su recorrido. Un cañón rápido que tiraba cinco granadas en cinco segundos se utilizaba para las acciones a corta distancia. Estos cañones estremecían las ventanas y su estrépito rompía los tímpanos, dando la impresión de que el mundo entero reventaba. El espectáculo más notable fue el de las «cebollas llameantes». Eran granadas luminosas disparadas por la artillería. Subían en ristas de seis, cada una de color distinto. Se usaba este fuego para que los artilleros pudieran asegurar el curso de las granadas de gran calibre dirigidas contra los aparatos que volaban a baja altura. Tenía el doble del alcance de las ametralladoras. Además, las balas de éstas sólo penetran, mientras que las granadas estallaban al contacto.

Por primera y única vez, la Luftwaffe volaba a baja altura. Los aeroplanos, al ser cazados por los rayos de los proyectores, se hallaban habitualmente a trescientos metros, aunque vi uno, que parecía una gran mariposa gris, a ciento cincuenta metros. En el apogeo del raid divisé un avión cazado en la telaraña de cinco proyectores, que brincó repentinamente, y quedó como parado en el aire. Había sido alcanzado por uno de los cañones de tiro rápido de las azoteas. Hubo una explosión, el aparato se sacudió como una hoja en la tormenta. A mitad de camino estalló en llamas y un momento después caía a tierra como un pato muerto. En seguida se abrió un paracaídas y empezó a descender lentamente con una figura de hombre que colgaba de él como un muñeco. Inmediatamente después se lanzó otro paracaídas, cerrado. Cayó en la calle como una piedra.

Pasadas las primeras dos horas, los alemanes, al parecer, cambiaron de táctica. Las oleadas posteriores de aviones empezaron a dejar caer luces sobre la ciudad, largas tiras de resplandor brillante que iluminaban las calles hasta el punto de que se podía leer la letra de los diarios pegados en los tableros de noticias, en la pared de las casas. Mientras las luces descendían a la deriva como plumas en un aire tranquilo,

bombas de demolición llovían sobre la ciudad. No lejos de donde yo estaba, una bomba de petróleo reventó en una gran casa de vecinos, y su líquido salpicó a toda la manzana. Instantáneamente surgió un resplandor amarillento, y mientras el humo y la llama se elevaban, una nube de residuos caía sobre los edificios del contorno. Los aviadores alemanes concentraron su atención en el resplandor, descargando toneladas de explosivos sobre el blanco que habían creado.

En medio de todo esto no había sonidos humanos, fuera de las pisadas en los tejados de cinc cuando las brigadas de bomberos recorrían las azoteas para apagar bombas incendiarias. Había muertos y heridos, pero no se les oía. No sonaban gritos ni alaridos, ni llantos de terror. La gente cumplía su misión con silenciosa energía. Abajo, en las calles, solamente estaban los milicianos y los trabajadores de la defensa civil. Los soldados del Ejército Rojo se sentaban en los refugios al lado de los civiles. Dentro de los abrigos podíase escuchar el golpe y el sacudimiento producido por las explosiones de las bombas, que eran de todos los tamaños, desde un cuarto de tonelada hasta una tonelada, pero nada sabían los refugiados de la terrible escena que se desarrollaba fuera, y que transformaba en día a la noche de Moscú.

Varias veces hubo intervalos de calma absoluta, en los que no se oía ruido en ninguna parte. En una de esas pausas, el reloj del Kremlin dio un cuarto. Sonó como si viniera de otro mundo.

Pero esos respiros fueron pocos. El estallido de las bombas de demolición en los edificios, el silbido de las balas de ametralladora y el ban-ban ensordecedor del cañón rápido de las azoteas continuaban hora tras hora. Más luces con paracaídas fueron lanzadas, casi todas en las cercanías del Kremlin, que evidentemente era uno de los grandes blancos de la Luftwaffe. De vez en cuando un avión picaba hasta pocos cientos de pies de las azoteas, como buscando un objetivo, pero volvía a remontarse o buscaba el refugio de las nubes en cuanto empezaba a buscarlo el fuego de la artillería.

La mayor parte del tiempo los atacantes eran invisibles. Nunca cesaba el zumbido de sus motores. Hasta en las pausas del bombardeo había varios aviones en el cielo, y después de un rato era fácil adivinar exactamente su altura y dirección. El ruido de sus motores formaba un coro interminable entre el estallido de las bombas.

El horizonte parecía un círculo de llama blanca alrededor de la ciudad. La luz encandiladora de los proyectores y el reventar de las granadas luminosas prosiguió como una exhibición interminable de fuegos artificiales. Antes de que terminara el raid, diecisiete Junkers habían sido derribados por el tiro de tierra. Los aviones nocturnos de caza de los soviéticos, que más tarde tomarían a su cargo gran parte de la defensa de Moscú y que siempre podían ser identificados por su ruido inconfundible y por las luces verdes y rojas que parecían señales de tránsito en el cielo, no aparecieron durante ese primer raid.

A la una de la madrugada mi chófer y yo salimos a buscar el auto. Lo habíamos estacionado en una calzada para coches cuando aún había luz, pero cuando quisimos

sacarlo vimos que estaba trabado por un fragmento de cerco despedido por alguna explosión, que se le había metido por entre las ruedas. Forcejamos en la oscuridad, haciendo lo posible para liberar el coche. Estábamos a la intemperie, sin un techo que nos protegiera, y alrededor caían trozos de casco de las granadas antiaéreas. Yo tenía que hablar para América desde la radio de Moscú a la una y media, y sabía que no podría llegar si no desenredábamos el fragmento de cerco. Por supuesto, no había taxímetros, ni ómnibus ni subterráneo y la estación de radio estaba a unos seis kilómetros. En muchos países las estaciones transmisoras son clausuradas durante las incursiones aéreas, especialmente en Alemania, pues sirven para guiar a los atacantes. En Moscú, empero, nunca cesaban de funcionar, posiblemente porque los rusos preferían transmitir a pesar de todo sus programas, pero con más probabilidad porque no tenían absolutamente ningún temor de nada que pudieran arrojar los alemanes desde el cielo.

Mi chófer era un hombre fuerte, y yo no soy flojo, pero tiramos y retorcimos el alambre durante cerca de media hora sin el menor resultado. Por fin vino un miliciano y entre los tres levantamos sucesivamente por cada extremo el coche y conseguimos desprender la masa de hierro enredada en sus engranajes.

Entonces empezó una carrera loca por las calles, que, salvo cuando caían cerca las bombas incendiarias, estaban más oscuras que un bosque de Alabama. De vez en cuando surgía vagamente la mole de un tranvía, y entonces yo agarraba instintivamente el volante y le daba un tirón. Alejandro me pegaba un codazo en las costillas y me decía que lo dejara conducir a él, porque veía los tranvías tan bien como cualquiera.

Atravesamos la ciudad corriendo para llegar pronto al estudio a fin de que hiciera aprobar por la censura el texto que iba a transmitir a América. El censor de la radio era un sujeto laborioso que no permitía que nada lo apartara de su rutina. Exigía la presentación de los escritos treinta minutos antes de la hora de transmisión, pues de otro modo no los leía. Pero todavía antes de llevar mi conferencia, tenía que hacerla sellar por el censor del Comisariato de Relaciones Exteriores, pues de otro modo la censura de la radio ni siquiera iba a aceptarla. Como ambas oficinas estaban en partes diferentes de la ciudad y como era necesario hacer rodeos para evitar las calles destruidas por las bombas, no resultaba fácil llegar a tiempo.

En el camino al estudio, cayó una bomba en la calle, muy próxima de donde estábamos nosotros, y el golpe lanzó al automóvil de costado. Nos salvamos de estrellarnos contra la pared de una casa de vivienda gracias a un rápido viraje efectuado a último momento por el chófer, que nos hizo entrar al cráter abierto por la bomba. Salimos de él cuando una escuadrilla de demolición del Ejército del Pueblo corría hacia nosotros para ver si todavía estábamos vivos. Continuamos la marcha.

No teníamos luz, y Alejandro pegaba la nariz al parabrisas y lanzaba el auto como una bala a través de la noche. Yo apretaba los pies contra el piso y me agarraba al asiento y a la puerta. Sabía que si chocábamos contra un montón de escombros en el

suelo o contra un peatón figuraríamos en la lista de las primeras bajas del raid contra Moscú.

Estábamos a cuatro manzanas del estudio cuando una bomba de media tonelada cayó en la calle, delante de nosotros. El chófer clavó el coche con un poderoso pisotón al freno, y paramos violentamente, cuando ya las ruedas delanteras descendían por el cráter. Ladrillos y bloques del pavimento estaban cayendo todavía, pero por alguna razón misteriosa, ninguno rompió el parabrisas. Cuando empezaron a caer sobre el techo y el *capot* nos cubrimos la cabeza con los brazos, esperando que cesara la lluvia.

Una vez más salimos del cráter en marcha atrás, hicimos un rodeo y llegamos a tiempo al estudio. Éste funcionaba tan bien como siempre. La única diferencia era que los micrófonos y el personal del programa habían sido trasladados a un sótano, arreglado como una celda acolchada en un manicomio. Las paredes, pisos y techos estaban cubiertos de espesos colchones. El sótano se estremecía cuando estallaban cerca las bombas, pero el ruido llegaba sofocado y prácticamente inaudible. Mientras ya leía mi crónica aprobada por el censor de Relaciones Exteriores y por el de la radio, una pesada bomba explosiva cayó en la calle. Me pregunto si alguno de mis oyentes en los Estados Unidos sospechó el infierno que estallaba en torno a la estación. La radio, no hay que olvidarlo, es un objetivo de primera clase.

Los edificios se estremecieron, el suelo tembló, y el micrófono se conmovió sobre su soporte. Yo tragué saliva, respiré hondo y seguí leyendo. Alcé la vista mirando el salón de control, encerrado en vidrio, y vi al director de programa y al técnico de sonido sonriéndome y haciéndome señas con la cabeza. Conocí por su expresión que la lectura salía del transmisor sin interrupción, y me convencí entonces de que los rusos tenían las cosas sólidamente bajo su control y que Hitler tendría que mostrarse mucho más violento, para trastornar la rutina de la Unión Soviética. Y con todo, los aviadores de Hitler estaban lanzando cuanto tenían sobre Moscú.

Hacer una transmisión por onda corta al Columbia Broadcasting System de Nueva York, donde era recogida y retransmitida por onda larga en los programas regulares de noticias de mañana y tarde, significaba un quebradero de cabeza. En primer lugar, no había conversación de ida y vuelta entre el estudio de Moscú y el salón de «control» de Nueva York, de modo que para sincronizar mis transmisiones con las de Londres, Berlín, Roma, Manila y demás partes, tenía que valerme más a menudo de la suerte y la intuición que de la ciencia. Cuando las transmisiones llegan a la estación central de control desde todas partes del mundo por onda corta, tienen que estar coordinadas al segundo si ha de haber una sombra de continuidad, porque de otro modo dos o más corresponsales estarán hablando al mismo tiempo. Los relojes de Moscú solían andar dos o tres minutos adelantados o atrasados con respecto a los relojes de los estudios de Nueva York, y como los primeros son regulados por la hora Greenwich, nunca estaba seguro de que mis transmisiones serían utilizables en los Estados Unidos. Paul White, director de noticias de la

Columbia en Nueva York, tomó la costumbre de cablegrafarme casi diariamente para que hiciera algo sobre esa coordinación, sugiriendo a veces que de vez en cuando diera cuerda a mi reloj. Lo más cerca que pude llegar de la sincronización de mis transmisiones con las de Londres, Berlín y otras partes fue cuando empecé a hablar con medio minuto de atraso y me detuve con medio minuto de anticipación. Los relojes eléctricos del estudio de Moscú no funcionaban durante las incursiones enemigas, y todas mis transmisiones estaban reguladas por el único reloj disponible, un modelo soviético de un despertador norteamericano de 98 céntimos. Es asombroso que hayan llegado a oír en los Estados Unidos una sola de las transmisiones que mi mujer y yo hicimos dos veces por día durante tres meses desde Moscú.

Cuando terminé la transmisión, emprendimos el viaje de vuelta a la Plaza Roja. Durante los 45 minutos que pasamos en el estudio de radio, muchas bombas habían caído del cielo. La lluvia de las incendiarias había cesado, pero a varias manzanas del estudio rugía un incendio muy grande. Estaba en nuestro camino, de modo que hicimos un rodeo para evitarlo. No todas las calles de Moscú son anchas. Cientos de ellas son breves y estrechos pasajes, algunos de sólo dos o tres manzanas.

Nos enredamos en este laberinto de callejuelas cortadas y durante un rato estuvimos completamente perdidos. Mi chófer, que conocía a Moscú como el que más, tuvo que detener el coche y salir a buscar los letreros de las calles. Como no había luz, por estar prohibido encender fósforos o linternas eléctricas durante las incursiones, lo único que podía hacerse era trepar a un poste y mirar el letrero fijado en la esquina.

Trepó, pues, al poste, sólo para descubrir, después de varios minutos de murmurar y esforzarse, que no había letrero. Mientras estaba arriba gritando su descubrimiento, apareció una multitud de curiosos, que evidentemente venían de zaguanes de esa calle. Querían saber en qué andábamos, especialmente qué hacía mi chófer en el poste del alumbrado. Les dijimos que estábamos extraviados y buscábamos la dirección.

Era lo peor que podíamos haberles dicho. Inmediatamente nos tomaron por paracaidistas y diversionistas alemanes. Nada podía convencerlos de lo contrario, aunque el chófer era ruso, y hablaba el idioma gesticulando y con tanta rapidez y en voz tan alta como cualquiera de ellos.

Comprendí en seguida que era gente seria, y que cumplían su deber parándonos y sometiéndonos a examen, pero solamente cuando intenté moverme unas pocas pulgadas advertí que seis o siete puntiagudas bayonetas apuntaban a mis costillas. Entonces me di cuenta de que la situación era grave y que si intentábamos escapar cumplirían su deber como lo entendían.

Mi chófer insistía en que se llamara a un miliciano, pero la multitud quería llevarnos sin demora a una estación de guardias. Cuando la discusión culminaba, acertó a pasar un miliciano, que inmediatamente se hizo cargo de la situación. Examinó mi paquete de credenciales, es decir mi pase nocturno, mi pase de incursión

aérea, mi pasaporte soviético y mi pasaporte norteamericano. El pase de mi chófer fue aceptado sin vacilación y también el permiso del coche. El miliciano nos hizo además de que continuáramos.

Sin embargo, los celosos ciudadanos con la bayoneta calada en poderosos fusiles no eran tan fáciles de convencer. Exigían un examen más completo, y el miliciano revisó nuevamente nuestros papeles con sus atentos ojos. Cuando terminó, los otros aún estaban lejos de hallarse convencidos de que no éramos paracaidistas alemanes y al alejarnos el miliciano quedó discutiendo con ellos para convencerlos de que nuestros papeles estaban en orden.

Un fragmento de *shrapnell* azotó el *capot* y resbaló hacia la calle. Hasta entonces no me había dado cuenta de que mientras discutíamos en la calle granizaban los *shrapnells* en torno a nosotros. Al doblar la esquina, las chispas del pavimento me recordaron que un sombrero de chapa era lo más valioso que se podía tener en esos momentos. Me apreté fuertemente el mío y ajusté la correa bajo el mentón.

Volvimos al hotel, que estaba precisamente del otro lado de la plaza con respecto al Kremlin, poco después de las dos de la madrugada. La incursión enemiga se hallaba en sus postrimerías. Cinco horas y media me parecieron mucho tiempo aquella noche.

Justamente cuando entrábamos en la calzada del garaje, estalló cerca una bomba de media tonelada. La oí venir y lo único que pude hacer fue apretarme el sombrero de chapa y correr al zaguán más próximo.

Por entonces había descubierto que de nada valía tratar de adivinar el sitio exacto en que aterrizaría una bomba. En ese momento había una pausa momentánea en el tiroteo desde tierra, y ello me permitió oír el silbido de la bomba que descendía con increíble velocidad.

Antes de aquella noche, que fue mi estreno en las incursiones aéreas de estilo alemán, aparte de las incursiones italianas durante la guerra civil española, que fueron poca cosa en comparación con ésta, yo creía que uno elige alguna dirección para correr cuando oye silbar la bomba en la obscuridad. Pero llegado el momento lo único que hice fue buscar la protección más próxima, que resultó ser el zaguán. Un cálculo instantáneo me convenció de que nada sería más absurdo que tratar de acertar dónde va a caer una bomba que viene silbando del cielo. Decidí allí mismo que caería donde quisiera y que no había en la Tierra medios de determinarlo de antemano.

Mientras se espera el impacto de ese objeto invisible que chilla como el silbato de un policía en noche de neblina y que sabemos que va a hacer saltar algo, quizá a uno mismo, comprendemos cuán poco queda que elegir y que pensar. Una especie de preocupación inmediata se nos impone y uno se pregunta si durante toda su vida ha tenido un espíritu tan unilateral.

Hubo un chillido final en el silbido de la bomba, como si ésta hiciera un último esfuerzo para golpear lo más recio posible. Un relámpago deslumbrante, que precedió a la explosión ensordecedora, desgarró la obscuridad. Sentí en seguida un golpe de

aire como el ventarrón producido por la hélice de un aeroplano. Después, ladrillos y otros residuos saltaron por el aire. La bomba había caído a unos 20 metros de mí.

Cuando los vidrios de las ventanas empezaban a caer, una nube asfixiante de polvo y humo se arrastró por la calle, cubriéndolo todo como una sábana. Siguió un largo silencio. No se oían aún voces humanas, pero no tardó en escucharse el rumor de gente que acudía, miembros del servicio de socorro y de las cuadrillas de demolición.

Casi instantáneamente el silencio fue destrozado por renovados cañonazos de la artillería antiaérea y todos los demás ruidos quedaron ahogados por ése. El estallido de la bomba había pasado a ser otro simple incidente de la noche.

CAPÍTULO VI

Una de las primeras preguntas que me hice cuando llegué a la Unión Soviética y que bastó para revelarme como extranjero que venía por primera vez, fue por qué casi todos los hombres del país llevaban gorra en lugar de sombrero. Sin duda los rusos que vienen a los Estados Unidos preguntarán por qué todo el mundo lleva sombrero. La respuesta obvia será que tal es la costumbre.

Pero no es ésa la respuesta en la Unión Soviética. No me dieron contestación más clara de la que habría obtenido en los Estados Unidos si hubiera preguntado a un habitante del Sur por qué come maíz y avena en lugar de patatas irlandesas. Supe mucho después que en lo que se llama habitualmente la Gran Rusia, hombres y muchachos usan gorra porque es útil y porque es un símbolo.

Es útil porque los vientos soplan demasiado en las estepas, y un sombrero no se sostendría tres minutos en un día ventoso. Es un símbolo porque Rusia es el país de los obreros, y los obreros en todo el mundo prefieren sacar el polvo de la gorra sacudiéndola en vez de gastar el salario de un día para limpiar y planchar el sombrero.

Pero aun ésta es una contestación superficial. Cuando se analiza a fondo la cuestión de sombrero contra gorra en la Unión Soviética, se llega a la conclusión de que el pueblo conserva el recuerdo de los hongos, los chambergos y los sombreros de toda clase como de algo que pasó con la revolución, del mismo modo que los zares, los grandes terratenientes y las cárceles de pobres.

Al pueblo le desagradan los sombreros porque le recuerdan a San Petersburgo, ahora Leningrado. Antes de la revolución, San Petersburgo era el centro financiero de Rusia, y prácticamente todo obrero del país estaba en deuda con alguno de sus prestamistas, directa o indirectamente. Estos prestamistas, que si no podían sacar sangre de un nabo no vacilaban en quedarse con el nabo, representaban la quintaesencia del capitalismo. Era la clase que llevaba sombrero. Prestaban más atención a su hongo o sombrero de copa que una estrella de Hollywood a todo su guardarropa.

Pero San Petersburgo es ahora Leningrado, y las gorras son de rigor.

Las mujeres también tienen sus ideas de lo que se debe y no se debe llevar. Cuando empezó la guerra, yo creía que todas las mujeres y chicas de Moscú iban a llevar pantalones. No ocurrió nada de eso. Todavía estoy por ver un par de pantalones de mujer en las calles y aun en los comercios de Moscú. En algunas fábricas llevan una especie de *overall*, parecido al que usa en los Estados Unidos el personal de los surtidores de nafta, pero las mujeres que los visten lo hacen con desagrado. Quizá la principal razón de ello es puramente estética. Es un traje parecido a los rompevientos que yo llevaba cuando era un párvulo, con su asiento separable y sus grandes botones

brillantes.

La guerra, empero, trajo sus cambios. Antes del obscurecimiento, Moscú era una ciudad de trasnochadores. Las calles estaban tan animadas a las 2 de la mañana como a las 9 de la noche. En los días de preguerra no era raro tener una cita para las 2 o 3 de la madrugada. Con la lucha y los apagones sobrevino un cambio en las horas de los asuntos, y las incursiones realizadas al anochecer desaconsejaron el trabajo en las oficinas después de obscurecido. Uno de los pocos ciudadanos de la Unión Soviética que no ha cambiado sus horas de oficina es Stalin. El jefe va habitualmente a su despacho del Kremlin a mediodía y después del almuerzo se pone a trabajar por la tarde. A eso de las 4 de la mañana considera que ha pasado una jornada.

La mayoría de los rusos han abandonado por el tiempo que dure la guerra su costumbre de pasarse tres o cuatro horas en la comida. En la república de Georgia una semana antes de que empezara la guerra, fui el infortunado comensal de una cena que empezó a las 9:30 de la noche, y a razón de un plato por hora duró exactamente hasta las 5:15 de la mañana siguiente. Fue una experiencia extraordinaria, porque antes de ello cuatro horas seguidas era lo más que yo había empleado comiendo en una mesa soviética.

La actitud del pueblo con respecto a la guerra y sus deberes era tan seria e inflexible como su adhesión al plan socialista de su Estado. No había ninguna insinuación de frivolidad en el carácter del pueblo. Su esfuerzo total para ganar la guerra es probablemente único en la historia del mundo. Todo lo que no era esencial fue eliminado de la vida, y todo lo esencial fue puesto a disposición de las fuerzas combatientes. Esta movilización total de hombres y materiales se efectuó prácticamente de la noche a la mañana.

No advertí cuán completa era la movilización, hasta una vez que me hallaba esperando en mi hotel por una cita que tenía con un ruso. Me telefoneó para decirme que llegaría unos minutos atrasado. Cuando llegó le pregunté qué lo había retenido. Dijo que esa mañana se había publicado una orden que reclamaba todas las bicicletas de la ciudad, y él había tenido que entregar la suya al depósito, antes de poder reunirse conmigo. Estaba muy satisfecho de ello, pues su bicicleta tendría ahora destino más útil del que podía darle él: transportaría a un soldado para pelear contra los alemanes.

La contribución más popular y difundida a los servicios de guerra por los ciudadanos consiste en donar un día de trabajo al Estado. Esta donación de una jornada se cumplía generalmente en los domingos, que es día de descanso en la Unión Soviética. Las organizaciones ofrecían voluntariamente un día de trabajo, notificando al Soviet de la ciudad de que tantas o cuantas personas estarían disponibles para tal día. El Soviet de la ciudad, que corresponde a la oficina del alcalde en los Estados Unidos, designaba el trabajo más urgente, como despejar una calle de escombros, excavar trampas para tanques en las afueras de la ciudad, o llevar ladrillos y cemento para terminar un emplazamiento de artillería. Varios cientos de

hombres, mujeres y niños iban a trabajar en ello a las 8 de la mañana y cumplían una jornada de diez horas.

Los soldados del Ejército Rojo eran los que estaban más próximos a la lucha real, salvo esos ciudadanos que en una noche se convirtieron en bomberos experimentados y salvaron a Moscú de ser destruida por las bombas alemanas. Los soldados que volvían a Moscú con permiso eran la envidia de la población civil y nada parecía bastante bueno para ofrecérselo. Los paraban en las calles y les pedían repetidamente que hablaran de la lucha. Y los propios soldados, en muchos casos, solicitaban que se interrumpiera su licencia a los tres o cuatro días, aunque tenían derecho a siete, para volver al frente.

A diferencia de los británicos de Moscú, que estaban siempre preguntando cuándo los Estados Unidos se iban a decidir y entrar en la guerra, los rusos no lo preguntaban tan claramente. Casi siempre formulaban la interrogación con su propia manera característica: preguntaban cuándo iban a empezar los Estados Unidos a luchar contra el fascismo. Había una pronunciada diferencia entre la actitud británica y la actitud rusa. Los británicos al parecer daban por sentado —al menos los ingleses de Moscú— que los norteamericanos eran primos algo simplotes a los que había que indicarles cuándo les correspondía empezar a pelear por Inglaterra. Los rusos, en cambio, miraban a los norteamericanos como a un pueblo más bien inteligente que sabría hacerlo en el momento debido.

En lugar de andar buscando a alguien que luchara por ellos, los rusos se dedicaban a la empresa de ganar la guerra, durante 24 horas por día en los siete días de la semana. Habrían peleado con la misma energía, y quizás con el mismo éxito, sin ninguna ayuda de Inglaterra o de los Estados Unidos. De todos modos, la insignificante cantidad de materiales enviados por Inglaterra y los Estados Unidos fue una gota en el mar de aquel frente de miles de kilómetros. Estaban dispuestos a pelear solos contra Alemania. Habrían peleado solos contra el mundo entero en caso necesario.

Moscú podrá haber sido cualquier cosa menos una capital cosmopolita. Es una ciudad estrictamente de nativos. En el plan soviético no se han previsto cláusulas para los extranjeros, fuera de los que están de paso, y éstos han sido muy pocos. Antes de empezar la guerra, el turismo era fomentado hasta cierto punto en los Soviets; pero nunca hubo indicios de que se mirase a los extranjeros como ciudadanos potenciales ni aun como residentes por largo plazo. El hotel más grande y moderno de la capital soviética no admite huéspedes extranjeros. Los únicos exceptuados han sido miembros del partido comunista. Una vez pregunté a un ruso por qué los extranjeros en general y yo en particular no podíamos lograr habitación en el Hotel de Moscú. Me contestó que ninguna ley, por lo que él supiera, prohibía parar allí a los extranjeros, y que la razón de que me rechazaran era probablemente que el hotel estaba repleto. En eso acertaba, porque el hotel siempre ha estado repleto... de comunistas rusos y extranjeros.

Intourist, la agencia oficial de viajes, operaba con dos hoteles: el Metropol y el Nacional, este último fue el que nos dio alojamiento a mi mujer y a mí. Ambos son viejos, decaídos y de segundo orden. Pagábamos quinientos dólares semanales por el cuarto y la pensión, y teníamos que contentarnos con dos comidas por día en lugar de tres, pues no podíamos pagar la pensión completa. El costo de la vida resultaba casi insostenible porque la tasa de cambio para la moneda norteamericana era de cinco rublos por dólar. Con frecuencia me ofrecían en el mercado negro quince rublos por dólar, pero yo no quise transacciones ilegales.

El coste de la vida resultaba relativamente bajo para quienes cobraban su salario en rublos, pero el extranjero que tenía que cambiar su moneda pagaba por los artículos y los servicios unas cuatro veces más que el ruso. Hasta los alemanes e italianos, que antes de la guerra mantenían grandes cuerpos diplomáticos y a los que se daba una tasa especial de cambio, se veían en dificultades para equilibrar su presupuesto. Mi chófer había estado empleado en la embajada italiana durante un año, antes de trabajar para mí, y al cerrar aquella representación diplomática, le pagaron los tres últimos meses de su salario no en rublos, ni siquiera en liras, sino en papeles emitidos por el Imperio Austro-Húngaro en 1904, que habían estado en mora desde la Primera Guerra Mundial.

Cuando me quejaba del coste de la habitación y de las comidas me recordaban que los propios rusos tienen vida barata. Todos meneaban la cabeza ante mi situación, pero sabían que nada podía hacerse. La tasa de cambio era fijada por la ley y no había perspectivas de que fuese alterada. Al final, después de cada discusión, me recordaban que los ciudadanos soviéticos nunca tenían que inquietarse por el coste de la vida, puesto que se lo fijaba el Estado. Sin duda me complacía que hubiese tales regulaciones para beneficio de los ciudadanos soviéticos, pero mi mujer y yo no podíamos alegrarnos mucho cada vez que pagábamos quinientos dólares norteamericanos al finalizar cada semana, y nos preguntábamos cómo sería eso de comer tres veces por día.

Pero los rusos estaban satisfechos de su economía, y sobraban pruebas de que los 194 millones de personas que viven en la Unión Soviética se hallaban perfectamente bien alimentados y alojados. No había superabundancia de nada para nadie, salvo para los privilegiados obreros del Estado, pero tampoco había sórdida necesidad ni pobreza entre el pueblo. Todo el excedente de la producción sobre las necesidades estrictas en los últimos cinco años había ido a parar al ejército, y había resultado ser la inversión más inteligente de la Unión Soviética.

El Ejército Rojo es el orgullo del país. Ha dado al pueblo un sentimiento de confianza que puede ser advertido hasta en las regiones más remotas de la Unión Soviética. Ha dado al pueblo confianza en el resultado final de la guerra.

A menudo he sospechado que las peculiares resonancias del idioma ruso tenían no poco que ver con esto. Hasta la más sencilla afirmación de un hecho suena en ruso como una declaración atronadora de otro mundo. Por ejemplo, si decimos: «El faldón

de la camisa se te está saliendo, camarada», la frase sonará en oídos ingleses como si fuera el discurso de Lincoln en Gettysburg.

Una vez, en un ómnibus con trole, de Moscú, un ruso se volvió bruscamente a mí y llenó el ambiente con un estallido de límpidas frases, que yo habría jurado que eran una protesta de amor de un hombre a su novia. Me arrastró tanto su oratoria que me olvidé de preguntar a mi secretaria qué decía el sujeto. Ella me cuchicheó: «Dice: me está pisando el pie, camarada».

Los comunicados de guerra, cuando son leídos por la radio soviética, tienen un ímpetu que inspira reverencia. Cada vez que oía alguno, leído y amplificado por el sistema de altoparlantes, pensaba que estaban anunciando, por lo menos, la condenación del género humano. Decían generalmente algo así como que las tropas soviéticas habían seguido luchando con los fascistas en todos los sectores, desde el mar de Barent hasta el mar Negro, o que cuando sonara una alarma antiaérea los ciudadanos debían dirigirse, a paso normal, hasta el refugio más cercano. El gran inconveniente en todo esto, reflexionaba yo, es que los anunciadores de radio, los oradores públicos y la gente que leía diarios en alta voz, todos sonaban lo mismo. Después de escuchar por varios meses el habla rusa no pude dejar de pensar que en el país todo el mundo había estudiado elocuencia con el mismo maestro.

CAPÍTULO VII

Lo más que pude acercarme a José Stalin fue a la distancia en que se arroja un ramo de flores. Estaba en pie en una esquina cierto día cuando él pasó velozmente en su brillante Packard negro. Como de costumbre, iba a razón de 90 kilómetros por hora en una calle de tránsito por una sola mano, y en la dirección contraria a la del mismo.

Varias veces me dijeron que Stalin acostumbra a ponerse ropa vieja y caminar por las calles para escuchar las conversaciones del pueblo. Siempre eran extranjeros los que me contaban esta historia poco verosímil; los rusos saben más. Stalin no es la clase de hombre que decide su política según la opinión pública. Es exactamente lo contrario. Él es la opinión pública, y el pueblo le sigue.

Quienquiera que haya pasado algún tiempo en Moscú ha comprobado la verdad de esta afirmación. Stalin basa sus juicios en las informaciones que le dan un puñado de consejeros de confianza, y ciertamente no en el consenso de los 194 millones de sus compatriotas. Los fundamentos de todas sus decisiones son las enseñanzas básicas de Lenin. Siempre que Stalin da un paso en cualquier asunto el pueblo dice que es exactamente lo que habría hecho Lenin en circunstancias semejantes. Esta creencia es el secreto de la ciega confianza que tiene el pueblo en su jefe. Lenin no podía obrar mal; por consiguiente, Stalin, que sigue indefectiblemente sus pasos, tampoco puede obrar mal. Tal aceptación de la política de Stalin ha producido prácticamente la unidad absoluta entre los pueblos de la Unión Soviética, y probablemente nada de lo que ocurra en el futuro cercano cambiará esa actitud. Y sobre todo, el éxito que ha tenido Stalin al planear y dirigir la campaña contra Alemania le colocará en un pedestal al lado, si no encima, de Lenin.

Bajo cualesquiera otras circunstancias, el pueblo indudablemente se habría dividido en facciones cuando se firmó el pacto de amistad germano-soviético. Pero no ocurrió nada de eso, a pesar de que nueve de cada diez rusos, quizá noventa y nueve de cada cien desconfiaban de los alemanes y no querían tratos con ellos. Pero fue Stalin quien dijo que el pacto era necesario, y el pueblo aceptó la decisión de su jefe. Esta política fue seguida públicamente hasta un mes antes de que empezara la guerra germano-soviética. Al terminar abril de 1941 la posición de Rusia se había vuelto intolerable y en la Plaza Roja, el 1.º de mayo, se hizo una exhibición de su poderío militar como lección práctica para Alemania.

Stalin dejó entender claramente a sus asociados del Kremlin que se darían pasos para salvaguardar la seguridad del Estado, a pesar del pacto existente con Alemania. El Gobierno había estado preparándose para esto desde fines de 1940. El pueblo, empero, no supo nada de ello hasta el 22 de junio. Al mediar la mañana de ese día estaban en la calle los diarios informando oficialmente al pueblo de la Unión Soviética que su amistoso vecino del día anterior era ahora su enemigo mortal.

Stalin, que es georgiano, comprende singularmente a los rusos y sus reacciones. Conoce a fondo el secreto de la dictadura y del Estado totalitario. Es superior a Hitler en conducción y lo superará como general al fin, por esa misma causa. Es tranquilo, cuerdo, inmovible. Su conocimiento de las condiciones militares, económicas y políticas dentro de las fronteras de su propio país, así como en los países de Europa y Asia, es superior al de cualquier otro hombre en el mundo.

Mucho antes de que empezara la guerra, Stalin sabía que Alemania no podía ser derrotada por su propia debilidad interna, sino solamente por el esfuerzo del exterior. Muchas personas, dentro y fuera de la Unión Soviética, se entregaban a ilusiones respecto al hundimiento de la economía interna de Alemania, pero Stalin jamás perdió tiempo con esos sueños. Sabía, aunque no lo supiera su pueblo, que Alemania era más fuerte que Rusia en aeroplanos y tanques. Sabía que el país tendría que abandonar considerable extensión de su territorio antes de que se pudiera parar al invasor. Pero en ningún momento hubo en su ánimo la menor sombra de temor a los alemanes.

Físicamente, Stalin es hombre pequeño, profundamente envejecido. No es el personaje robusto que nos presentan fotografías y carteles, pero es el supremo estratega de la época, y nadie lo reconoce mejor que sus adversarios.

Sin embargo, tiene un concepto ligero de la democracia y no comprende su formación y funcionamiento. Esto se debe quizá a su preocupación por el socialismo y el comunismo, pues le es difícil encarar y entender otra forma de gobierno. Ha estudiado a fondo el fascismo y el nazismo, mas cuando piensa en Inglaterra y los Estados Unidos piensa en una forma de gobierno básicamente afín a la suya. Por de pronto, cree que los gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos están basados en el poder absoluto. Lo cree con tanta vehemencia que para él la opinión pública puede ser vuelta en cualquier sentido por los que están en el poder. Sería difícil explicarle por qué la opinión pública, especialmente en los Estados Unidos, no siempre ha coincidido con la del presidente.

Antes de firmarse el pacto germano-soviético de amistad, Stalin creía que todas las formas de gobierno, inclusive la democrática, eran enemigas de la Unión Soviética. Poco después de firmarse el pacto cambió su creencia, de acuerdo con la realidad. En esos días el extranjero se imaginaba generalmente que Rusia nunca se aliaría con un gobierno democrático para adoptar acción conjunta contra un enemigo común, pero Stalin previó que aun esta posición sería insostenible para él. No comunicó sus conocimientos a nadie, y hasta sus más allegados consejeros y representantes diplomáticos en el exterior afectaban despreciar la amistad con Inglaterra y los Estados Unidos, todavía un mes antes de que estallara la guerra. Pero durante todo ese tiempo Stalin se preparaba para el momento en que el comunismo y la democracia estarían peleando lado a lado contra las potencias del Eje.

Stalin, a semejanza de la propia Unión Soviética, ha sido por largo tiempo un misterio para el mundo extranjero. Pero ni aun el pueblo de Rusia le conoce. Para él

es un símbolo. Stalin aparece en público solamente dos veces por año, y hasta los altos diplomáticos extranjeros consiguen raramente una audiencia de él.

Pero hay en la Unión Soviética un hombre al que todo el mundo ha llegado a conocer. Es Salomón Lozovsky. Antes de que empezara la guerra, Lozovsky no era conocido fuera del Kremlin. Mas cuando comenzaron a caer las primeras bombas alemanas en territorio soviético, se convirtió en la voz de la Unión Soviética.

Desde ese momento, por mucho que rugieran los cañones de Alemania, por muy sonoramente que anunciara Goebbels sus éxitos, la tranquila e irónica voz de Salomón Lozovsky siempre dio aliento al mundo de habla inglesa.

La ofensiva verbal de Lozovsky contra Hitler empezó tan pronto como se inició la campaña alemana. Lozovsky decía: «A los bárbaros sedientos de sangre no les haremos pagar ojo por ojo y diente por diente. A la banda de Hitler le haremos pagar dos ojos por uno, y por cada diente toda una mandíbula».

En 1939 Lozovsky fue designado comisario ayudante de Relaciones Exteriores. En junio de 1941 se le dio el cargo de jefe de la oficina de informaciones, aparte de sus otras funciones. La Oficina de Informaciones es Lozovsky.

Había aprendido el arte de la persuasión en los lejanos tiempos de los zares. Como otros muchos jefes soviéticos, que ahora están en el Gobierno, andaba por aquellos días recorriendo el país, cuchicheando propaganda, escribiendo y distribuyendo panfletos revolucionarios, y preparando al pueblo para el dominio de los comunistas. Nunca ha olvidado cómo se gana la atención de un hombre o de un millón de hombres.

A diferencia de todos los demás en la Unión Soviética, Lozovsky, por su aspecto, podría ser tomado por un calavera salido por casualidad de los bulevares de París. En verdad, se dice de él que durante sus días prerrevolucionarios de destierro en París, a menudo lo señalaban los turistas como un habitual típico de los cafés.

Tiene una cabeza bien poblada de cabello color caoba, barba hirsuta y bravía del mismo color, y pecho saliente. Domina el francés como un galo y lo habla con el menor pretexto, aunque sus conferencias oficiales con los periodistas extranjeros siempre se hacían en ruso. Cuando entró en el comisariato de Relaciones Exteriores, en 1939, aprendió solo el inglés. Ahora lo habla tan bien como cualquiera, que lo sepa, en Moscú.

Frecuentemente, durante el verano de 1941, el teléfono de un corresponsal extranjero sonaba en mitad de la noche y el secretario de Lozovsky anunciaba tranquilamente que a la una en punto se celebraría una conferencia con los periodistas en la oficina de *Mr.* Lozovsky. Sus conferencias siempre eran extraordinarias; nunca supe que diera una ordinaria.

Después que los corresponsales adormilados habían entrado en su oficina y bebido toda la limonada con soda que había en la larga mesa cubierta de paño verde, Lozovsky desplegaba ante sus abultados ojos otra de sus sorpresas: documentos secretos. A veces eran papeles tomados a prisioneros alemanes, rumanos o

finlandeses; a veces órdenes encontradas en un comando alemán capturado; pero fuesen lo que fuesen, Lozovsky siempre los revelaba con la misma pompa y ceremonia que si hubiera tenido que mostrarnos a Hitler prisionero. Generalmente resultaban ser cartas escritas por soldados alemanes contando a su mujer o a su novia que le enviaban un saco de pieles o un par de guantes.

Lozovsky siempre se mantenía inalterable y tranquilo por desagradables que fuesen las noticias del día. En ocasiones comenzaba su conferencia de prensa leyendo un extenso documento que refería cuánto odiaban los rumanos a Hitler. Si no eran los rumanos, eran los checos, finlandeses, polacos o búlgaros. La radio extranjera estaría gritando que los alemanes entraban en Leningrado, Moscú y Arcángel, y los corresponsales extranjeros estarían saltando en su asiento a la pesca de una oportunidad para pedir a Lozovsky que confirmara o negara, pero él leía y leía, describiendo el destino que esperaba «al demente Hitler y su banda de pistoleros».

Todos sus papeles estaban salpicados de pronunciamientos como estos: «Las bestias de Berlín se rompen la cabeza contra los cascos de acero del Ejército Rojo», y «Hitler y sus guardias saben que su hora se acerca y que la única esperanza de sobrevivir es pedirnos gracia. ¿Creen ustedes que se la daremos? ¡Yo no lo creo!».

Lozovsky, como Stalin, prefiere trabajar de noche. Iba a su oficina por la tarde temprano y a menudo se quedaba hasta las 4 o 5 de la mañana. Una vez le pregunté por qué trabajaba de noche.

«Uno adquiere sus hábitos cuando es demasiado joven para saber por qué —me contestó—. Luego, cuando ya los tiene, descubre que son los que más le convienen».

La oficina de censura de guerra estaba bajo su fiscalización, pero dejaba a otros el cuidado de censurar los despachos de prensa y las transmisiones de radio. Rara vez se le consultaba, porque los censores comprendían bien qué era lo que en opinión de Lozovsky convenía dejar pasar para que lo leyera o escuchara el extranjero.

Pero cuando se trataba de escritos que él mismo enviaba al mundo por medio de la radio y los diarios, demostraba su dominio de la propaganda. Un monólogo suyo para los prisioneros alemanes los hacía llorar a menudo. Y sus conversaciones de radio para las madres alemanas cuyos hijos habían sido muertos o capturados desgarraban el corazón hasta de los mismos rusos.

Una vez pregunté a Lozovsky si los rusos peleaban contra los finlandeses con la misma ferocidad que contra los alemanes.

—No estamos en guerra contra los finlandeses —me respondió—. Lo único que hacemos es tratar de ayudarlos.

Pero cuando se trataba de los relatos de atrocidades, Lozovsky superaba a Goebbels en la elección del asunto, la técnica y el horror producido. Con todo, siempre tuve la impresión de que se contenía mucho. Sus relatos de atrocidades eran más horribles que los de Goebbels, pero por bajo ellos siempre se notaba la insinuación de que podrían haber sido mucho más horribles en caso necesario. Nunca creí que Lozovsky gustara de ponerse al mismo nivel que el Ministerio de

Propaganda alemán. Prefería pinchar a los alemanes, burlarse de sus éxitos y recordarles hora por hora que vendría de cierto el día de ajustar las cuentas. Se deleitaba en imprimir pases, que se lanzaban por millones sobre las líneas alemanas, y que constituían un salvoconducto para todo alemán que desertase.

—Los alemanes —dijo una vez— están regando nuestro suelo con su sangre y abonando la tierra con sus cadáveres. Nuestras futuras generaciones les estarán agradecidas cuando recojan sus más grandes cosechas de trigo y centeno.

Una vez fui a su oficina para preguntarle sobre la política staliniana de la tierra arrasada, que consiste en destruir todo lo que sea de algún valor en el camino del avance alemán.

Se recostó en su sillón, con ojos brillantes, y una sonrisa sardónica iluminó su faz.

—Esos asesinos empapados en sangre no encontrarán nada —dijo—. No podrán encontrar leña bastante para hacer un fuego que les deshiele las manos. No encontrarán comida para vivir.

Hizo una pausa, mientras golpeaba la mesa con un lápiz.

—Con una excepción —añadió.

—¿Cuál? —pregunté.

Se inclinó hacia adelante en la mesa, agitando el dedo al hablarme:

—Dejamos todos los repollos que hay en tierra, entre Moscú y el frente. Cuando los alemanes vean repollos se inclinarán en seguida para agarrarlos. Dentro de cada uno, metido entre los pliegues de las hojas, encontrarán una tira de papel. En esa tira, escrita en alemán, habrá una invitación para que coman los repollos sin temor de que estén envenenados y diciéndoles que eso no es más que un ejemplo de la comida que les espera si abandonan al verdugo de Berlín y vienen a nosotros. La invitación tendrá un «menú» impreso al respaldo, el «menú» que les espera, y que será de carne de vaca, carnero, gallina, patatas, pan, café, azúcar, tabaco y vino.

Volvió a recostarse en su silla, riendo hasta sacudirse todo.

—¿No podrán resistir a eso, verdad? —preguntó, y se le caían las lágrimas de risa.

CAPÍTULO VIII

El mejor sitio de Moscú para descubrir qué ocurría en el frente era la casa de un corresponsal ruso o de un oficial del Ejército Rojo. Pero no es fácil obtener acceso a esos dominios privados en la Unión Soviética. Por mucho que uno llamara por teléfono, o a la puerta de calle, nadie respondía. El método usual y aprobado era formular un pedido por escrito a la oficina de prensa del comisariato de Relaciones Exteriores. Y de cien veces, noventa y nueve no se volvía a saber nada de ello, ni en sentido afirmativo ni negativo. En varias ocasiones, después de presentar una solicitud de esta clase, insistí en recibir contestación. Siempre me decían cortésmente que no se necesitaba respuesta alguna, puesto que no se había acordado el pedido.

Yo actuaba como corresponsal en Moscú para Columbia Broadcasting System, para el diario *PM* y para la revista *Life*, y la necesidad de conseguir cada día material suficiente para las transmisiones y las crónicas enviadas por cablegrama me obligaba a lanzarme a empresas privadas y a tener iniciativa personal hasta el máximo de mi capacidad y resistencia. Los censores veían con desagrado esas hazañas, afirmando que debía limitar mi correspondencia a lo que fuese oficialmente aprobado, y guiarme por el verdadero camino, que ellos señalaban con lápiz azul y lápiz rojo de un modo que a mí me parecía inoportunamente eficaz. Cierta mañana, una hora antes del momento de la transmisión, mi crónica fue completamente rechazada. Como sólo tenía quince minutos para escribir una nueva crónica y no había otras noticias que poner, escribí a máquina el siguiente relato:

«Los más grandes trasnochadores de todo Moscú son los gatos. Cada noche ve de tres a ocho de estos animales, gatos de pelo largo, gatos comunes. Todos demuestran el mismo interés atento en la vida y el mismo desdén por los seres humanos aquí, en Moscú, que en todas partes del mundo. Se sientan en la acera durante los obscurecimientos, y miran persistentemente cualquier cosa, como hacen ellos, y atienden menos a los seres humanos que a los automóviles que pasan. Cuando consienten en trabar relaciones con una persona se debe sencillamente a que quieren utilizar nuestras piernas como objeto adecuado contra el cual frotarse. Se puede suponer con seguridad que las simpatías de los gatos de Moscú están con el Ejército Rojo y que son tan patrióticos como todos los gatos con respecto a su tierra natal: pero sospecho que más bien se alegran de que haya obscurecimiento. Ya no necesitan esperar sentados en su casa a que las multitudes dejen libres las calles por la noche, porque no hay multitudes; y pueden explorar a satisfacción las nuevas y anchas avenidas, las plazas agrandadas porque no hay luz que les estropee la diversión».

Los censores quedaron encantados cuando leyeron el escrito y lo dejaron pasar sin tacharle una coma. Me dijeron que esa crónica era prueba de que yo no necesitaba ninguna de esas entrevistas con los oficiales del Ejército Rojo y los funcionarios del

Gobierno, para conseguir las cuales había estado enloqueciendo al comisariato de Relaciones Exteriores. Al siguiente día la radio gubernamental transmitió mi crónica, traducida al ruso, para toda la Unión Soviética, añadiéndole una nota al pie. La nota ordenaba a los ciudadanos no abandonar por mucho tiempo sus hogares sin dejar bien atendidos a los gatos.

Y con eso me encontré en peor posición que nunca, pues cada vez que solicitaba una entrevista o una excursión cerca de Moscú me aconsejaban que escribiese otra nota sobre los gatos. Desesperado, decidí meterme en mi automóvil e irme al frente, o por lo menos lo más lejos que pudiera en esa dirección hasta que me pararan y me trajeran de vuelta a Moscú. A ningún corresponsal se le había permitido salir de la ciudad y yo quería descubrir qué ocurría en el camino a Smolensko.

Había proyectado levantarme a las 5 de la mañana y lanzarme a ello. A medianoche entró mi chófer diciendo que la caja de velocidades se había roto. Eso significaba que había que inmovilizar el coche por dos o tres días, hasta que se hicieran las reparaciones.

Al día siguiente, antes de las 12, sonó mi teléfono. Era un corresponsal soviético que acababa de volver del frente. Me dijo que si iba en seguida a su habitación tendría oportunidad de hablar con varios corresponsales y oficiales del Ejército Rojo, recién llegados a la ciudad con permiso de varios días.

Había una media docena de rusos en la casa al hacer mi entrada. Cuando los rusos se reúnen, comen. Encontré una mesa cargada de botellas de vodka y de vino, y varios platos de mariscos y queso curdo. La mayoría de los rusos habían llegado a Moscú en avión desde el frente, y era su primera comida desde la noche anterior. Uno de ellos describía las dificultades en medio de las cuales eran escritos y publicados los diarios para el Ejército Rojo, bajo el fuego. Los directores de diarios norteamericanos, que encanecen o pierden el cabello esforzándose por lanzar a la calle una edición extraordinaria antes que los rivales, no tienen idea de las dificultades que ello implica.

Decía el oficial que el diario del frente era enviado a un sector en dos automóviles. Un coche llevaba al director y a un reportero, junto con los accesorios necesarios, como máquinas de escribir, papel de originales, y diccionario. El otro coche llevaba cajas de tipografía, papel de imprimir y prensa. El impresor iba en este último vehículo.

Al llegar a destino, el reportero salía y buscaba noticias. Parece que esto era difícil, porque generalmente estaban ocurriendo tantas cosas que el cronista tenía que dejar una batalla por la mitad para volver a su diario antes de que pasara el plazo. Y a veces el cronista resultaba perdido en acción de guerra. En tal caso, el director tenía que salir y obtener por sí mismo las noticias.

Mientras el reportero estaba trabajando, el director levantaba su oficina editorial plegadiza, ponía el fusil en las rodillas y colocaba cerca media docena de granadas de mano.

Cuando volvía el cronista —si volvía— se leía el original, el impresor lo componía a mano y entre los tres manejaban la prensa. Listo el periódico para ser distribuido, director, impresor y cronista llevaban los ejemplares a diversos puntos del sector, donde eran repartidos entre los soldados.

Uno de los oficiales contó que había oído referir un episodio reciente en el que no había regresado el reportero durante varias horas. El director, temiendo que algo le hubiera ocurrido, fue en persona a buscar noticias.

Subió a un tanque que pasaba dirigiéndose al encuentro de los alemanes. Durante la batalla, una granada antitanque perforó la coraza y mató a todo el personal, pero el director escapó ileso. Él mismo manejó el tanque hasta que se agotaron las municiones y entonces se encontró en lo más trabado de la pelea, entre tanques alemanes y soviéticos que hacían fuego continuamente. Dio vuelta hacia las líneas soviéticas, embistió a un tanque alemán y lo volcó, y prosiguió hasta la retaguardia. Antes de salir del campo de batalla se quedó sin nafta.

Pensando en la hora de cerrar su diario, decidió salir y tratar de llegar arrastrándose hasta la «oficina» a tiempo para escribir e imprimir la crónica de la batalla.

Sacó una ametralladora del tanque, abrió la escotilla y saltó a tierra. Un tanque alemán viró cuando lo vio saltar y se dirigió a él. Se escondió detrás de su propio tanque, lanzó dos granadas al tanque alemán y se entregó a su suerte. Sus granadas no dieron en el blanco, pero un cañonazo disparado desde un tanque soviético hizo saltar la escotilla e invalidó al vehículo alemán. El director se deslizó entonces a lo largo de una zanja, arrastrando su ametralladora, y ya llegaba a la protección de un camino de árboles cuando fue descubierto por un avión alemán que volaba a baja altura. Al pasar, el avión lo ametralló, pero cuando volvió, el director ya había instalado su ametralladora. Derribó al aeroplano y corrió por la arboleda hasta su oficina. Escribió la crónica, ayudó al impresor y pudieron distribuir los ejemplares con sólo una hora y media de retraso.

Constantin Simonov, mayor de la reserva en el Ejército Rojo, refirió lo que él llamaba un ataque psicológico de los alemanes cerca de Smolensko. Dijo que en lugar de extender su infantería en línea delgada para avanzar, los alemanes atacaron en formación cerrada, para dar la ilusión de que eran un destacamento pequeño.

—Todos los oficiales del Ejército Rojo —dijo— conocían esta treta por haber estudiado la táctica de los alemanes en la Primera Guerra Mundial. Pero ésta no es la Primera Guerra Mundial, y nuestro fuego de artillería rompió la formación en pocos minutos. Al parecer esto tuvo un efecto desmoralizador sobre los oficiales y los soldados, pues en lugar de proseguir el ataque, la mayor parte de los enemigos se retiró y los demás se rindieron. Cada vez que un plan de los alemanes fracasa de ese modo, se desmoralizan y dejan de luchar.

Simonov agregó que la lucha cerca de Smolensko había sido ruda. Grandes batallas de tanques se libraban casi de continuo, muchas de ellas por la noche.

Cuando se intentaban avances, los alemanes ataban acoplados a sus tanques y trataban de transportar infantería por el campo de batalla. Tan pronto como obscurecía, enviaban cuadrillas de reparaciones a trabajar en los tanques, pero poco podían hacer porque el Ejército Rojo iluminaba el campo de batalla con cohetes y paracaídas luminosos y la artillería tiroteaba a los trabajadores.

Un oficial, Eugenio Gabrilovich, que era observador militar de un diario de Moscú, contó la captura de gran número de oficiales alemanes que estaban a varios kilómetros en la retaguardia mientras se libraba una batalla cerca de Smolensko. Dijo que los oficiales estaban sentados en sus automóviles cuando un destacamento de tanques soviéticos rodeó su cuartel temporal. Según Gabrilovich, los altos oficiales alemanes temían tanto ser capturados, que nunca se acercaban a la lucha real, y siempre se quedaban en sus autos para poder escapar mejor. Dijo que esto explica por qué los soldados alemanes se desorganizaban tan pronto en medio de la batalla y por qué gritaban tan a menudo pidiendo socorro.

—Muchas veces he visto soldados alemanes arrodillarse y alzar las manos —dijo—. Cuando se rinden a algunos les caen lágrimas por las mejillas. Muchos lloran y maldicen al mismo tiempo. Ciertos prisioneros me dijeron que era la primera vez que chocaban con un ejército que peleaba más duramente que ellos. No podían comprender por qué no habían logrado vencernos.

»Conversé con varios alemanes que me dijeron cómo habían derrotado a los australianos en Grecia y los habían ahorcado en los árboles en lugar de tomarlos prisioneros. Dijeron que lo hacían para impedir que los australianos volvieran a entremeterse nunca en la campaña europea de Alemania.

»Algunos de los tanques alemanes capturados tenían inscripciones pintadas en el costado, que decían, por ejemplo: “Yo tomé las Termópilas”. Dentro de los tanques se encontraban muchas fotografías pegadas, en su mayoría de generales, o desnudos de *La Vie Parisienne* y otros periódicos artísticos de París».

Otro corresponsal, Lev Slavin, había visitado todo el frente, desde Smolensko hasta Murmansk.

Dijo que gran número de soldados finlandeses se rendían, pero que sus oficiales temían hacerlo porque los alemanes les habían dicho que los rusos los maltratarían. Contó que los miembros de los regimientos del Ejército Rojo, que habían luchado contra los finlandeses un año y medio antes, tenían dificultades para creer que fuese la misma gente. Expresó que entonces los finlandeses no se rendían por nada, sino luchaban hasta morir.

—Al Norte de Smolensko —añadió Slavin—, presencié una tentativa alemana para tomar una de nuestras posiciones con infantería provista de ametralladoras. Diez o doce grandes tanques vinieron hacia ella, y cuando se hallaban a tiro de nuestras trincheras, doblaron bruscamente, poniéndose paralelos a nosotros. Avanzaron a razón de setenta kilómetros por hora, y no acertábamos a imaginar qué se proponían. En pocos minutos vimos saltar de ellos a soldados de infantería que llevaban

ametralladoras. Los tanques, después de dejarlos, volvieron a sus líneas a toda velocidad. Esperábamos que los alemanes se tendieran en tierra para abrir el fuego contra nosotros, pero al cabo de quince minutos nada había ocurrido. Enviamos una patrulla a averiguar y descubrió que prácticamente todos los alemanes estaban tan mal heridos de un modo u otro que no podían manejar las ametralladoras. Recogimos a los que vivían aún y nos dijeron que se les había ordenado saltar de los tanques cuando éstos iban a setenta kilómetros por hora.

Volví tarde a mi hotel y empecé a escribir algunos de estos relatos. Trabajé toda la noche y entregué a los censores varias crónicas por la mañana. A veces las crónicas eran retenidas en la oficina de prensa de uno a cinco días. Esta vez no pasó nada de eso. Uno de los censores llamó telefónicamente a mi secretaria rusa al cabo de una hora, y la reprendió francamente por haberme ayudado a conseguir y escribir reportajes, que no habían sido previamente aprobados por el comisariato de Relaciones Exteriores. Ella negó que tuviera nada que ver con los reportajes y protestó por la acusación. Nunca se me preguntó cómo había conseguido acceso a los corresponsales y oficiales del ejército a los que había entrevistado, pero pasaron varios días antes de que recobrará mis originales de radio y cablegramas para los diarios. Cuando los recibí, habían tachado por lo menos el cincuenta por ciento de las líneas.

Aparte de este incidente, mis relaciones con los censores fueron generalmente agradables. Cuando me suprimían pasajes de mis crónicas, casi siempre me permitían compensarlos agregando renglones autorizados. Frecuentemente me consultaban por teléfono antes de tacharme líneas. Pero los censores, a pesar del esfuerzo que hacían por mantenerse en buenos términos, jamás reponían pasajes una vez borrados.

Cuando habían decidido que cierta información no debía transmitirse al extranjero desde la Unión Soviética, se mantenían firmes como la roca.

CAPÍTULO IX

Esperar que termine un ataque de bombas explosivas es una cosa, pero soportar un diluvio de bombas incendiarias en una azotea, con una espuerta de arena en una mano y un cubo de agua en la otra, es cosa diferente.

Cuando la Luftwaffe decidió concentrar su bombardeo cierta noche sobre el barrio de la ciudad en que me hallaba yo, fue como un huracán del Nordeste a la altura de los Grand Banks. Las bombas incendiarias bajaban silbando, cada vez más fuerte, hasta que aquello parecía una tormenta. Esa noche Margaret y yo habíamos ido a la azotea de la embajada británica (que estaba situada frente al Kremlin sobre la orilla oriental del río de Moscú), para cambiar de ambiente. La embajada norteamericana, a unos tres kilómetros al Oeste del Kremlin, se encontraba en el camino de la mayoría de las incursiones nocturnas, pues estaba a poca distancia de una de las grandes estaciones ferroviarias y era de los mejores lugares para contemplar los raides. Los alemanes no atacaban todas las noches al Kremlin, pero cuando lo elegían por objetivo se producían las incursiones más espectaculares.

En el camino a la azotea de la Embajada, nos encontramos con *Sir Stafford Cripps*, entonces embajador británico en la Unión Soviética, que casualmente bajaba al refugio del sótano con un libro, una salida de baño y un perro. Leía una obra sobre la agricultura china.

Mi mujer se puso a trabajar preparando las cámaras fotográficas, en cuanto llegamos al terrado. Miré el reloj y viendo que se acercaban las 10 de la noche, le dije que me parecía oportuno que abriera los objetivos y dejara impresionarse las placas. Se fue al extremo Norte de la azotea.

El chófer y yo fuimos al extremo sur y esperamos. Estaba la noche más oscura que el fondo de un pozo y teníamos que ir tanteando por el tejado pronunciadamente inclinado.

Varios agregados militares y navales británicos se hallaban por la azotea, pero aunque oíamos sus voces no veíamos ni siquiera sus siluetas contra el cielo.

A las 10 las sirenas empezaron a lanzar su alarido que electrizó a la ciudad. En pocos minutos funcionaron los proyectores y cruzaron el firmamento los haces luminosos. Los cañones antiaéreos del Norte comenzaron a tirar y casi seguidamente escuchamos el zumbido de los Junkers alemanes.

Pensé que de un momento a otro empezarían a descender las bombas explosivas, pero en cambio se oyó un ruido como si cayeran garbanzos desde un segundo piso a un barril de madera. Eran miles de bombas incendiarias que llovían sobre la ciudad.

Oí que mi mujer corría buscando refugio bajo una de las ventanas de la azotea, y mi chófer empezó a gritarme en ruso. En casi la mayoría de las circunstancias Alejandro podía hablar un poco de inglés, pero esta vez el ruso le atraía más. Le grité

que hablara en inglés:

—*Par Anglisky! Par Anglisky!* —le dije.

Aulló en contestación, según presumo, que era una situación puramente rusa y no era momento de practicar el inglés. Varias horas después, cuando las cosas habían vuelto casi a la completa normalidad, me dijo que estaba tratando de aconsejarme que metiera las bombas en el cubo del agua y reservara la arena, y si era posible, para usarla solamente como último recurso.

Los cañones antiaéreos del Kremlin y de los alrededores habían abierto el fuego y los *shrapnells* caían sobre el tejado de cinc de la embajada como si fuera granizo. Uno descendió zumbando, con toda clase de curiosos chillidos, y me hizo preguntarme, cuando tuve tiempo para ello, dónde aterrizaría la próxima esquirla de acero. Tenía puesto un sombrero de chapa y había hecho llevar a Alejandro un saquito de arena atado a la cabeza. Se lo había fijado con una gran tira de trapo blanco y parecía un enfermo de las muelas. Mi mujer también llevaba su sombrero de metal, pero yo temía que se lanzara a cambiar las placas de sus cámaras fotográficas, precisamente en el momento en que más intenso era el granizo de *shrapnells*. En efecto, decidió subir a modificar el foco de una de ellas cuando la lluvia de bombas incendiarias estaba en su apogeo. Le grité del otro lado de la azotea que volviera a refugiarse en cuanto pudiese, y que entretanto se quedara erguida para que el *shrapnell* le cayera en el casco y no en la espalda.

Las bombas incendiarias estaban castigando a la ciudad. Una de ellas alcanzó a la azotea de la Embajada, pero fue extinguida casi a continuación por uno de los ingleses. Ocurrían cosas en todas partes. Un gran resplandor amarillento iluminó el cielo hacia el Este, indicando que una bomba incendiaria había caído sobre algo muy inflamable. Daba la impresión de que se trataba de un tanque de petróleo. Justamente en frente a la Embajada, el Kremlin estaba salpicado de manchas blancas de fuego chispeante. Cientos de bombas incendiarias caían entre las agujas y cúpulas del edificio. Los guardias de la azotea del Kremlin las apagaban casi con la misma rapidez con que caían, y después del primer estallido de siniestras llamas amarillentas desaparecían en el agua o bajo la arena.

Los cañones de tres y cinco pulgadas lo atronaban todo alrededor de nosotros. El cañón de tiro rápido sacudía el edificio con sus estampidos. Abajo, en la calle, saltaban chispas cuando las esquirlas azotaban el pavimento.

Aún no habían empezado incendios cercanos, por lo cual sabíamos que estábamos relativamente libres de las bombas de demolición por un rato. Los aparatos alemanes rugían sobre nuestras cabezas, al parecer dando vueltas en torno al Kremlin.

Mi chófer se arrastró por el tejado y se encaminó abajo, gritando algo sobre una bomba incendiaria. Llegó a la calzada del garaje, donde una llama blanca subía al lado de nuestro coche. Enterró la bomba bajo un montón de arena y corrió de nuevo a la azotea. Las bombas incendiarias empezaron a azotar nuestro tejado y todo el mundo entró en acción. Algunos hombres tenían guantes ininflamables y largos

garfios de hierro. Con ellos podían agarrar las bombas y meterlas en barriles de agua. El resto de nosotros teníamos que luchar contra las bombas con agua y arena, y cuando no podíamos asirlas, enviarlas a puntapiés a tierra, donde no podían hacer daño.

Varias manzanas más allá un gran tinglado de maderas estalló súbitamente en llamas. Las máquinas de los bomberos acudieron retumbando por las calles y largas líneas de manguera se tendieron desde el río. El agua empezó a subir en varias docenas de potentes chorros hasta el fuego.

Pero eso era lo que deseaban los alemanes. Con ayuda de la luz proveniente de los edificios incendiados, los pilotos y los lanzadores de las bombas podían encontrar sus objetivos. Casi en seguida empezaron a caer las bombas de demolición. El Kremlin, a una manzana del incendio, estaba iluminado en todo su costado oriental.

Se inició una nueva lluvia de *shrapnells*. El estruendo de los cañones sofocaba todos los demás ruidos, y el cielo estaba cruzado en zigzag por las granadas luminosas. Mi chófer se ajustó la bolsita de arena que tenía en la cabeza y yo me remangué los pantalones. Las cosas ocurrían en todas partes al mismo tiempo.

Margaret volvió a salir y cambió las placas de sus cámaras. Un general británico se arrastró a lo largo de la balaustrada de la azotea, tratando de llegar al otro extremo, donde había caído una bomba incendiaria. Yo ya me había quedado sin arena ni agua, y cuando cayó a mi lado la nueva bomba de fuego tuve que sacarla del tejado a puntapiés. Cayó en un cantero de flores, al lado de la casa.

En la orilla opuesta del río, sobre las azoteas del Kremlin, veía a los guardias correr hacia las bombas incendiarias y apagarlas. En uno de los patios del Kremlin una bomba había alcanzado a un automóvil y la máquina se iluminó envuelta en llamas rojas como un barril de nafta que revienta.

El edificio incendiado cerca del Kremlin se deshacía en humo y llamas a pesar del trabajo de los bomberos. Todo el lado oriental y una parte del costado sur del Kremlin ya estaban iluminados, y las bombas de demolición caían cada vez con mayor frecuencia. Una parte de la pared del Kremlin fue demolida por un impacto directo, y casi fue alcanzado un puente del río.

El cielo estaba tan colmado de estallidos de granadas antiaéreas que parecía como si todas las estrellas del firmamento se estuviesen desintegrando una y otra vez; «cebollas» envueltas en llamas surcaban el espacio sombrío con una ferocidad que dejaba sin aliento; las balas luminosas subían hasta perderse de vista; de todas partes se levantaba el redoble furioso de las ametralladoras, y el estampido ensordecedor del cañón rápido hacía retemblar el aire. Los globos cautivos y los proyectores completaban el trágico espectáculo.

Pero eso no fue todo. Dos horas duraba ya el raid y sabíamos que aún faltaban muchas cosas.

Privados de la luz de los incendios que habían esperado producir con sus bombas de fuego, los aviadores empezaron a lanzar luces con paracaídas. Las primeras

bajaron en una hilera de casi mil metros de largo. Estaban separadas entre sí por unos ochenta metros, y al bajar flotando lentamente desde el cielo sobre el río parecían enormes perlas ensartadas. Cuando ya se cernían claramente sobre la ciudad, fueron lanzadas otras tres sartas desde los aviones. Aún estaban demasiado alto para iluminar los blancos, pero no por eso se contuvo el fuego de tierra. Sonaba como si los cañones de ese barrio estuvieran dirigidos contra las luces. Balas de ametralladoras desgarraban los paracaídas de seda, pero no podían impedir el descenso de esos soles sobre el Kremlin. Cuando la primera luz se hallaba a unos setecientos metros del cielo, fue alcanzada por una granada antiaérea y su fuego resplandeciente se deshizo en centenares de fragmentos que descendieron a tierra como plumas. Pero esa fue la única luz alcanzada, y las demás bajaron lentamente hasta aterrizar en el pavimento o en los edificios, donde por fin se podía apagarlas.

Las bombas explosivas arreciaron sobre el Kremlin mientras duró la luz. Mi mujer se había agarrado a los barrotes de la balastrada y refugiado bajo los aleros. Alejandro y yo nos agarramos a la chimenea y nos mantuvimos tan apretados como era posible. Cuando caía cerca un explosivo de media tonelada, la expansión del aire nos habría lanzado a todos a la calle si no nos hubiésemos afirmado bien.

De pronto, en medio de este bombardeo, un avión que volaba muy bajo pasó rozando la azotea. Cuando se hallaba justamente encima, brotaron varias veces del mismo, luces verdes y rojas, que indicaban a los artilleros de tierra que se trataba de un avión soviético de caza nocturno. Se elevó en el cielo y la artillería antiaérea cesó de tirar.

Hubo una pausa de unos veinte minutos en el ataque alemán. Al parecer, los aviones se habían ido y el cazador nocturno se dirigía tras ellos hacia el Oeste.

Mi chófer y yo fuimos al patio y subimos al coche para ir a los estudios de radio, situados varios kilómetros más allá. Pasamos por el Kremlin, donde todo estaba tranquilo, y tomamos la calle Gorky. Cuando nos hallábamos a la mitad del viaje, llegó una nueva oleada de aparatos enemigos. Paramos el coche y nos pusimos a escuchar. La nueva oleada rugía desde el Noroeste, como de costumbre, y el fuego de tierra empezó nuevamente. Esta vez no perdieron tiempo en buscar objetivos. Se lanzaban las bombas explosivas para que cayeran en cualquier parte, y una de ellas explotó cerca de nosotros. Nos metimos debajo del auto y permanecemos varios minutos, hasta que hubo caído el último ladrillo. Después nos dirigimos de nuevo hacia la estación de radio.

Media hora más tarde salíamos del estudio donde había transmitido la crónica, y si Alejandro no me ase del brazo habría caído dentro de un cráter de bomba de siete metros de hondo. El edificio utilizado en aquel tiempo para la transmisión radiotelefónica era de forma cuadrada, y en medio había un patio descubierto. La bomba había caído justamente en el centro del patio. Todos los vidrios de la casa habían volado, pero no por eso se interrumpió la transmisión. La bomba hizo reventar una cañería de conducción de agua, y el cráter se estaba transformando rápidamente

en un pequeño lago.

Todavía era profunda la oscuridad; el raid seguía aumentando de intensidad. El chófer dijo que tenía hambre, de modo que fuimos al restaurante del estudio y comimos sándwiches de jamón con un poco de té. Veinte minutos más tarde el raid había terminado y partimos para casa.

Después del estrépito y el fuego del ataque, la noche fue notablemente serena y tranquila hasta el amanecer.

CAPÍTULO X

Yo seguía resuelto a salir de Moscú, sobre todo en dirección al frente. Esto significaba, por supuesto, el camino a Smolensko. Había estudiado el terreno varias veces, no dando nunca un paso más allá de la primera barricada, que estaba construida a varios kilómetros del límite de la ciudad. Cada vez que llegaba en el auto hasta ella, los centinelas del ejército y los milicianos del Estado me obligaban, cortésmente, pero con firmeza, a volver a Moscú. Estas excursiones, empero, no resultaron vanas porque me permitieron descubrir que lo único que necesitaba era un pase autorizado, firmado y rubricado cuatro veces. Margaret y yo nos pusimos a la tarea de conseguir ese *propusk*.

No sé qué andaban haciendo los demás corresponsales extranjeros por propia iniciativa para conseguir salir de la ciudad, pues cada uno de nosotros guardaba silencio durante este período. El comisariato de Relaciones Exteriores se oponía aún firmemente a que cualquier extranjero saliera de la ciudad, y cada vez que un periodista solicitaba permiso para hacer una excursión al frente, se lo rehusaban de plano.

Margaret, a la que llamaban habitualmente la Americana, porque los rusos tenían dificultad para pronunciar Bourke-White, escribió una larga solicitud, cuidadosamente redactada, a Voks, abreviatura rusa de la Sociedad de Relaciones Culturales con Países Extranjeros. Voks había sufrido severas restricciones en sus actividades desde que empezó la lucha y en ese tiempo aún no había comenzado a adaptar su organización a la propaganda de guerra. A fines de agosto, varias semanas después de ser enviada nuestra petición, Voks nos comunicó, una mañana temprano, que vendría a buscarnos un auto y nos llevaría a un aeródromo militar de la zona de defensa de Moscú. Supusimos que nos llevarían al Este de la ciudad, y hasta que partimos hacia el Oeste no supimos que estábamos en el camino a Smolensko.

Pasamos la primera barricada, después de mostrar simplemente de lejos el *propusk* a los guardias. Cuando habíamos recorrido unos 30 kilómetros, nos encontramos internados en la zona que estaban fortificando contra el avance alemán. El camino a Smolensko, que consta de cuatro calzadas, estaba repleto de camiones de abastecimiento que avanzaban a velocidad uniforme de treinta y cinco kilómetros por hora, de dos en fondo, en ambas direcciones. A lo largo del camino, se veían de trecho en trecho depósitos de nafta, a menudo disimulados entre arboledas de abetos y pruches. En las glorietas más grandes, destacamentos de tropas habían establecido sus cuarteles temporales. Artillería antitanque, trincheras de infantería, y casamatas guardaban prácticamente hasta el último metro de carretera.

Anduvimos ochenta kilómetros, un cuarto de la distancia a Smolensko, antes de salir de la carretera. Atravesamos varios kilómetros de un campo muy poblado de

bosques y finalmente nos paramos en lo que parecía ser un campo de heno.

Era cualquier cosa menos un campo de heno. Se trataba de una de las mayores bases de defensa aérea en el camino a Smolensko. Los aeroplanos en tierra estaban cubiertos por ramas de siemprevivas, la vivienda de los pilotos y mecánicos se hallaba muy disfrazada y el único signo de actividad humana era una columna de humo azul que serpenteaba subiendo desde una amplia cocina de campaña, instalada en otra glorieta de abetos. No lo sabíamos entonces, pero el comandante del aeródromo había ordenado un típico banquete ruso para nosotros, y un poco después estábamos sentados ante la mesa, comiendo ganso al horno y bebiendo champaña.

El comandante y varios tenientes nos condujeron por un bosque de siemprevivas trasplantadas. Al borde de la arboleda separamos las ramas y miramos a través de lo que parecía un campo de heno abandonado. Llegaba una escuadrilla de cazadores rápidos para aterrizar en él. Puede decirse que los aviones entraban, y no que descendían, pues cuando se encontraban a menos de cien metros del aeródromo su tren de aterrizaje casi tocaba ya el suelo. No pude calcular a qué velocidad tomaron tierra, pero fue suficiente para que el viento levantado por ellos azotara las ramas entre las que nos hallábamos nosotros, a unos cien metros más allá. Mientras aterrizaba la escuadrilla, otro conjunto de aviones levantó vuelo. Como el aterrizaje, la maniobra de despegar fue increíblemente corta y rápida. Subieron casi verticalmente. Eran cazadores cortos y recios que habían hecho destrozos entre los bombarderos alemanes. Llevaban tres ametralladoras y un cañoncito de tiro rápido en la proa. Parecían modelados sobre el Curtiss P40, norteamericano.

Contorneamos el aeródromo, sin cruzar los espacios abiertos y marchando entre los robustos árboles, hasta llegar a un grupo de aviadores sentados a la mesa al aire libre. Acababan de llegar, después de un vuelo de una hora en busca de aeroplanos de reconocimiento que habían sido denunciados cerca de Moscú.

Después de comer caminamos en torno al aeródromo, siempre bajo los árboles. Conté 56 aviones de caza durante el paseo, y como cada uno de ellos estaba disimulado, es posible que no viese todos los que había. Además de los aparatos soviéticos, había restos de aviones alemanes diseminados por todo el lugar. Había motores, desde Heinkel y Messerschmidt, y restos de alas y timones enredados de Junkers y Dornier. Los pilotos dijeron que no todos esos restos eran de aeroplanos derribados en esa base, sino que gran parte de ellos habían sido traídos por los campesinos de las cercanías, que los habían encontrado en sus campos.

Pedí a uno de los aviadores, un ruso pequeño, de rostro atezado y dientes blancos relucientes, que me contara lo que había estado haciendo.

—Persiguiendo alemanes —respondió, sonriendo con timidez—. El único inconveniente es que corren cada vez que nos ven acercar. Sólo nos hacen frente cuando son cuatro o cinco veces más aviones que nosotros. Hace poco dieciocho aviones alemanes de caza atacaron nuestro aeródromo. Seis de nuestros aparatos ligeros despegaron para luchar con ellos, y en cuanto empezaron a tirar, los dieciocho

se remontaron y se alejaron. Si hubieran sido treinta o treinta y cinco probablemente se habrían quedado y habrían peleado. Varias veces he tratado de encontrarme con un cazador alemán de solo a solo, pero siempre han virado y huido. Supongo que deben de tenernos miedo.

»Los alemanes —continuó— tratan de engañarnos a veces volando con el sol detrás o al costado. Su método favorito es meterse en un banco de nubes y lanzarse bruscamente desde allí. Ensayan toda clase de medios para ocultarse de nosotros, pero nunca les resulta mucho porque generalmente los alcanzamos al fin. Tienen otra treta, que consiste en meterse en un banco de nubes y hacer todo el ruido posible para que creamos que son muchos aviones. Generalmente no son más que un puñado que han estado acelerando al máximo el motor para hacer un ruido infernal.

»Mi unidad patrullaba hace poco el aeródromo y hacía varias horas que no veíamos un aparato alemán. De repente recibimos un mensaje telegráfico que nos anunciaba la venida de una gran formación de bombarderos. Subimos para observar bien el horizonte, y no veíamos nada. Nos quedamos allí un rato, esperando a los alemanes. Al poco tiempo los divisamos. Venían volando del lado del sol y se dirigían a una masa de nubes que estaba debajo de nosotros. Esperamos hasta que entraron en las nubes y allí los seguimos. Estábamos siempre en el aeródromo y era fácil imaginar que iban a tratar de bombardearlo. Picamos sobre ellos y los obligamos a salir de las nubes. Rompieron la formación y tuvimos que perseguirlos individualmente. El Junkers que yo seguía dejó caer una bomba sobre el aeródromo y viró para lanzar otra. Antes de que pudiera volver al aeródromo le incendié el motor derecho y cayó hasta unos 300 metros del suelo. Lo seguí y procuró ametrallarme. Yo estaba bastante cerca para conseguir otro buen impacto, y salí de mi picada después de incendiarle el motor izquierdo. Esto acabó con él. No podía ganar altura, y ya había perdido el timón. Cayó de proa y al tocar tierra el aeroplano se incendió del todo.

El aeródromo estaba lleno de aviadores que habían sido condecorados no una sino varias veces por sus hazañas. Uno de los más famosos era el piloto de 23 años, Víctor Talalikhin, que había obtenido la más alta honra que se otorga en Rusia, el título de Héroe de la Unión Soviética. Talalikhin era tímido, infantil y sin presunción. Si no hubiera sido por su uniforme de la flota aérea, se lo habría tomado por un colegial adolescente del bachillerato. Se hizo famoso, no solamente en Rusia sino en todo el mundo, cuando embistió con su avión de caza un bombardero alemán cargado de explosivos y lo derribó a tierra.

Conversé con Talalikhin durante cerca de dos horas. Descubrí que la noche anterior a aquélla en que embistió al bombardero haciéndolo caer desde varios kilómetros de altura, había derribado otro Junkers 88, tripulado por cuatro hombres. Traté de averiguar cuántos aviones había derribado en dos meses de combate aéreo con los alemanes, pero pretextó que no lo sabía exactamente. Dijo que su unidad había despachado varias veintenas de aeroplanos, y que él no era más que uno de los

miembros del grupo, que ayudaba a derribarlos. Además de su título de Héroe de la Unión Soviética, Talalikhin había sido condecorado con la orden de la Estrella Roja por su valentía en la campaña de Finlandia, dos años antes, y con la orden de la Estrella de Oro. En la chaqueta apenas le quedaba espacio para futuras condecoraciones.

—Yo no tenía intención de embestir —me dijo—. Había visto al Junkers a hora avanzada de la tarde, muy lejos de Moscú, y lo seguí. Volé durante casi todo el tiempo a 8000 metros de altura con la esperanza de derribarlo bajando sobre él. Pero sus tripulantes tuvieron buena suerte porque no conseguí hacerles nada. Al acercarnos a Moscú advertí que me había quedado sin municiones de modo que las ametralladoras y el cañón ya no me servían. Y si volvía a mi base a buscar municiones se me escaparía y podría lanzar sus bombas.

»Pero no quise ceder. Hacía mucho tiempo que esperaba la oportunidad de cazar un bombardero cargado en viaje a Moscú, y decidí hacerle saltar un ala. Ya lo había hecho varias veces cuando me había quedado sin municiones. Un Heinkel o un Messerschmidt se prestan fácilmente a esta maniobra porque son aparatos chicos, pero no sabía lo que iba a pasar cuando intentara hacer lo mismo con un Junkers.

»Por entonces ya estábamos cerca de Moscú y yo había bajado a 3000 metros. El avión alemán quedó justamente encima de mí; pensé alcanzarlo y hacerle saltar el timón. Cuando me aproximé, su artillero empezó a ametrallarme con balas incendiarias. Querían incendiar mi aparato y mandarme abajo. Una de esas balas me quemó una mano dejándomela inutilizada. Decidí darles todo lo que tenía.

»Ascendí hasta ponerme encima de ellos y piqué contra la cola del aparato. Supongo que marchaba a toda velocidad, pero no pensé en mirar el velocímetro. Bajé con toda la fuerza de mi avión y embestí. Hay mucha diferencia entre hacer saltar una parte del avión contrario, y embestirlo de lleno; en lo primero, siempre hay buenas probabilidades de salir del choque con sólo un ala dañada o una hélice encorvada. Pero embestir es otra cosa. Uno sabe que va a perder su propio avión porque el choque le arranca las alas y el motor generalmente se va con ellas. Eso lo deja a uno sentado en una carlinga sin alas, motor ni timón.

»El Junkers cayó como una bala de plomo. Yo había enterrado mi motor en el costado del aparato alemán y durante un momento pensé que no iba a poder desprenderlo. Pero se zafó justamente antes de empezar a caer. Quedé libre, con el aparato que estaba fuera de control, de modo que me lancé con el paracaídas. Los cuatro tripulantes del Junkers no tuvieron tiempo para hacer lo mismo. Cayeron con el avión, y todo estalló abajo cuando la carga de bombas tocó tierra.

»Aterricé a unos ochocientos metros de los restos del avión alemán. Cuando llegué a él ya estaba casi del todo quemado. No me quedaba nada que hacer fuera de informar y volver a mi base».

Cuando Talalikhin terminó de hablar recibió orden de presentarse al comandante del aeródromo, y pocos minutos después partía con su escuadrilla a buscar una

formación de aparatos alemanes que habían sido avistados en dirección a Moscú.

Crucé a pie el aeródromo hasta una zanja donde, en masa informe, yacían los restos de un Heinkel. Estaba casi todo quemado y apenas quedaban pedazos de metal. El golpe de la caída había desparramado los restos por un amplio radio. Entre otras cosas vi un fragmento de cráneo y una masa de carne que parecía haber pertenecido a un ser humano. Llegó un teniente y me dijo que habitualmente los tripulantes de aviones alemanes derribados eran sepultados, pero en casos como éste no quedaba parte suficiente de cadáver que enterrar. Volvimos en silencio al comando.

Cuando caía la tarde emprendimos el regreso a Moscú. Llegamos al camino de Smolensko cuando oscurecía y nos pusimos en línea con los camiones de abastecimiento que volvían del frente. De vez en cuando nos pasaban camiones más rápidos que llevaban heridos a la retaguardia, y una vez tuvimos que pararnos a un costado del camino para dejar paso a un convoy de camiones de municiones al que se le había dado derecho de prioridad en tres calzadas. Ya había anochecido y no se veía luz en ninguna parte. Los camiones de abastecimiento pasaban rugiendo a nuestro lado en dirección al frente, todos con sus respectivos guardias armados para proteger su carga contra una tentativa de captura por paracaidistas alemanes.

Los rusos se enorgullecían de haber podido mantener el tránsito por el camino a Smolensko a una velocidad media constante de treinta y cinco kilómetros por hora, día y noche. Si se rompía un camión, lo apartaban del camino; si otro no podía mantener la velocidad de treinta y cinco kilómetros a lo largo de los 320 kilómetros de Moscú a Smolensko, también lo sacaban del camino. La capacidad de tránsito de esta carretera fue duplicada poco después de empezar la guerra abreviando la distancia de marcha entre los camiones, que era de cuatro largos y fue reducida a dos. Esto habría aumentado el peligro de colisión si no hubiera sido porque las colisiones estaban prohibidas de todos modos. En cualquier otro país del mundo habría sido difícil suprimir la posibilidad del error humano. En la Unión Soviética, una orden dada por el Estado o por el Ejército Rojo es algo que hay que respetar si se tiene el menor apego a la vida. La infracción a una orden en tiempo de guerra se castiga con el destierro o con la muerte. En consecuencia los ciudadanos soviéticos reservan sus mejores respetos para toda orden, ya sea la prohibición de escuchar transmisiones extranjeras, ya sea un *ukase* para enrolarse en el ejército, ya sea la advertencia de no chocar en el camino a Smolensko.

CAPÍTULO XI

Si había alguien en Moscú que supiese cómo es la guerra aérea total era mi chófer. Demostraba su desdén hacia la Luftwaffe alemana no entrando jamás en un refugio, aunque tenía un respeto saludable a las esquirlas de las granadas antiaéreas de la ciudad. Muchas noches corrimos a través de Moscú en el automóvil, salvándonos por un cabello de ser alcanzados por las bombas, y su única preocupación era llegar a tiempo.

Nuestro programa habitual era ir desde el Hotel Nacional al comisariato de Relaciones Exteriores a medianoche, con el texto de mi transmisión radiotelefónica. Después, a la una de la mañana, ya censurada mi crónica, íbamos al estudio, situado a varios kilómetros. Generalmente ocurría que los ataques más intensos se efectuaban desde medianoche hasta las tres, y nunca estábamos seguros de cuántos rodeos tendríamos que realizar por el camino. Los cráteres de bombas en las calles no siempre eran rodeados de sogas o señalados con linternas rojas en cuanto se abrían, y frecuentemente nos encontrábamos al borde de uno de ellos, a pocos minutos de la hora de transmitir.

Una noche, a fines de agosto, hicimos el viaje por la ciudad sin incidentes y llegamos al estudio con media hora de anticipación. Entré para tomar una taza de té y un sándwich en el restaurante, mientras el chófer, que siempre quería estar seguro de no perder ningún espectáculo, dijo que esperaría en la calle.

Cuarenta y cinco minutos más tarde salí del estudio y en medio de la obscuridad de la noche empecé a tantear mi camino hacia el coche. Ordinariamente, Alejandro silbaba para darme la pista del automóvil, o bien me esperaba en la calle y me llevaba del codo hasta el vehículo.

Me paré al lado de la puerta con el oído atento al sonido de cualquier proyectil que viniera en mi camino y tratando de habituar los ojos a la obscuridad. Encima había un intenso tiroteo y muy pocos proyectores escudriñaban el cielo. No había nada inusitado.

Esperé un rato a que silbara el chófer o me diera una mano, pero no oí nada. Supuse que se había puesto a dormir, de modo que me encaminé al coche. Lo encontré y ya estaba para abrir la puerta y sacudir a Alejandro cuando lo vi erguirse en la calzada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ya veía un poco mejor y noté que se agachaba a recoger algo de la acera. No pude apreciar qué era y empecé a tantearlo.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Parecía un cable grueso, como los que se usan a menudo en los Estados Unidos para sostener postes de teléfono y telégrafo. El cable de alambre trenzado semejaba

interminable, y al moverlo sentí que se me enroscaba en los pies.

—¿De dónde vino esto, Alejandro?

Le vi echar la cabeza hacia atrás y mirar al cielo. También señaló en esa dirección.

—Vino de repente —dijo—. Yo estaba aquí mirando los estallidos de las granadas. De pronto sentí que algo me golpeaba y me quería atar como un paquete.

Desenredamos al fin el cable de nuestros pies y lo arrastramos por la acera, levantándolo todo lo posible para sacarlo del camino. Parecía interminable, pues por mucho que tirásemos no le encontrábamos la punta. Después nos metimos en el coche y Alejandro se frotaba el cuello y movía la cabeza de un lado para otro, como quien trata de sacarse un entumecimiento.

—Uno de los cañones antiaéreos hizo saltar ese cable de un globo cautivo —dijo—. Lo oí caer, pero creí que era una canasta de bombas de incendio que bajaba y no me metí en el zaguán. Una punta del cable cayó a través de la calle y la otra punta sobre mí. Casi me estranguló antes de poder desenredarme.

Avanzamos por la calle cerca de una manzana, y de pronto el vehículo paró en seco. Salimos a ver, y descubrimos que un extremo del cable estaba enroscado en el eje trasero. Lo cortamos con el hacha de incendio que siempre llevábamos debajo del asiento posterior y seguimos la marcha.

Dos noches después, en el apogeo del raid, el chófer entró corriendo en mi cuarto y me dijo que bajara de prisa al patio. Bajo la lluvia de bombas incendiarias llegamos a él.

En cuanto pudimos refugiarnos en una puerta y encender una linterna me mostró una lata muy curiosa, aproximadamente del tamaño y la forma de un recipiente de nafta de quince litros. Tenía dos agujeros, uno de cada lado, y Alejandro dijo que había caído en el patio con un ruido semejante al de una bomba de 200 kilos que baja silbando a tierra.

Las bombas de demolición venían con un aullido casi idéntico, y la lata evidentemente estaba destinada a asustar. Debo confesar que me engañé dos veces durante las incursiones cuando el silbido de las bombas, después de haberme tenido sin respiración, resultaba haber sido provocado por latas agujereadas.

Por lo que toca a las latas silbadoras de Moscú, el resultado neto era mucho esfuerzo gastado inútilmente. Sospecho que algunas de ellas no eran más que latas de nafta vacías, que los aviadores tiraban para librarse de ellas, y haciéndoles unos agujeros creían asustar a los ciudadanos de Moscú.

Otra noche, Alejandro vino con el cuento de que había visto una lluvia de pequeñas esferas, del tamaño de pelotas de tenis, que caían chispeando y brillando como bolas de fuego. Su teoría es que los alemanes lanzaban esas bolas para asustar a los bomberos haciéndoles creer que eran incendiarias y desviando por consiguiente su atención de las verdaderas bombas de fuego. De todos modos, reventaban al caer sobre pavimentos y azoteas, produciendo una luz azul, pero no pegaban fuego ni a los

materiales más inflamables. Algunos guardias les daban puntapiés y eran inofensivas como naranjas exprimidas.

Decidí una noche ir a pie hasta el estudio, y le dije al chófer que se quedara en el hotel a dormir un poco. Ya conocía muy bien a Moscú y creí que encontraría mi camino en cualquier parte durante el apagón. Cuando iba a salir, el chófer me dijo que efectivamente sería peligroso guiar un automóvil en semejante noche porque no había luz suficiente ni para iluminar la pintura fosforescente de algunas esquinas. Los atacantes no habían podido provocar ningún incendio hasta esa hora, y puesto que los cazadores nocturnos de los Soviets estaban sobre la ciudad, no funcionaban los proyectores ni las baterías antiaéreas. Los alemanes cruzaban y viraban en el cielo, tratando de escapar al tiroteo de los aviones rusos, y aunque era una incursión silenciosa, salvo por los estallidos de las bombas de demolición, la completa obscuridad hacía el viaje en auto casi tan peligroso como las bombas.

Muchas veces había recorrido ese camino a pie en verano, y creía conocerlo a ojos cerrados. Me estrené tropezando con una mujer grande y gorda que llevaba algo duro como una bolsa de ladrillos, a juzgar por el tacto. Ninguno de los dos gastó palabras de excusa, y seguí con la esperanza de que no se repitiera el choque.

Todo fue bien después, por un trecho bastante largo. Caminaba a tientas y con un sexto sentido muy desarrollado —según yo creía— cuando de súbito me llevé por delante a un caballo de tiro. Estaba convencido de hallarme sobre la acera en ese momento, y no acababa de entender qué diablos andaba haciendo un caballo con el anca metida en la puerta de una cigarrería. El caso es que me di un terrible golpe con el mentón en la nariz del caballo, y al pobre animal debe de haberle dolido tanto como a mí.

El caballo estaba atalajado, pero sin coche ni cochero. Me acuerdo de que dije algo, mas advirtiéndome que no iba a contestarme le di una palmada en el pescuezo y seguí mi marcha. Ya hacía media hora que estaba caminando y me constaba que debiera haber llegado mucho antes a destino. Empecé a tantear los edificios, con la esperanza de identificar alguno. Pronto renuncié, y apreté el paso en medio de la obscuridad.

Tropecé en varios carriles de tranvía y seguí internándome en la obscuridad con las manos extendidas. Lo primero que sentí después, fue un objeto punzante que me apretaba el estómago. Lo toqué largo tiempo con ambas manos y después las llevé sobre mi cabeza, donde pude tocar algunos fríos dedos de piedra. Comprendí que era una estatua y me pregunté qué estatuas podrían identificarse en Moscú durante un apagón extendiendo la mano. Sabía que si alcanzaba a reconocer la estatua podría orientarme y encontrar el camino al estudio.

Me subí al pedestal y palpé buscando la otra mano. No pude encontrarla, pero sí toqué los faldones de una levita. Estaba desconcertado; trepé más y traté de averiguar tanteando si era un traje civil o militar. Palpé algo que me pareció un alto cuello militar, pero la disposición de los botones y el número de los bolsillos parecían de

traje civil.

Finalmente, me puse en pie sobre las botas de la estatua y levanté la mano para tocar el sombrero y percatarme si era militar o civil. Entonces me agarró del brazo un miliciano y me tiró hacia abajo.

Le dije tartamudeando mi nombre y el del lugar desde el cual había partido casi una hora antes. El miliciano estaba demasiado bien instruido para creer nada de lo que le dijera, y me llevó a través de la plaza hasta la casilla de un vigilante de la calle. Llamé por teléfono a mi chófer para que viniera a sacarme de dificultades. Pocos minutos después oía chirriar los frenos afuera. Alejandro entró presurosamente, y meneando la cabeza. Habló al miliciano y a los guardias durante varios minutos, y todos reían a carcajadas. Después el miliciano echó una ojeada a mi pasaporte y a mi pase para incursiones aéreas y con un ademán me indicó que siguiera. El chófer me tomó firmemente del brazo y me condujo al vehículo. Cuando salíamos a la calle oscura, oímos otra vez las carcajadas del miliciano y de los guardias. Partimos sin despegar los labios.

A la mañana siguiente volví a esa plaza para mirar bien la estatua que no había podido identificar a obscuras. Al llegar a la plaza, estaba acercándose a ella un destacamento del Ejército del Pueblo. La estatua había desaparecido. En su lugar había un cráter de bomba de ocho metros de diámetro. Después descubrí que los restos de la estatua estaban en la acera.

El batallón de trabajo, formado por unos doscientos hombres, marchó hasta el cráter llevando la pala al hombro, como fusil. Llevaban gorra y ropas oscuras de trabajo. Los conducía un oficial, con uniforme caqui, que al llegar al borde del cráter pronunció secamente una orden. Los hombres se pusieron inmediatamente a trabajar.

Tenían que desenterrar las cañerías rotas y reemplazarlas. Para hacerlo, la cuadrilla tuvo que levantar varios tramos de carriles tranviarios, inclusive dos cruces y un desvío. Este trabajo preliminar estuvo hecho en seguida. Los tranvías, que estaban bloqueados desde la mañana, circulaban pocos minutos después sobre vías improvisadas, y toda la plaza fue cercada con sogas para impedir que los peatones molestaran.

Pronto llegó un camión de media tonelada y dos hombres bajaron y echaron una mirada al trabajo. Evidentemente se desarrollaba en forma satisfactoria, porque pocos minutos después volvieron a subir y se alejaron. Los tubos rotos fueron arrancados de la tierra y amontonados a un lado. A la latitud de Moscú, donde los tubos de agua tienen que ser enterrados profundamente para evitar la congelación, la tarea de reemplazar cañerías rotas exige mayor esfuerzo que en otras partes. Pero al ver a esa cuadrilla sacar metro tras metro de cañería la labor parecía un juego de niños.

Entretanto regresó el camión y los dos hombres volvieron a bajar e inspeccionar la obra. Ni siquiera pararon el motor, pues al cabo de pocos minutos se habían ido de nuevo. Los tubos de reemplazo fueron descendidos a la zanja desde dos acoplados de camión que llevados hasta allí esperaban en la calle. La obra pareció hallarse

entonces a su mitad, y no habían transcurrido ni dos horas desde que llegara la cuadrilla.

Cuando los tubos estuvieron colocados y realizadas las conexiones, se acercó un tractor que tenía montada en su parte delantera una máquina rellena, con la cual fue colmada la zanja. Con la exactitud de un mecanismo de relojería llegó pocos minutos después una aplanadora que apisonó la tierra blanda.

Mientras ocurría esto, el Ejército del Pueblo no se quedó mirando. Los hombres fueron a la acera donde estaban los restos de la estatua y la llevaron de nuevo al centro de la plaza. Una grúa apareció retumbando desde una esquina, recogió el pedestal de mármol y lo colocó donde había estado. La estatua había quedado partida en varias piezas, pero no había sido seriamente deteriorada por la explosión, y cuando la colocaron en su sitio era difícil apreciar donde estaban las juntas. En cuanto estuvo colocada, aparecieron tres hombres con grandes paños de lustrar y pusieron manos a la obra sacándole el polvo y devolviéndole su brillante superficie negra.

La aplanadora ya había terminado su trabajo. Dos camiones petroleros avanzaron y depositaron un buen montón de asfalto ya preparado. Lo extendieron y rastrillaron sobre la tierra. Los cruces del tranvía fueron colocados otra vez y se tendieron los nuevos cables del trole. La aplanadora volvió y allanó el nuevo pavimento. Varios miembros de la cuadrilla de trabajo bebieron unos tragos de agua y se sacudieron el polvo de la ropa. Los demás estaban en pie, formados sin severidad, esperando órdenes.

Por entonces ya todo parecía nuevo, y el agente de tránsito caminaba sobre el flamante pavimento y dirigía los autos y camiones como si no hubiera ocurrido nada. Los hombres empezaron a limpiar las palas y cuando las dejaron pulidas y relucientes, el oficial de uniforme caqui les ordenó formar. Sin embargo, en vez de marchar en seguida permanecieron en atención. Después de varios minutos volvió a aparecer el camión con los dos hombres, que bajaron y caminaron sobre el nuevo pavimento. Saludaron con la cabeza al oficial y se alejaron en el camión. Era visible que todos los interesados estaban satisfechos del trabajo, porque el oficial dio la orden de marcha y los doscientos miembros del Ejército del Pueblo se fueron marcando el paso y desaparecieron tras una esquina.

Yo había visto antes cuadrillas del Ejército del Pueblo en acción, pero era la primera vez que les veía realizar un trabajo hasta el fin. Habitualmente empezaban en mitad de la noche, mientras las incursiones se estaban efectuando aún, y llenaban los cráteres de bombas y pavimentaban de nuevo las calles en pocas horas.

Esta vez, empero, la ciudad había sufrido una noche de intenso bombardeo y los hombres no habían podido empezar el trabajo hasta mediodía. Los alemanes habían dejado caer las bombas explosivas en la ciudad durante seis horas, y por alguna razón inexplicable, la mayoría de ellas había caído en las calles y plazas. Desde entonces fue evidente que no podían dañar a Moscú más rápidamente de lo que el Ejército del Pueblo cumplía las reparaciones, y fue durante ese período cuando la ciudad comenzó

a demostrar su desprecio a la Luftwaffe, no tocando siempre las sirenas de alarma. Muchas veces los bombarderos alemanes estuvieron sobre la ciudad dejando caer bombas durante una hora antes de que empezaran a oírse las sirenas, y cuando venían menos de media docena de aviones, a veces ni siquiera sonaba la alarma.

CAPÍTULO XII

Después de dos meses de guerra, quedé convencido de que en la Unión Soviética se podía encontrar de todo menos prisioneros alemanes. Durante varias semanas había enviado muchas peticiones escritas al comisariato de Relaciones Exteriores para que me permitieran ver y conversar con prisioneros alemanes, pero como de costumbre ni siquiera obtuve respuesta. Una de las razones por las que se rechazaba mi solicitud era que la oficina de prensa sabía que si se daba permiso a un corresponsal para visitar prisioneros alemanes, todos los corresponsales de Moscú reclamarían el mismo derecho, y el comisariato de Relaciones Exteriores estaba indeciso aún sobre cuánto debía mostrarse a los extranjeros. Otra razón, y quizá la más importante, era que Stalin, con su típica astucia rusa o georgiana, quería mantener a todos los extranjeros, de cualquier país, limitados a su pequeña órbita de Moscú.

Durante este período pasé muchas noches sin sueño forjando planes para ver algún prisionero alemán sin provocar un incidente diplomático. El embajador Steinhardt tenía preocupaciones de sobra, yo no quería hacer nada que pudiera crearle complicaciones. Me constaba que en algún lugar de Moscú había prisioneros, porque varios rusos conocidos míos los habían visto, y me puse a buscarlos por todos los medios legítimos que pudiera emplear.

Conocía a muchos miembros de la Unión de Escritores Soviéticos, de la comisión directiva de Voks y a gran número de corresponsales soviéticos y oficiales del Ejército Rojo. A todos les dije durante varios días lo que deseaba, y no pasó mucho tiempo sin que me llamaran por teléfono. Me decían que en Moscú había prisioneros alemanes y que estaban buscando los medios para que yo los viera.

Los rusos son gente metódica, y no me sorprendió que dos días después me dieran instrucciones para ir a cierta dirección. Allí me encontré con tres personas que me hicieron entrar en un gran edificio.

Penetramos en un local de aspecto impresionante, donde nos recibió una delegación que nos llevó por la casa, cruzando un vasto patio, hasta un segundo edificio; de éste, cruzando una calle rumorosa, y después de bajar varios escalones, pasamos al vestíbulo de un tercer edificio. Creí que éste era el lugar de destino, pero seguimos por el vestíbulo y por otro patio hasta un cuarto edificio. Por entonces yo ya estaba completamente aturdido, que es probablemente lo que deseaban, y lo único que supe es que me encontraba en un laberinto de dependencias que componían una gran unidad de hospital.

Ahora que estábamos en el edificio que debía de ser el punto de destino, comprendí más vivamente que nunca cuánta atención y preparativos dedican los rusos a una cosa tan sencilla como una simple visita a un hospital. A cada pocos metros nos detenían y nos pedían que mostrásemos los pases. Trepamos la escalera

hasta el cuarto piso y allí tres centinelas del Ejército Rojo nos rodearon e inspeccionaron minuciosamente nuestros pases. Los soldados llevaban el equipo completo, inclusive armas al cinto y fusiles con la bayoneta calada. Después nos llevaron marchando sombríamente por la sala hasta una puerta donde montaban guardia otros dos soldados. Cuando nos acercamos, los dos centinelas bajaron los fusiles y cerraron la puerta apuntándonos con la bayoneta al estómago.

Nuevamente, y por última vez, nos pidieron los *propuks*. Mientras los examinaban, miré por la puerta y vi una amplia sala que contenía hilera tras hilera de catres. Los hombres que estaban en ellos eran prisioneros alemanes.

Entré y marché de un lado a otro, mirándoles la cara. Uno de los rusos se me acercó y me dijo que podía hablar con cualquiera de ellos, y que lo eligiera yo.

El primer alemán con quien hablé me dijo que se llamaba Georg Hammerschmidt. Tenía 29 años y era soldado raso del 88.º de infantería. Estaba herido en una pierna, sin gravedad y podía sentarse en la cama. Me contó que había sido movilizado el 3 de diciembre de 1940 y enviado a Francia. Antes de la movilización era fabricante de tiendas de lona. Hammerschmidt dijo que la campaña de Francia no había sido dura, y que el pueblo francés no tenía rencor contra nadie y que todo iba bien por lo que a él le tocaba. En cuanto cesó de hablar le pregunté si podía afirmar sinceramente que los franceses estaban contentos con el tratamiento que recibían del ejército alemán de ocupación. Contestó que la mayoría de los franceses de la ciudad en la que estaba de guarnición se quejaban del tratamiento recibido, y que la única manera en que el ejército alemán podía tratarlos era castigarlos por quejarse. No quiso decirme cómo los castigaban.

Hammerschmidt, aunque de fiero aspecto, no era del todo desagradable. Bajó la voz mientras hablaba para que no lo oyeran los alemanes de los catres cercanos, y dijo que desearía estar en su casa. Su esposa y dos hijos vivían en Fráncfort del Main.

Le pregunté qué pensaba de la guerra y habló alto:

—Soy muy pequeño para entender lo que va a pasar —dijo—. No sé si terminará pronto o durará mucho. No sé quién ganará.

—¿Por qué Alemania lucha contra las otras naciones? —le pregunté.

—Es necesario luchar.

—¿Por qué?

—No lo sé. Eso les corresponde saberlo a los oficiales. Nosotros hacemos lo que nos dicen.

—¿Por qué Alemania invadió a Polonia y Francia?

—Porque tenemos que vencer a los británicos. Los británicos tratan de destruirnos. No quieren que Alemania tenga productos de África. Pero nosotros tenemos derecho a África y la obtendremos.

Se negó a hablar más, de modo que pasé a otro lecho. El alemán, subiendo la mirada hacia mí, me dijo que se llamaba Karl Spahn. Spahn y otros varios prisioneros cercanos empezaron a romper cigarrillos rusos, con boquilla de cartón, vaciando el

tabaco en papeles de fumar. Spahn derramaba desdeñoso el tabaco de los cigarrillos rusos en su mesa y lió sus propios cigarrillos. Le pregunté si no le gustaban los cigarrillos de estilo ruso y se limitó a hacer una mueca sin contestar. A los prisioneros se les daban cigarrillos, y cada uno de los internados en esa sala recibía un paquete de veinticinco cigarrillos por días alternos.

—Nunca pensé mucho en los fines de la guerra —me dijo Spahn—. Preferiría estar en casa. No quiero pelear contra nadie.

Contó que su casa estaba en Künsell-bei-Fuldach, y que había sido soldado raso en el ejército alemán desde 1938. Me refirió que lo habían capturado en Smolensko, después de ser herido por la explosión de una mina terrestre. Según él la lucha en Smolensko había sido la más ruda en que hubiera participado nunca, y abrigaba la esperanza de no volver a pasar nunca por una batalla como ésa. Dijo que había un continuo duelo de artillería entre los alemanes y los rusos, que prácticamente segó a todo el mundo por ambas partes. Que su compañía estuvo en una trinchera tres días y tres noches sin comida ni agua y el cañoneo era tan intenso que no se les podía llevar víveres.

—Estábamos en un lago de fuego —contó—, y yo estaba seguro de que no saldría vivo. En mi compañía el que no había muerto estaba herido y desde el primer día nos quedamos sin material de primeros auxilios. La mayoría de nosotros tenía gangrena y muchísimos deliraban de fiebre. No sé cómo sobrevivió ninguno al terrible infierno de Smolensko. Los rusos nos sorprendieron porque nuestros oficiales nos habían dicho que no eran buenos soldados. Creíamos que se retirarían en pocas horas, pero nunca se retiraban en Smolensko y tuvimos que quedarnos allí. Cuando me capturaron, al cuarto día, temí que los rusos me fusilarían, pero en cambio nos pusieron a todos en camiones y nos llevaron a una casa donde nos dieron los primeros auxilios. Dos días después nos trajeron a este hospital. Ya no tengo miedo.

Le pregunté qué pensaban los soldados alemanes de los norteamericanos.

—Todavía no nos hemos encontrado con los norteamericanos. Pueden ser buenos luchadores también, pero no lo sabremos hasta que peleemos con ellos.

—¿Cree usted que Alemania va a pelear contra los Estados Unidos?

—Ya estamos en guerra con los Estados Unidos.

—¿Sabía usted que yo soy norteamericano? —pregunté. Me miró fijamente.

—Creí que era británico —respondió.

Anduve por el local y me senté al lado de otra cama. El prisionero dijo llamarse Fritz Ehr, de 21 años, nativo de Dornfeld. Había sido ceramista en la vida civil y lo habían movilizado el 3 de octubre de 1940.

—¿Por qué lucha Alemania contra Rusia? —pregunté.

—No sé, solamente los oficiales saben por qué peleamos.

—¿Y cuál piensan que es la causa, los soldados de su regimiento?

Vaciló un rato. Sufría de varias heridas en las piernas y en el cuerpo, y le costaba moverse.

—¿Usted quiere pelear? —insistí.

—No —me contestó en seguida—. Quiero quedarme aquí hasta que termine la guerra. No deseo encontrarme en más batallas como la de Smolensko. No podría sobrevivir a otra como ésa. Los rusos casi nos mataron a todos en Smolensko. Algunos de nosotros nos quedábamos en las trincheras en vez de salir a que nos mataran. El fuego de los rusos eliminaba a los hombres a medida que salían de las trincheras. Yo me quedé donde estaba y casi me despachan allí. Creo que fui de los que tuvieron la suerte de ser heridos en lugar de muertos. Aquella lucha en Smolensko era un infierno. Los rusos no pararon de tirar durante tres días y tres noches. Nadie podía detenerlos. Ni siquiera nuestra artillería y nuestra aviación. Después vinieron y nos capturaron a los que aún estábamos vivos. Tenían artillería pesada y tanques grandes, y nunca les faltaban municiones. Pensamos que les escasearían después del primer día por la cantidad que habían gastado, pero cada vez el fuego se hacía más y más nutrido. Los rusos no eran nada parecidos a los franceses. Los franceses no luchaban. Los rusos peleaban todo el tiempo, día y noche. Nos pararon en Smolensko cuando nuestros oficiales decían que estaríamos en Moscú para fin de la semana.

—Cuando vuelva a ver a los oficiales podrá usted decirles que ha llegado efectivamente a Moscú.

—¿Dónde están ahora?

—¿Quiénes?

—Los oficiales del ejército alemán.

—Están en el frente —contesté—. Por lo menos los que no han sido muertos o capturados.

—¿Sigue la guerra todavía? —preguntó inocentemente.

—Por supuesto —respondí—. ¿Los rusos no les dan noticias de la guerra a ustedes?

—Decían que duraba aún, pero no les creí. Pensé que había concluido. No me imaginaba que nuestro ejército pudiera seguir luchando después de lo que pasó en Smolensko. Creí que esa batalla era el fin. Los rusos son mucho más fuertes de lo que nosotros creíamos. Ganarán la guerra.

Dejé a Ehr y caminé por la sala mirando a otros prisioneros. Uno de ellos era un soldado raso de veinte años, llamado Karl Heinmann, de Essweg Vasse. Tenía roto el brazo izquierdo y herida por una granada la pierna derecha. Me dijo que sus padres no vivían, que no tenía parientes, pero sí novia en Sarrebruck.

Por la tarde conversé con la mayoría de los demás. El último prisionero a quien hablé antes de partir era Oigen Neunert, de 26 años, residente de Fráncfort del Main, quien me dijo que era obrero fabricante de tejas de pizarra, antes de ser movilizado en 1938. Noté inmediatamente que Neunert tenía más aspecto de soldado profesional que ningún otro de la sala. Era sargento del 88.º de infantería.

Al principio contestó mis preguntas secamente y con hostilidad. Cuando supo que

soy norteamericano y no inglés, su manera cambió. Se puso sombrío y jactancioso.

—El pueblo alemán no está cansado de la guerra —dijo—. Sabe que tiene que resistir hasta vencer. Resistirá todo lo que sea necesario.

Después de eso pasó varios minutos sin contestar mis preguntas, mientras me miraba fríamente, con los labios apretados. Tuve la impresión de que lo que más deseaba en ese instante era un revólver o una bayoneta.

Finalmente, le pregunté si creía que la guerra era necesaria.

—Lo que es necesario para el pueblo alemán debe hacerse —contestó rápidamente, apretando aún más los labios.

—¿Está usted seguro de que es necesario tener guerra?

—Solamente podemos conseguir lo que nos pertenece por derecho, por medio de la guerra.

—¿Qué quiere usted decir?

Neunert se incorporó sobre el codo, proyectando hacia adelante la mandíbula, casi en mi cara. Su rostro enrojeció.

—Inglaterra quiere impedir que tengamos lo que nos pertenece —dijo ferozmente—. Alemania tiene derecho a obtener toda el África y no podremos lograrlo si no vencemos a Inglaterra. Todo país del mundo que ayude a Inglaterra es nuestro enemigo, y peharemos contra todos hasta que Inglaterra sea vencida. Inglaterra empezó la guerra para impedirnos obtener lo que nos pertenece en África.

—¿Inglaterra empezó la guerra? —pregunté.

—Sí —dijo apretando los dientes—. Inglaterra atacó a Alemania. Tuvimos que pelear para protegernos. Sabíamos que nunca podremos conseguir colonias en África hasta que venzamos a los ingleses.

—¿Cree usted que los Estados Unidos irán a la guerra contra Alemania esta vez?

—Los Estados Unidos ya están en guerra contra nosotros. Están ayudando a Inglaterra. Rusia trató de ayudar a Inglaterra no dejándonos cruzar a Ucrania. Todo país que ayude a Inglaterra está en guerra con nosotros, y por eso tenemos que pelear contra toda nación que la ayude.

Me miró con tanta dureza que me eché un poco hacia atrás. Él adelantó más el rostro hacia mí, como desafiándome. Tuve la idea reconfortante de que indudablemente los rusos lo habían registrado bien, para ver si tenía revólver o puñal oculto cuando lo apresaron, y además, tres centinelas estaban en la puerta con la bayoneta calada. Finalmente pregunté:

—¿Alemania quiere luchar contra los Estados Unidos?

—Peharemos contra los Estados Unidos —dijo con voz recia—. Nada puede detenernos. Venceremos a los Estados Unidos como venceremos a Inglaterra y a Rusia. Venceremos a los Estados Unidos cuando llegue el momento.

Aparté mi silla. Su aliento me quemaba la cara. Ya iba a preguntarle si quería pelear conmigo allí mismo, pero lo pensé mejor y me puse en pie.

—¿Cree usted, pues, que Alemania va a ganar la guerra? —le pregunté.

—¡Ganaremos la guerra! —contestó alzando la voz—. ¡Ganaremos la guerra por mucho tiempo que nos lleve!

Me alejé.

Al pasar por la puerta al vestíbulo sentía aún los fieros ojos de Neunert que me seguían. Me volví y le miré un instante. Estaba sentado en el lecho mirándome con ojos chispeantes.

Afuera me rodearon varios centinelas que me llevaron hacia la escalera del lado opuesto del edificio. En lo alto de la escalera, otros centinelas los substituyeron. Bajamos hasta la entrada de la calle, donde los guardias presentaron armas y saludaron. Caminé por la calzada, en busca de mi automóvil.

CAPÍTULO XIII

Hay en la Unión Soviética, o había cuando empezó la guerra, más de 190 millones de hombres, mujeres y niños; pero durante los cinco meses que pasé en el país solamente escuché a tres personas criticar al Estado.

Una de ellas fue un conocido y popular autor de teatro. Se quejaba amargamente de que los cigarrillos de estilo ruso, llamados *papirosi*, gastaban demasiado papel en la boquilla. Un *papirosi* es más o menos del mismo largo que los cigarrillos norteamericanos, pero está formado en sus dos tercios por la boquilla de cartón y solamente el tercio restante lleva tabaco. El comediógrafo se pronunciaba violentamente en favor de reducir la boquilla, por lo menos a su largo acostumbrado, o de abolirla totalmente. Decía que el Estado cometía una falta gastando tanto papel.

El segundo crítico era un investigador de laboratorio. Se estremecía cada vez que veía una cola de diez o quinientos ciudadanos esperando para comprar jabón, pan, diarios, repollos o cualquier cosa que el pueblo quería en mayores cantidades de lo que el Estado se inclinaba a proporcionar. Considerando que las colas son una institución permanente de Rusia, y que lo probable es que un ciudadano tenga que esperar en fila de cinco minutos a cinco horas para comprar artículos comunes de consumo, puede imaginarse cuántas veces durante el día se estremecía este hombre de ciencia. Lo extraño de este sistema de las colas es que había tantas, si no más, durante la paz, que durante la guerra.

El tercer crítico de la situación fue un marinero ruso de la flota mercante. Dijo rotundamente que no le gustaba el subterráneo de Moscú. Era una queja extraña, pues generalmente se conviene, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética, en que el subterráneo de Moscú es un modelo de transporte moderno bajo tierra. Le pregunté por qué no le agradaba el subterráneo y dijo que se había gastado demasiado mármol en las entradas de la superficie, y además que tenía que estar descontento con algo que el subterráneo valía tanto como cualquier otra cosa para ello. Resultó que el marinero, que estaba en la cincuentena, había vivido la revolución y por una u otra causa no había podido decidir si prefería la Rusia zarista o la Rusia soviética. Al final reconoció que la razón de que pasara la mayor parte de su tiempo en el mar era que no le gustaba un Estado socialista.

En general, los rusos son suspicaces en la cuestión críticas, y más de dos décadas de práctica han desalentado a todos, menos a los más atrevidos, de expresar desaprobarción por nada dentro de las fronteras soviéticas. La generación que ha crecido desde la Primera Guerra Mundial y la revolución ha sido acostumbrada a creer que es una traición reclamar o censurar al Estado. La generación anterior estaba enseñada a pensar que el Estado no sólo es todopoderoso, sino sagrado. En consecuencia, pocos ciudadanos del país, desde la cuna a la sepultura, se aventurarían

a expresar comentarios adversos sobre cualquier cosa que salga del Kremlin, y como son pocas las cosas soviéticas que tienen otro origen, no queda otro recurso que defender y elogiar cuanto existe en la Unión Soviética. Muchas organizaciones, fábricas y granjas colectivas invitan a sus obreros a criticar y sugerir ideas. Las declaraciones que he leído invariablemente elogian el trabajo de los jefes de esas empresas y limitan su crítica y sugerencias al simple tema de aumentar la producción trabajando más. Ninguna de las muchas sugerencias que leí en varias partes del país se refería a las cuestiones de mejor vivienda, aumento de facilidades para recreo y deportes, modernización de instalaciones sanitarias o menos vigilancia de la policía secreta. Sin embargo, en las conversaciones privadas, esos eran los motivos de quejas más frecuentes.

Hay urgente necesidad de mejor alojamiento en todas las regiones de la Unión Soviética, especialmente en los distritos rurales. No se pone en duda la sinceridad del Estado en sus tentativas de alojar al pueblo adecuada y cómodamente. El país es tan grande y tan reducida su capacidad productiva en comparación con su tamaño, que se necesitarán muchos años para la realización de un programa de construcción de viviendas. La guerra ha interrumpido el progreso de la Unión Soviética y pasará mucho tiempo antes de que pueda vencer la desventaja que ella le impone.

Los rusos sostienen que los fondos que se habrían gastado en beneficio de los civiles durante los últimos cinco años fueron utilizados para equipar al Ejército Rojo. Es cierto, y cuando el país fue atacado por Alemania resultó ser una política sensata y de larga visión. Poco se habría consolado Rusia con tener magníficas casas en la ciudad y modernas viviendas de campo si perdía ante Alemania su integridad nacional. Los felices preparativos y la vigorosa defensa contra la agresión armada, son un monumento levantado a la sabiduría de su Jefe.

El principal factor para dirigir al pueblo y su opinión ha sido la prensa fiscalizada. No cabe duda de que una prensa dirigida es el medio ideal para unificar un país como la Unión Soviética, donde el pueblo está educado y criado en la tradición de pedir guía al Gobierno. Sin prensa oficial, los ciudadanos habrían estado perdidos en cuanto a saber lo que se esperaba de ellos. Durante más de veinte años han sido dirigidos e instruidos desde arriba, y gracias a ello un país de casi doscientos millones de habitantes pudo ser puesto en pie de guerra de la noche a la mañana. La Unión Soviética estuvo íntegramente movilizadada, militar y económicamente, a los tres días de empezar la invasión alemana, y la prensa y la radio oficiales fueron las autoras de esa obra.

Ciertamente, una persona puede quejarse de que la prensa fiscalizada carece de variedad y color. En la Unión Soviética todos los diarios imprimen las mismas cosas. Los diarios provinciales publican más noticias locales; los diarios metropolitanos publican más noticias generales. Las noticias son declaraciones oficiales o artículos que reflejen la actitud del Gobierno en cualquier sentido, ya sea la ocupación del Irán o la importancia de la cosecha de trigo.

En la Unión Soviética el Estado es el amo y las personas sus servidoras.

Cierta vez en una ciudad grande situada a varios cientos de kilómetros de Moscú, tuve ocasión de enviar un telegrama al comisariato de Relaciones Exteriores. Dificilmente podía tener mi mensaje carácter de queja, aunque yo pedía un favor personal y sólo de paso censuraba al *bureau* por el exceso de trámites. La oficina telegráfica no quería aceptar el despacho, y tuve que apelar al director local de Telégrafos. Quedó estupefacto ante mi audacia al criticar un departamento del Gobierno. Después de larga discusión convino finalmente, pero de mala gana, en autorizar el telegrama. Mas tuve que aceptar la responsabilidad personal y exclusiva, y atestiguar que el director sólo autorizaba la transmisión del telegrama bajo protesta. Le pedí luego que explicara cómo puede un ciudadano criticar al Estado si no se le permite enviar un despacho semejante. Me dijo que a los ciudadanos no se les prohibía hacerlo, pero que en toda su experiencia de director de Telégrafos nadie había intentado enviar un mensaje al Gobierno censurándolo por indiferencia, ineficiencia o incapacidad.

La Unión Soviética no es Utopía, mas tampoco es un lóbrego pozo de harapos y hambre. El país está cerca de lo que intentaba ser, o por lo menos es lo más parecido a un Estado de socialismo y comunismo fuera de las teorías abstractas. Para empezar, debe advertirse que es un país de trabajadores. Cada persona del mismo, a menos que haya violado la regla primaria de que todos deben trabajar para comer, tiene ocupación, y además no corre peligro de verse sin ella. Quien ambicione volverse capitalista no gustará de la Unión Soviética. Tampoco el que no quiera trabajar en nada.

No sería nada difícil encontrar en Rusia Soviética cosas que no agradarán a todos; no sería difícil encontrar personas a quienes les agrada todo lo que hay en ella. Sin embargo, por mucho que falte, siempre hay ese punto establecido en todos los debates sobre el país, y es que se ha dado trabajo a todos y que no existe la inseguridad económica. Los trabajadores de todo el mundo, en su mayoría, se adhieren a los principios sobre los que se funda la Unión Soviética; los capitalistas rechazan todo lo relacionado con ella. Fuera de Rusia, esto ha creado dos tendencias de pensamiento, y en cualquier discusión sobre la Unión Soviética, todos los argumentos vienen a parar en último análisis a la cuestión de si la persona quiere socialismo, seguridad y existencia restringida, o si quiere capitalismo, inseguridad, y libertad de acción y palabras.

Encontré que el obrero en la Unión Soviética tiene alojamiento de una a tres habitaciones de acuerdo con el número de familiares; que paga alquiler según lo que gana y no según lo que un propietario pueda sacar de lo que permita la demanda; que tiene privilegios de educación, recreo y atención médica para él y su familia; que puede comprar con lo que gana ropas útiles, si no elegantes para ciertos criterios extranjeros; y que cuando terminan sus días de trabajo espérale una cómoda pensión para toda su vida. Además, el ciudadano soviético mejora su posición y aumenta sus

entradas de acuerdo con los merecimientos. Por ejemplo, si es electricista, puede estudiar radio en sus horas libres y abrirse paso para ganar mejor salario. Si maneja una máquina en una fábrica puede progresar hallando medios de aumentar la capacidad de producción de sus herramientas. En realidad, las oportunidades son ilimitadas, como lo prueba fácilmente cualquier ruso que ha subido trabajando desde abajo.

El sistema que ha producido este Estado, dirán los rusos de espíritu crítico, no carece de imperfecciones. Ellos, o por lo menos los varios que me lo dijeron, opinan que el principal inconveniente de un Estado socialista es que hasta ahora no se ha hecho nada para vencer la tendencia de algunos trabajadores a no esforzarse más de lo preciso. Es una forma de debilidad humana tan fácil de observar en las naciones capitalistas como en la socialista, y puede haber en Rusia tantos individuos que tratan de vivir haciendo lo menos posible, como los hay en los Estados Unidos. No todos quieren ser director de su fábrica, y no hay otro incentivo, en tiempos normales, para sacar a una persona de su rutina.

He oído a los rusos censurar a empleados de tiendas por no servir con más interés al público, diciendo que el empleado sabe que si lo sacan de su trabajo conseguirá otro al día siguiente. Esta actitud de los dependientes explica por qué, por ejemplo, la compra de un par de zapatos da tanto trabajo a veces en Rusia. El que entra en una zapatería quizá tenga que esperar una o dos horas a que el empleado interrumpa lo que está haciendo y le pregunte qué número de calzado desea.

Un amigo ruso me contó una vez que fue a una zapatería y después de esperar una hora y cuarenta minutos a que el empleado acabara de limpiar el polvo de los estantes, se le dijo que no tenían zapatos número 9 en existencia. Era cosa inusitada, pero me demostró que los rusos tienen sentido crítico para sus propios defectos. Muchos no quieren aceptar responsabilidades y por esa razón se esfuerzan por mostrarse ineficientes para no ser ascendidos a posiciones de responsabilidad. Si una zapatería anda mal suele ser el director el desterrado, y no los empleados.

Esta tendencia de parte de ciertos ciudadanos soviéticos a no dejarse colocar en puestos de responsabilidad podría ser eliminada por la educación. Ya ha sido suprimida de la vida militar por tales métodos. El gobierno fomenta la iniciativa privada en el ejército, la armada y la aviación, y mucho se ponderan las hazañas individuales. Durante los primeros meses de la guerra el Gobierno publicaba cada semana listas con cientos de nombres de personas a quienes se habían otorgado condecoraciones y honores. En muchos casos, el hecho que había motivado la recompensa era publicado *in extenso* en todos los diarios, y esos episodios casi invariablemente, recalcan que la honra se funda en una acción heroica efectuada por iniciativa individual. En la Unión Soviética se cree que esos actos recompensados constituyen ejemplos que los civiles seguirán en sus propias líneas de trabajo, con lo cual se beneficiará a su tiempo la vida económica.

Fuera de la Unión Soviética circulan muchos rumores contradictorios respecto a

la vida moral, social y religiosa del país. Uno de los más persistentes tiende a dar al mundo la impresión de que un gran renacimiento religioso ha conmovido al país al principiar la guerra, abriendo iglesias, restableciendo servicios divinos, y en modo general llevando al pueblo a un febril fervor religioso. Nada está más lejos de la verdad.

Siempre ha habido iglesias funcionando, de una manera limitada, en la Unión Soviética. Una muy reducida proporción, quizá el diez por ciento de las iglesias, están abiertas y celebran servicios semanales. La principal es la Ortodoxa Rusa, nueva y vieja. Además están abiertas iglesias católicas y baptistas.

Quizá la secta más extraña que se encuentre, es la conocida en los Estados Unidos bajo el nombre de Holy Rollers. Los Holy Rollers, empero, no reciben ningún apoyo oficial, ni del Estado ni de otras entidades, y sus partidarios celebran extraños ritos en el piso de sus casas respectivas.

Con todo, nunca he oído las campanas de las iglesias. El Estado desaconseja toda forma de demostración religiosa, y los que tienen el coraje o la inclinación de asistir a los oficios lo hacen con la menor ostentación posible.

Una de las medidas educativas adoptadas por el Estado para desalentar el culto divino y la creencia en Dios es la creación de los museos antirreligiosos. La mayoría de los edificios de las iglesias han sido convertidos en museos históricos o son utilizados como graneros, viviendas, clubs y depósitos. De vez en cuando, viajando por el país, se ve una iglesia convertida en cinematógrafo. He visto varias iglesias con sacerdotes en funciones, donde los cirios ardían de continuo.

El matrimonio y el hogar son instituciones firmemente establecidas. Una de las películas más populares al estallar la guerra se titulaba *Amor, casamiento y hogar*. Glorificaba esas instituciones en mayor grado que cualesquiera otra del país, salvo el Estado. Uno de los mayores incentivos para los jóvenes enamorados es el privilegio de sumar el espacio de habitación que le está concedido a cada uno de los dos.

CAPÍTULO XIV

A principios de septiembre observé signos de un cambio de actitud en el Kremlin, y pronto resultó evidente que Stalin había sido persuadido, quizá por los embajadores norteamericano y británico, de que la causa soviética recibiría considerable ayuda si se permitiera a los corresponsales extranjeros ir al frente. Sin embargo, ningún funcionario quería comentar este asunto, y ni siquiera *Mr. Steinhardt* y *Sir Stafford Cripps* eran optimistas sobre las perspectivas. El agregado militar norteamericano en Moscú, mayor Yeaton, y el jefe de la misión militar británica, general Mason-Macfarlane, habían esperado en vano durante casi tres meses, sin poder acercarse al frente más allá de la última estación del subterráneo sobre la línea de la calle Gorky. El gobierno soviético siempre había rodeado de secreto a su Ejército Rojo, y seguirá haciéndolo en el futuro; no obstante, se necesitaban con urgencia los abastecimientos aliados para detener el avance contra Moscú, y se hizo una concesión. Se llevó al general Mason-Macfarlane en rápida gira por uno de los sectores inactivos, cerca de Smolensko, donde pasó tres horas. El mayor Yeaton se quedó en Moscú.

Poco tiempo después mi mujer y yo recibimos una invitación, en papel ricamente adornado, del comisariato de Relaciones Exteriores para comer en el Hotel de Moscú. Había más de cien comensales en el banquete, que duró desde las 12:30 hasta las 4:30. Se observaba estrictamente el protocolo. En la cabecera de la mesa estaban sentados ocho huéspedes de honor, con el comisario ayudante de Relaciones Exteriores, Salomón Lozovsky, entre los cuales nos hallábamos mi mujer y yo. Corresponsales norteamericanos y británicos, mezclados con corresponsales soviéticos, directores de diarios y escritores, estaban sentados según el orden indicado por las cifras de circulación de sus diarios y sindicatos. Hacia la mitad de la mesa estaban, refugiados checos, polacos, judíos y corresponsales españoles, seguidos por periodistas japoneses. Al fondo de la mesa, a unos veinte metros de nosotros, los corresponsales comunistas norteamericanos.

El almuerzo estuvo dedicado casi enteramente a discursos y brindis. El menú incluía varias clases de gallinas silvestres y otros platos típicos de Rusia. Lo que más sorprendía eran los caballos de manteca. Estaban esculpidos en rica manteca amarilla y tenían dos pies de alto. Los brindis empezaron con vodka, que según la costumbre fue servido en grandes vasos de vino para beber de un sorbo.

Se esperaba que cada comensal tomara cinco o seis vasos de éstos para empezar. Después se sirvieron cuatro vinos diferentes entendiéndose que cada invitado tomaría no solamente su vaso, sino sus cuatro botellas. Finalmente, se colocó un litro de champaña delante de cada uno.

No había la menor indicación del objeto del banquete. Nada decía *Mr. Lozovsky* sobre la posibilidad de visitar el frente. Terminado el almuerzo, un funcionario de

Relaciones Exteriores nos llevó aparte, y me preguntó al pasar si pensábamos quedarnos en el país una o dos semanas más. Le dije que proyectábamos salir para los Estados Unidos a fines de septiembre. Contestó meramente que abrigaba la esperanza de que nos quedaríamos todo el tiempo que hubiéramos proyectado.

Pocos días después nos llamaron a la oficina de prensa del comisariato de Relaciones Exteriores, a medianoche, y nos informaron que podíamos partir, para hacer una gira de una semana por la línea de batalla a la mañana siguiente a las 6.45. Salimos mareados, porque casi habíamos abandonado toda esperanza de ver nunca el frente, y lo inesperado del permiso nos dejó estupefactos. Volvimos al hotel, hicimos una pequeña maleta, y dejamos dicho que nos llamaran a las 4.45.

Llegamos al comisariato de Relaciones Exteriores a las 6.30 y encontramos otros nueve corresponsales adormilados caminando de un lado para otro por la acera. Quince minutos después estábamos en viaje: seis norteamericanos, cinco británicos, un coronel del Ejército Rojo y un representante del comisariato. No había comunistas norteamericanos o corresponsales japoneses en el grupo, y estaban ausentes varios periodistas norteamericanos bien conocidos. Era evidente que el comisariato había elegido pocos nombres de la lista de corresponsales extranjeros.

Entramos en nuestro coche y emprendimos la marcha por el camino a Smolensko. Era un día típico de otoño, brumoso y húmedo. Mediaba septiembre.

Nuestro chófer llevaba un revólver del ejército, calibre 38, al cinto, y el vehículo tenía un amortiguador adicional. A un lado había un recipiente con agua y en la bolsa de los guantes casi medio pan negro. Había guardadas también media docena de granadas de mano. Nuestro chófer bebía con frecuencia el agua y comía del pan. Anduvimos por el camino a Smolensko a buena velocidad durante varias horas. A la mitad de la tarde habíamos llegado a una región de la defensa en profundidad y el camino estaba lleno de grandes cureñas, tanques, automóviles blindados y tropas.

Llegamos a Vyazma, situada a unos 280 kilómetros de Moscú, al caer la tarde, y nos llevaron al único hotel de la ciudad. Como es costumbre cuando los rusos se reúnen, se tendió la mesa para una comida de no despreciables proporciones y variedad. Esta vez duró tres horas y media, que era más o menos lo que correspondía para tal ocasión. Hubo queso de varias clases, sardinas y mariscos; hubo bizcochos, pan negro, manteca, vodka blanca, vodka de cazador, Oporto, té, caramelos, barras de chocolate y cigarrillos. Esta comida, comparada con algunas de los banquetes de que debíamos participar en el curso de la semana, no era más que un aperitivo. Más cerca del frente nos servían además pavo, pollo, ganso, bistecs, chuletas y caviar, prensado, salado y fresco.

A la mañana Margaret y yo nos levantamos a las 6.30. Bajamos hasta el extremo del corredor del hotel, hasta el lavabo, que sólo tenía agua corriente fría. Después de quince minutos de alternativamente afeitarme con agua helada y soplar me las manos, me sorprendió Margaret asiéndome súbitamente del brazo para que me tirara al suelo. Yo había notado que las ventanas vibraban y que el edificio era azotado con algo que

parecían guijarros, pero había atribuido toda la conmoción a las ametralladoras que estaban en el patio del final. Pensé que estaban haciendo sus ejercicios matinales. Varios cañones antiaéreos de tres pulgadas intervinieron y todos los vidrios de la ventana cayeron despedazados a nuestros pies.

—¡Es un raid! —dijo Margaret.

—¿Por qué lo crees?

Me volví y la miré tendida en el suelo a mi lado, no pudiendo creer aún que el ruido fuese algo más que un ejercicio de tiro.

Entonces se oyó el rugir inconfundible de los bombarderos alemanes, a unos ciento cincuenta metros de altura, y momentos después una serie de bombas explosivas desgarraban la tierra. Una de ellas cayó en el patio, otra en la calle frente al hotel, y otras más lejos. Todos los vidrios que quedaban en el edificio cayeron destrozados, parte de ellos encima de nosotros, y una hoja entera de ventana quedó colgada del cuello del representante del comisariato de Relaciones Exteriores. Las explosiones hicieron ir a todo el mundo al vestíbulo, saltando del lecho la mayoría de los corresponsales, y tendiéndose en el piso cubierto de vidrios, al lado de nosotros. Permanecimos así minuto tras minuto, mientras los Junkers volaban en círculo sobre nuestras cabezas, dejando caer bombas con más rapidez de lo que yo podía contar. Cinco minutos después oímos a los cazadores soviéticos que se elevaban y el cañoneo cesó. Fuera del hotel, yacían los muertos en tierra, con la impresionante posición que asumen los cuerpos humanos cuando se les arranca la vida.

Tres horas más tarde estábamos a medio camino de Vyazma a Smolensko, cuando el chófer detuvo bruscamente el auto y nos gritó a todos que saltáramos afuera. Lo hicimos y nos tiramos en la cuneta del camino. Nuestro coche, como todos los demás de la excursión, había sido disfrazado con ramas de abeto, hasta que tomó el aspecto de un árbol de navidad gigantesco, pero como estábamos en campo abierto hubiera sido absurdo suponer que un automóvil se iba a escapar a la vista de un aviador de bombardero volando a baja altura. Oíamos el zumbido de los motores que se acercaban cada vez más, de modo que nos arrastramos lo más rápidamente que pudimos hasta una arboleda que había a quince metros de nosotros. Varios Junkers pasaron pocos segundos después, a unos trescientos metros de altura, y mientras yo contenía el aliento esperando la explosión, tres bombas de doscientos kilos cayeron ochenta metros más allá, del otro lado del camino. Columnas de tierra, piedras y raíces se elevaron y llovieron sobre nosotros. Cuando cesó esa lluvia, supusimos que no lanzarían más bombas, y corrimos al camino mirando los Junkers que desaparecían en dirección a Smolensko. Después de atar varias ramas más de abeto en el coche, subimos y continuamos hacia el frente.

Al atardecer llegamos a un punto de la carretera que señalaba el comienzo del frente. Smolensko, que se hallaba en poder de los alemanes, quedaba en una colina, frente a nosotros, y el camino, desde ese punto en adelante estaba bajo la observación de los puestos avanzados alemanes y sometido a cañoneo intermitente. Salimos de la

carretera y anduvimos paralelamente al frente varios kilómetros. Cuando llegamos al comando de campaña de un regimiento de artillería, fuimos llevados a una tienda camuflada donde vimos una mesa servida para un banquete. Sobre nuestras cabezas pasaba un continuo tiroteo de cortina contra las líneas alemanas, situadas a cerca de un kilómetro de distancia, y casi todos los bocados resultaban condimentados por el sacudión de los cañonazos rusos. Durante todo el tiempo que estuve allí no dejé de preguntarme dónde iban a aterrizar las granadas alemanas cuando el enemigo contestara al desafío de la artillería rusa. Antes de que ocurriera nada de eso terminamos nuestro ganso y champaña, y pasamos a una tupida glorieta de siemprevivas que había en un montecillo. Allí estábamos en medio de las baterías soviéticas que llenaban el aire con su estampido ensordecedor. Después de media hora el cañoneo se intensificó y los alemanes abrieron fuego a su vez. Nos metimos en un abrigo, donde permanecemos una media hora. Entonces hubo una pausa, y la aprovechamos para pasar a otro sector, situado cinco kilómetros más al Norte. Cuando llegamos allí era noche oscura, sólo interrumpida por los fogonazos de la artillería que iluminaban bosques y campos como relámpagos.

Aquella noche fuimos al edificio de una escuela, cinco kilómetros detrás de las líneas, donde encontramos catres, sábanas limpias y frazadas. El rugido de la artillería continuó toda la noche sin interrupción, y cuando despertamos a la mañana siguiente me había acostumbrado tanto a él que no lo noté.

Después de almorzar marchamos varios kilómetros a través de los barrizales producidos por las intensas lluvias y el paso continuo de los camiones de abastecimiento. Nos enterramos en el barro catorce veces esa mañana, y siempre tenían que sacarnos tanques o tractores que pasaban. Los caminos no pavimentados eran como los del interior de Nueva Inglaterra, después del deshielo de primavera. El terreno pantanoso en esa región dificultaba las operaciones militares por ambas partes. Había profundas selvas de abedules cerca del camino y el terreno era tan blando que muchas veces se atascaban los tanques y tractores. Las patrullas del Ejército Rojo, en carros tirados por caballos, podían seguir andando, pero vi a un correo motociclista luchar durante una hora en el lodo. En medio de todo esto, empero, los camiones del Ejército Rojo equipados con cintas de oruga se dirigían al frente en corriente continua. Esta región de la Gran Rusia es tierra de patatas, lino y alforfón, y en verano florece con sus girasoles, margaritas y ranúnculos. En las tierras inclinadas había campos interminables de lino que había sido segado y apilado, pero no recogido.

En este sector particular, a ocho kilómetros del frente, la vida civil continuaba como de ordinario. Los niños vendían leche fresca en botellas de soda, a lo largo del camino; los soldados ayudaban a los campesinos a recolectar el heno y desenterrar patatas, y las familias vivían en sus hogares mientras el tiroteo de la artillería mugía día y noche. Las viviendas estaban construidas de troncos, casi todas con techo de paja de trigo. En su mayoría los pisos eran de tierra, y casi todas ostentaban una jaula

colgada de un poste encima de la casa.

El pueblo reflejaba la pobreza del suelo en esa región, y ofrecía triste aspecto con sus gastadas ropas oscuras. Vi muchos adultos y niños que llevaban polainas de trapos arrollados y sandalias de paja en lugar de zapatos o botas. Como todas las campesinas, desde Bielostok hasta Vladivostok, las mujeres llevaban el inevitable pañuelo en la cabeza, atado bajo el mentón. La calma de las aldeas a lo largo del frente no había sido desgarrada aún por la guerra, a pesar del continuo estrépito de la artillería. En algunas aldeas estaban alojadas tripulaciones de tanques en el establo de las vacas, y en los campanarios de iglesias y escuelas se habían establecido puestos de ametralladoras y artillería antiaérea. En los campos, se había aprovechado toda protección posible para poner cañones o cavar trincheras. Los campesinos que recolectaban patatas o granos al lado de cañones antitanques y nidos de ametralladoras se veían en casi todos los campos. Lo más extraño que vi, quizá, fue un pastor con su rebaño y su perro que llevaba al hombro la máscara contra los gases. Cerca de una aldea, a varios kilómetros del frente, vi un caminante parado al lado del camino y moviendo los brazos para llamar la atención, y ser recogido por algún vehículo. Tenía la máscara contra los gases colgada del hombro.

Cada vez que llegábamos a un comando de campaña descubríamos que el comandante ya estaba avisado de que íbamos nosotros, y naturalmente nos esperaba un banquete. Una vez, al atardecer, subimos hasta una posición avanzada, a un kilómetro y medio de las líneas alemanas, y encontramos servida la habitual comida de vodka-gallina-caviar-champaña. En el comando anterior habíamos tenido un banquete de tres horas, pero no nos quedaba otro remedio que sentarnos y apechugar con éste. Mientras estábamos a la mesa, que había sido tendida entre árboles al aire libre, apareció de pronto, justamente encima, un Dornier alemán de dos timones. Los oficiales que estaban sentados con nosotros no le hicieron caso, y seguimos comiendo caviar y bebiendo champaña, mientras pequeños fragmentos de granadas antiaéreas caían sobre la mesa.

Al anoecer nos acercamos más a las líneas, donde cañones ligeros estaban tirando contra las posiciones alemanas. Los alemanes también tiraban, pero tendían su cortina de fuego más atrás de nosotros, y nos hallábamos en una zona libre. A las 8, el coronel que había sido encargado de llevarnos sanos y salvos de vuelta a Moscú, miró su reloj de pulsera y silbó. Era el momento en que iba a empezar un intenso cañoneo contra los alemanes. Se suponía que los germanos contestarían con la misma moneda, de modo que nos pusieron en fila de uno, separados por diez metros y nos dieron instrucciones para volver al comando. Apenas había concluido el coronel de dar sus órdenes cuando se abrió el intenso cañoneo soviético. Sonaba como si todos los cañones del mundo estuvieran en los bosques alrededor de nosotros. Empezamos a marchar, y finalmente llegamos a destino, después de caminar tres kilómetros, antes de que los germanos comenzaran a replicar con su propia cortina de fuego.

Durante el resto de la noche el duelo de artillería continuó sin interrupción. La

tierra temblaba, los fogonazos relampagueaban y nubes de humo y polvo eran arrastradas por el viento. Los árboles, cerca de nosotros, se sacudían y balanceaban como al embate de un huracán. Cada noche el frente era iluminado con cohetes y luces lanzadas con paracaídas, que los alemanes usaban en grandes cantidades, para observar los movimientos soviéticos.

En un campo de batalla situado al Sur de Smolensko, que había sido reconquistado por los rusos, vi prácticamente muestras de todos los materiales utilizados por los alemanes, desde cartuchos de ametralladora hasta tanques, y casi no había ningún indicio de materiales sustitutos.

Las cubiertas de caucho de camiones y motocicletas eran de buena calidad. El papel de imprimir parecía ser casi de la misma calidad que el que había utilizado Alemania durante muchos años. El equipo motorizado era de sólida construcción en su totalidad. Los aeroplanos no carecían de cobre ni aluminio. Lo único en que revelaba debilidad el equipo alemán era en lo necesario para resistir el poder de fuego de las armas soviéticas. Las bocas de fuego rusas, desde el fusil al cañón, resultaron, al menos en esa batalla, superiores a cualquier coraza que los alemanes pudieran oponer. Bien lo probaban los tanques destrozados por las granadas y los emplazamientos de cañones volados por la artillería soviética.

Al cumplirse una semana, ya había visto yo prácticamente todos los aspectos de la guerra moderna tal como se libraba en las vecindades de Smolensko, y había nacido en mi interior el mayor respeto por la capacidad combativa del Ejército Rojo.

Me chocaba, empero, la actitud de algunos corresponsales. Varios de ellos pidieron que se les dejara volver a Moscú después de haber visto solamente durante dos días el frente, y otros protestaban por ser llevados a posiciones avanzadas, donde las líneas soviéticas estaban bajo el fuego. Eran los mismos corresponsales que en Moscú se habían refugiado en los abrigos durante los raids, en lugar de observarlos y describirlos a sus diarios de los Estados Unidos.

El corresponsal más capaz de la Unión Soviética era Arch Steele, del *Chicago Daily News*. Los despachos de Steele, que iban a varios diarios norteamericanos, sufrían una censura tan severa como los de cualquiera, pero a pesar de ello siempre podía interpretar las noticias e informar de los sucesos con más claridad que muchos corresponsales extranjeros no trabados por restricciones. Steele había venido a Moscú desde el Lejano Oriente, y no estaba muy contento de ello porque preveía los próximos sucesos en Manila y Singapur y quería estar allí cuando fuese el momento. Pero se dedicó a su trabajo con admirable voluntad y entusiasmo, y en poco tiempo su actividad y honestidad le ganaron el respeto y admiración de los rusos.

CAPÍTULO XV

A cerca de un kilómetro del frente salimos de nuestro coche y caminamos por un arenoso camino de carros, a través de una arboleda de abetos. Eran aproximadamente las cuatro de la tarde y un cálido sol de septiembre nos daba de lleno en la cara desde el Oeste. Tratamos de hablar un poco, pero el continuo tableteo de las ametralladoras hizo vana la idea. Subimos el camino arenoso hasta lo alto del montículo, trepando en fila india separados por unos veinte pasos. No éramos más que tres: el coronel, mi mujer y yo.

El fuego de las ametralladoras cesó cuando llegamos a la última posición situada entre nosotros y los alemanes. Permanecimos bajo cubierto para no atraer fuego, y miramos a través de los ochocientos metros de tierra de nadie. Una de las dotaciones de artillería observó movimiento del otro lado del campo y el fuego comenzó de nuevo. Cuando empezaron a caer las sombras, el coronel dijo que podíamos salir con seguridad, y empezamos a arrastrarnos de vuelta a la glorieta, siempre separados por veinte o veinticinco pasos.

Una vez en lo alto de la colina, cortamos camino no yendo por los abetos. Una granada cayó y explotó a nuestra derecha, de modo que nos extendimos nuevamente en fila india hasta que el coronel quedó satisfecho en el sentido de que era una granada perdida, y no un bombardeo contra nosotros. Mientras esperábamos, nos explicó que los hunos estaban cañoneando un camino de territorio dominado por los rusos, y que el Ejército Rojo cañoneaba otro camino en territorio ocupado por los alemanes. El tiroteo cruzado resonaba sobre nosotros.

Cuando ya volvíamos al camino donde habíamos dejado nuestro auto, llegamos a un claro del bosque. En el centro había una casita de cuatro habitaciones. De la chimenea salía humo y se podía ver una figura de mujer en la huerta situada detrás de la casa. Se inclinaba sobre un repollo.

Cuando llegamos hasta frente a la casa, una niña rubia de unos ocho años, se levantó de la arena donde estaba jugando y corrió a nosotros. El coronel le dijo algo. Ella rió y se colgó de su brazo. Una chica mayor salió de la casa con una canasta bajo el brazo y colgó algunas ropas de una cuerda en el patio.

—¿Esta familia vive realmente aquí, a menos de un kilómetro del frente?

El coronel sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Por supuesto —contestó— nuestra gente se queda donde está hasta que se le ordena retirarse.

—¿Por qué?

—Son miembros de nuestro segundo ejército: el ejército de civiles que se queda en su casa. Si los alemanes avanzan, estos civiles se convierten en nuestros guerrilleros.

—¿Tienen fusiles y municiones? —pregunté.

—Sí, pero aunque usted registre este lugar durante veinticuatro horas no encontraría una sola bala y menos un fusil. Están bien escondidos. Si los alemanes ocupan este territorio, la gente desenterrará las armas y las usará cuando llegue el momento. No es lo único que tienen escondido, empero. También tienen granadas de mano para arruinar tanques y botellas de nafta para incendiar los cuarteles donde duermen los alemanes.

—¿Cuántos civiles se quedaron detrás para hacer lucha de guerrillas? —pregunté.

—Adivínelo usted mismo —contestó—. Usted sabe cuál es la población de Ucrania, las repúblicas bálticas y la Rusia Blanca.

—Por lo menos muchos miles —dije.

—Por lo menos muchos cientos de miles —corrigió él con firmeza.

Durante los días que precedieron inmediatamente a la ofensiva de octubre contra Moscú, los alemanes preparaban su ataque y los rusos preparaban su defensa, pero los civiles no dejaban sus hogares. En Rusia los civiles rara vez se van, pase lo que pase, a menos que se les ordene. Y los que reciben la orden de irse de zonas amenazadas, por ejemplo los judíos, son enviados a regiones seguras para proteger su vida. Muchos rusos y ucranios, así como judíos, recibieron orden de dejar sus hogares, porque el gobierno soviético tenía razones para creer que serían ejecutados en cuanto los reconocieran.

Pasé una noche hablando con un ruso que había estado de guerrillero siete semanas detrás de las líneas alemanas. No era miembro del Ejército Rojo. Era presidente de una granja colectiva, que había quedado atrás, con dos de sus vecinos, cuando los alemanes ocuparon el país entre Minsk y Smolensko. Tenía unos cincuenta y cinco años, es decir demasiado para el ejército, pero físicamente era apto para la lucha de guerrillas. Esto significa que podía sobrevivir durmiendo sobre tierra húmeda y buscarse comida suficiente por sí solo.

—Una noche —me contó— mi granja recibió aviso de que venían los alemanes. No estábamos preparados para hacerles frente porque no me había llegado mi provisión de fusiles, granadas y municiones. Un correo del ejército nos dijo que un destacamento avanzado de los alemanes llegaría probablemente al cabo de una hora. Convocamos seguidamente a una reunión e informamos al pueblo de lo que pasaba, dando a todos los que tenían razones para creer que serían ejecutados, una oportunidad de salir antes de que llegaran los alemanes. Nadie quiso irse. Decidimos, por votación, evacuar algunas de las mujeres de mayor edad y los muchachos, con los caballos y vacas; salieron media hora más tarde. Como el presidente de una granja es generalmente el primer ejecutado por los alemanes, se votó mi partida. Pedí una excepción. Me la negaron. Pedí excepción fundándome en que deseaba convertirme en guerrillero. Esto me lo concedieron por votación. Elegí dos miembros de la granja colectiva para ir conmigo. Fuera de las mujeres y niños que se habían llevado el ganado, todos los demás se quedaron en nuestra granja. Mis dos vecinos y yo

partimos en seguida en la dirección opuesta, en la que venían los alemanés.

»Caminamos varias horas por terreno pantanoso, hasta estar seguros de que nos hallábamos dentro de las líneas enemigas. Empezaba a amanecer, de modo que elegimos un escondite y esperamos. Según mi mapa, debíamos estar a nueve kilómetros de un camino real. En cuanto se puso el sol partimos en esa dirección, por los bosques y pantanos. No teníamos fusiles, pistolas ni granadas, pero esto no nos inquietaba porque sabíamos que pronto los tendríamos en abundancia.

»Llegamos al camino antes de medianoche. Sentimos olor de humo, tanto de tabaco como de madera quemada, y comprendimos que los alemanes estaban donde habíamos supuesto. Arrastrándonos sobre las manos y rodillas llegamos hasta un granero. Despachamos un centinela y le quitamos el fusil y el cinturón de balas. A través de un resquicio pudimos ver nueve soldados y un oficial sentados en torno a un fuego, asando carne de cerdo. Antes de atacarlos, salimos y despachamos otros centinelas a fin de tener armas para los tres. Después regresamos, terminamos con los soldados y el oficial, y nos fuimos con su comida.

»A la noche siguiente hicimos bastantes kilómetros por el camino hasta que llegamos a un comando de campaña. Los alemanes dormían en una cabaña. Y un comandante dormía en un automóvil blindado ligero. Primero despachamos a todos los centinelas, inutilizamos el automóvil con granadas de mano y botellas de nafta, e incendiamos la cabaña. Cuando eso estuvo hecho, partimos en un camión que estaba cargado de ametralladoras, municiones y granadas de mano.

»Uno de los hombres que estaban conmigo era entendido en tractores, y decidimos capturar un tanque la noche siguiente. Encontramos un destacamento de doce máquinas medianas en una arboleda, al lado del camino. Utilizamos nuestras ametralladoras contra los tanquistas, y cuando los matamos dormidos, destrozamos todos los tanques, menos uno con el cual partimos.

»Cosas semejantes se repitieron cada noche durante varias semanas. Volamos varios puentes, un largo tramo de ferrocarril, tres aviones y un gran depósito de nafta. Siempre nos arreglábamos para conseguir comida de sobra y nunca teníamos que preocuparnos por ello, porque los civiles se cuidaban de esperarnos con canastas en casi todas las casas, noche tras noche.

»Todo fue bien durante esas siete semanas. Después, una noche, fuimos capturados cerca del frente. Habíamos avanzado en un camión y un centinela nos sorprendió, antes de que pudiéramos usar nuestras ametralladoras. Nos tuvieron bajo vigilancia hasta el amanecer, hasta que vinieron dos oficiales y nos examinaron. Inmediatamente dieron orden que fuéramos ejecutados. Nos hicieron salir del granero y nos dijeron que corriéramos. El pelotón de fusilamiento nos hizo fuego cuando habíamos corrido una docena de pasos. Todos fuimos alcanzados, naturalmente, pero hasta cinco o seis horas más tarde no supe que había perdido el conocimiento por un balazo. Mis dos compañeros habían muerto al instante.

»Era por la tarde cuando recobré el sentido, y me quedé donde estaba sin mover

un músculo. Al anochecer me arrastré hasta unos matorrales que había a unos seis metros. Allí permanecí hasta cerca de medianoche y resolví que era necesario hacer algo en seguida para sobrevivir. El brazo se me había hinchado hasta el doble de su grueso natural y la espalda me dolía mucho. Podía oír a los alemanes conversando no lejos de allí, y me arrastré hasta ellos. No tenía revólver ni granadas, de modo que volví arrastrándome hasta donde estaban mis compañeros y encontré una sola granada. Tomándola, fui hasta los alemanes. A la luz de las estrellas vi a tres que estaban ocupando una posición de ametralladora. Les tiré la granada y los maté a los tres. Después agarré una ametralladora ligera y me dirigí lo más rápidamente posible hasta nuestras líneas.

»Había una pequeña quebrada en el campo, y me escondí en ella justamente cuando los alemanes, detrás de mí, empezaron a hacer fuego con ametralladoras y a buscar con proyectores y luz de cohetes. Me quedé en la quebrada todo el resto de la noche, manteniendo la ametralladora apuntada hacia las líneas alemanas, y al amanecer empecé a arrastrarme hasta nuestras propias líneas. Entonces me podían ver de nuestro lado, pero no del lado de los alemanes. Los ametralladores del Ejército Rojo me permitieron acercarme lo bastante para identificarme, y entonces dos de ellos se arrastraron hasta donde yo estaba y me recogieron. Después fui colocado en una ambulancia aérea que me llevó a un hospital de Moscú, donde me curaron.

La mayor parte de la lucha de guerrillas detrás de las líneas alemanas se efectuaba de un modo semejante. Rara vez se unían los guerrilleros en grandes partidas, porque las probabilidades de ser descubiertos por los alemanes eran mucho menores cuando iban en bandas de tres a diez hombres.

Ordinariamente, cuando una banda aumenta con nuevos partidarios, se divide en grupos. Cada partida tiene su jefe, elegido por sus miembros. Sin embargo, en territorios escasamente poblados y donde hay grandes bosques, a veces las partidas las forman hasta cuarenta o cincuenta hombres y muchachos.

Esos luchadores civiles, detrás de las líneas alemanas, conducen su acción sin órdenes ni contacto alguno con el Ejército Rojo. Sin embargo, ha habido casos en que algunos de esos grupos han sido rodeados por destacamentos alemanes antiguerrilleros y en numerosas ocasiones la aviación soviética ha dejado caer víveres y abastecimientos para ellos.

En otras ocasiones el Ejército Rojo ha instruido y proporcionado equipos a los civiles, que deseaban convertirse en guerrilleros, cuando avanzaban los alemanes. Pero no llevan ninguna clase de uniforme.

El Ejército del Pueblo, que es todavía otra fuerza en la Unión Soviética, no hace guerrillas a menos que se asigne esa tarea individualmente a algunos miembros o que no puedan escapar en caso de avance alemán. El Ejército del Pueblo es una fuerza civil cuya función primaria consiste en ayudar al Ejército Rojo. Los miembros de esa fuerza son generalmente obreros de fábricas, demasiado viejos o demasiado jóvenes para el Ejército Rojo, y forman cuadrillas de trabajo para cavar trincheras o demoler

obras. En ciudades como Leningrado, Moscú y Odesa, los miembros del Ejército del Pueblo cumplían su jornada en las fábricas y luego iban al frente y cumplían otra jornada cavando trincheras y sirviendo cañones. Cuando Odesa y Leningrado estaban sitiadas, el Ejército del Pueblo trabajaba día y noche. La mayoría de los hombres lo hacían durante diez horas, iban al frente por otras diez horas y luego volvían a su casa a dormir cuatro horas, antes de presentarse de nuevo en las fábricas de municiones.

En Leningrado el Ejército del Pueblo cavó los abrigos, trincheras y trampas de tanques en torno a la ciudad y combatió contra los alemanes al mismo tiempo, durante la mayor parte del verano de 1941.

En Moscú, y a no menos de cuarenta kilómetros, el Ejército del Pueblo junto con maestros, empleados, estudiantes y hombres de ciencia construyeron una serie de fortificaciones casi inexpugnables, que salvaron la ciudad de ser capturada durante la ofensiva de octubre y noviembre. En todo el curso de esos dos meses, prácticamente cada uno de los habitantes de Moscú contribuyó a la defensa de la ciudad. Los que cumplían el trabajo necesario de gobierno y administración de guerra, no dejaban de donar sus horas de descanso para cavar trincheras y trampas contra tanques.

Mientras los diez millones de miembros del Ejército del Pueblo en la Unión Soviética hacían un trabajo, que ya había permitido al Ejército Rojo combatir a los alemanes invasores, imponiéndoles una paralización en todos los sectores de ese frente de más de dos mil kilómetros, la actividad de los guerrilleros seguía siendo la más espectacular.

El territorio ocupado por los alemanes, desde Kiev al Norte, hasta el mar Báltico, es el terreno ideal para las operaciones de guerrillas, y los rusos lo explotaron. Esta parte de la Unión Soviética es baja y pantanosa, y en su mayoría está cubierta por bosques o amplias arboledas. Esto permitía a los guerrilleros encontrar buenos escondites, desde donde efectuaban rápidas salidas por la noche. El terreno pantanoso impedía que los alemanes enviaran a perseguirlos vehículos pesados. Durante los meses de invierno esos combatientes de retaguardia tenían otra ventaja sobre los alemanes. Eran mucho más capaces de resistir el clima y podían ejecutar sus ataques, que consistían en pegar y huir, por mucho frío que hiciese.

Entre los millones de habitantes de la Unión Soviética hay uno que causará terror un día a los alemanes, si consigue convencer a sus mayores de que tiene bastante edad para ser guerrillero. Es un chico que tenía diez años en el otoño de 1941, y que dos veces se escurrió por el frente queriendo incorporarse a un destacamento de guerrilleros.

Vi a este chico sentado en una cerca a un kilómetro y medio de las líneas del frente. Se lamentaba de tener solamente diez años, y de representarlos. Sus padres vivían en una casa situada al lado del camino, esperando el avance alemán. La casa estaba tan cerca del frente que le era fácil al niño cruzar hasta la retaguardia alemana, aunque cómo se las arregló para hacer dos excursiones completas sin ser descubierto, nadie lo sabía. Ambas veces fue reconocido por algunos guerrilleros y enviado de

vuelta a su casa.

Cuando lo vi, estaba serio y sombrío. Los alemanes tendían una intensa cortina de fuego, pero el zumbido de las balas que pasaban por encima no llamaba su atención. Quería volver a la retaguardia alemana y juntarse con los guerrilleros. No había nada en el mundo que le interesara fuera de eso; no quería hablar de otra cosa. Yo estaba convencido de que en secreto deseaba que los alemanes avanzaran, por lo menos hasta su casa, para poder convertirse en guerrillero.

Escuché muchos relatos de guerrilleros, pero el que me pareció más característico de esta innovación en la guerra moderna fue el que oí de una mujer.

Estaba en la cuarentena y era la esposa de un jefe de estación ferroviaria. Cuando los alemanes ocuparon la ciudad en que vivían, su marido fue ejecutado, porque todas las locomotoras y vagones de carga de la ciudad habían sido quemados y destruidos.

La mujer se fue inmediatamente al bosque, llevando consigo a sus dos hijos. Permaneció allí varios días, hasta que se le unieron otras mujeres. Los niños fueron puestos al cuidado de muchachas y ancianas, y todos enviados al Este en un esfuerzo por llegar a las líneas del Ejército Rojo. La viuda del jefe de estación esperó una semana, para dar a los niños tiempo de llegar a territorio amigo, y luego con las otras fue a una aldea, a medianoche. Mataron a tiros a los centinelas, quemaron todos los edificios y consiguieron matar a todos los alemanes, a medida que iban saliendo de las casas quemadas. Cuando llegó un destacamento de una aldea cercana para investigar las causas del tiroteo y el incendio, las mujeres ya estaban en los bosques. Consiguieron salir del territorio ocupado por los alemanes, cruzaron el frente de noche y encontraron a sus hijos en una aldea detrás de las líneas rusas.

Probablemente fue un incidente como éste el que indujo a un soldado alemán a escribir una carta que encontré más tarde en un campo de batalla. La carta, que nunca fue concluida, comenzaba así:

«Esto se está poniendo casi tan peligroso detrás de las líneas como en el frente. Estos rusos que se quedan detrás nos hacen fuego de noche e incendian las casas donde dormimos. Quisiera saber qué me va a pasar, porque...».

CAPÍTULO XVI

Durante la batalla por Moscú los alemanes lanzaron cientos de paracaidistas detrás de las líneas soviéticas. Un escaso porcentaje de estas tropas aéreas estaban equipadas con ametralladoras y fusiles automáticos. En algunos casos los acompañaban tanques ligeros y pequeños automóviles blindados, también lanzados con paracaídas. Su misión era volar depósitos de municiones, puentes y concentraciones de tanques mantenidos en reserva. Pocos miembros de esas unidades suicidas sobrevivieron para observar el fruto de su labor, porque tarde o temprano eran rodeados y aniquilados.

Sin embargo, la mayoría de los paracaidistas alemanes eran lo que los rusos llaman diversionistas. Generalmente los diversionistas se disfrazaban con el uniforme del Ejército Rojo o de la milicia del Estado, y a veces con ropas de campesinos, y su misión era interrumpir las comunicaciones y crear confusión detrás de las líneas rusas. Esta táctica alemana tuvo poco éxito porque el Ejército Rojo la había previsto por lo menos con años de anticipación y había trazado medios para descubrirlos, de modo que los civiles rusos, después de varios meses de práctica los reconocían a simple vista. En el frente pedí a un chico de doce años que me llevara a cierta aldea; el chico, sospechando que yo fuese un diversionista, me dirigió justamente a las manos de la guardia de un comando de campaña.

Un diversionista, con uniforme del Ejército Rojo o de la milicia, podía teóricamente cambiar la ruta de columnas rusas de abastecimiento y de reemplazo de tropas, colocándose en un cruce de caminos y dirigiendo los camiones fuera de un sector donde los alemanes proyectaban atacar. Es muy dudoso que un paracaidista diversionista haya conseguido nunca alterar el rumbo de un camión del ejército soviético.

Los conductores y guardias de los camiones tenían orden de entregar su carga de hombres y abastecimiento en cierto punto, y nadie podía parar un camión y cambiar la orden. El conductor invariablemente llevaba su carga de granadas, ametralladoras o pan al destino que se le había ordenado, y nadie podía cambiar su dirección, salvo el propio oficial superior del conductor.

Hubo veces, en que este sistema obstinado fue causa de que una columna de abastecimientos del Ejército Rojo fuera a parar a las líneas alemanas recién avanzadas, donde los enemigos sorprendidos dieron la bienvenida a las municiones y cañones. Pero esta pérdida poco frecuente estaba compensada por el sistema de Rusia, que superó en ingenio a los paracaidistas con uniforme soviético, cuando éstos procuraron dirigir o más bien desviar el tránsito en el frente.

La capacidad de la Unión Soviética, para organizar tales medios de combatir la táctica alemana, fue posible por la eficiencia de los propios rusos. El pueblo había sido educado y acostumbrado a ejecutar una orden hasta el punto de que durante la

guerra, si el Kremlin hubiera ordenado a cada uno de sus ciudadanos matar o capturar un alemán, sólo habrían dejado de cumplirlo porque no existen doscientos millones de alemanes.

En el frente tuve una experiencia, que me hizo comprender con cuánta seriedad el pueblo de la Unión Soviética recibe y cumple una orden, y cuán plenamente se aferran a la letra y el espíritu de lo mandado, sea militar o civil.

El automóvil en que Margaret y yo viajábamos con tres rusos quedó entre las barreras, en un paso a nivel del ferrocarril. Habíamos franqueado la primera barrera, cuando súbitamente bajaron las dos, atrapándonos entre ellas. A lo lejos veíamos un tren de pasajeros que se aproximaba a buena velocidad.

Los rusos saltaron del vehículo y pidieron que fueran levantadas las barreras para poder salir de entre las vías. El guardabarreras, que había recibido instrucciones para cerrar las barreras cuando se acercase un tren, recitó sus órdenes con inquebrantable firmeza.

Todo el mundo rabió y protestó, pero el guardabarreras replicó que bajo ninguna circunstancia podía desobedecer órdenes. Uno de los rusos sacó el gato de debajo del asiento y le amenazó con romperle la cabeza si no alzaba las barreras. Otro ruso corrió a un automóvil que acababa de llegar y encontró a un coronel del Ejército Rojo. El coronel saltó, se hizo cargo de la situación y gritó al guardabarreras con su voz más autoritaria. Otro ruso acudió corriendo y señaló su condecoración oficial: la Orden de Lenin. Todo en vano.

Entretanto el tren se acercaba velozmente al cruce. Empezamos a lanzar el coche contra la barrera para romperla, pero el hombre nos advirtió que nos iba a denunciar a todos por destruir bienes del Estado, si dañábamos la barrera. Uno de los rusos trató de tomar el asunto en sus manos y alzar la barrera, pero se nos previno que llamarían a la milicia y nos arrestarían en el acto por perturbar los deberes de un empleado del Estado.

El tren llegaba rugiendo por la curva, a pocos cientos de metros, silbando agudamente. Empujamos el vehículo para ponerlo a un lado, consiguiendo apenas escapar al choque de la locomotora. En cuanto pasó el tren, el guardabarreras levantó la valla y nos felicitó por haber escapado con vida y salvado el coche.

A lo largo de todo el frente, donde tanto los soldados como los civiles luchaban contra los alemanes, de un modo que demostraba cómo cada individuo se consideraba personalmente responsable del éxito o fracaso de la guerra, todo el mundo era un héroe, actual o potencial. El heroísmo está tan a la orden del día que hasta el gobierno soviético tiene dificultades para distinguir a los individuos y recompensarlos o condecorarlos. Se resolvió parcialmente el problema concediendo honores y condecoraciones a regimientos y divisiones enteras.

Pasé algún tiempo con una división siberiana que estuvo empeñada en ruda lucha en el camino a Smolensko, durante la batalla por Moscú. Esta división no había sido condecorada. Unos cuantos de sus oficiales y soldados habían obtenido

condecoraciones individuales por su bravura, pero esos honores eran por acciones en las campañas de Mongolia y Finlandia, y no contra los alemanes.

Estos siberianos vivían y peleaban en un bosque de abedules, a ochocientos metros de las líneas alemanas. Mientras yo estuve allí tendían una atronadora cortina de fuego de artillería, y los alemanes contestaban, aunque esa tarde no consiguieron ajustar el tiro sobre la posición. Frecuentemente se enviaban patrullas desde la arboleda, y a intervalos regulares los pelotones se presentaban a informar al comando. Aviones alemanes de reconocimiento pasaban por el cielo, pero los siberianos los ignoraban completamente. Las balas de ametralladoras tenían una incómoda manera de silbar por encima y cortar ramitas y hojas que caían en torno a nosotros, mientras estábamos sentados en un lugar escuchando el rugido de las piezas de cuatro y seis pulgadas.

Uno de los siberianos me contó que él, con un destacamento de seis hombres, había ido la noche antes a las líneas alemanas y capturado un coronel y tres tenientes que dormían en tanques. Los alemanes habían sido rodeados antes de que pudiera llegarles ayuda, pero los siberianos tuvieron que pasar dos horas abriéndose paso a tiros a través del cerco. Al regresar habían capturado una estafeta, cargado la correspondencia en un tanque y traídola con los cuatro oficiales alemanes.

Al obscurecer la artillería alemana alteró el alcance de su tiro. Lo concentró en la tierra de nadie, a lo largo del borde del bosque. Se organizó rápidamente una patrulla que fue enviada a investigar. Los diez hombres se arrastraron a través de la cortina de fuego y tomaron posición en abrigos situados a 150 metros de las líneas alemanas. Pregunté a uno de los siberianos qué se pretendía que hiciera esa patrulla, y me dijo que se creía que los alemanes tendían esa cortina de fuego sólo para impedir que los siberianos hicieran otra incursión nocturna a sus líneas. Dijo el oficial que la patrulla informaría al cabo de una hora sobre la actividad alemana, y que entonces la división o bien lanzaría un ataque en gran escala o se conformaría por el momento con enviar pequeñas patrullas a las líneas alemanas. Quedé algo sorprendido al oírle decir que podría lanzarse un ataque, pero se rió diciéndome que la división atacaba casi todas las noches y no había nada inusitado en ello. Dijo que en esos ataques nocturnos había recobrado un territorio de quince kilómetros, y que a los alemanes les disgustaba tanto pelear de noche que alumbraban continuamente el frente cuando preveían un ataque.

Después de otra media hora, la noche se convirtió súbitamente en día por la aparición de cientos de cohetes y luces lanzadas con paracaídas sobre la tierra de nadie. Los siberianos dijeron que al parecer estaba preparándose algo, y me instaron a salir de la arboleda. Cruzamos un prado y fuimos a una colina situada a un kilómetro, a retaguardia. Desde allí podía verse todo el frente en una distancia de ochenta kilómetros en ambas direcciones. Luces y cohetes a montones estaban continuamente en el cielo y era posible ver la hora de mi reloj de bolsillo.

Empezó el estrépito de las ametralladoras; la artillería siberiana, que estaba

formada hasta una profundidad de 16 kilómetros, abrió el fuego con un rugir espantoso. El frente parecía una avenida Broadway de doscientos kilómetros de largo, con un despliegue de fuegos artificiales, tipo 4 de julio, como no había imaginado jamás. Las luces del frente estallaban de pronto en un resplandor verde blanco, y después bajaban lentamente a tierra. Al mismo tiempo saltaban los cohetes al cielo y describían una lenta parábola para descender, dejando un rastro amarillento de luz en su recorrido. Pensé en lo que me habían dicho los siberianos y miré buscando signos de ataque. La cortina de fuego alemana se había corrido más profundamente a la retaguardia siberiana y parecía caer sobre un camino situado entre nosotros y el frente. Camiones de abastecimiento del Ejército Rojo se hundían rugiendo en el barro sin hacer caso del cañoneo.

A la derecha, que daba al Norte, la luz del frente se intensificó súbitamente en una distancia de unos quince kilómetros. Cañones de ambas partes abrieron fuego nutrido y se oyó en la oscuridad de lo alto el ruido inconfundible de los aviones alemanes. La lucha se acentuaba y a juzgar por lo que me habían dicho los siberianos, los alemanes estaban sufriendo lo que no querían: un ataque nocturno.

Las luces colgaron sobre el frente toda la noche y los cañones no callaron hasta el alba. La tierra permanecía extrañamente tranquila y silenciosa cuando se elevó el sol. El único movimiento que podía notarse en alguna parte era el de los camiones del Ejército Rojo que seguían abriendo surcos en el barro hondo, llevando víveres, municiones y tropas de refresco, y volviendo con cargas de heridos que habían caído en alguna parte de ese frente durante la noche.

Al Sur de este sector había un campo de batalla enfriado. Estaba enfriado porque la pelea había concluido y la tierra había sido abandonada. Cinco días antes de que yo llegara allí, la batalla de Yelnia había tenido por resultado una derrota alemana y una victoria rusa. Los alemanes perdieron 50 000 hombres, muertos, heridos y extraviados. Los rusos habían perdido 20 000. Los muertos soviéticos fueron enterrados en una fosa común, y se veían los túmulos en el terreno; los muertos alemanes habían sido enterrados en sus propias trincheras, tumbas que habían abierto con sus manos.

El rastro de la lucha estaba en todas partes. Sobre una distancia de cincuenta kilómetros a lo largo de un risco de la plataforma de la Rusia central, que corre hacia el Norte y hacia el Sur entre Smolensko y Tula, la batalla había dejado sus cicatrices en la tierra. Como toda la Gran Rusia rural, esta región había estado salpicada de aldeas de techo de paja a lo largo de sus corrientes de agua y caminos marcados por los carros. Cuando la vi, no quedaba en pie una casa, y ni un solo árbol se hallaba intacto. Las granadas habían revuelto los campos de patatas. Caballos y vacas alcanzados por los fuegos cruzados de la batalla yacían en donde cayeron.

Las laderas de la colina estaban cortadas por trincheras y abrigos, y en ellas quedaban los despojos dejados atrás cuando la suerte del combate se volvió contra los alemanes. Habían llenado sus abrigos con muchas de las comodidades del hogar.

Todos ellos tenían paja de trigo en el piso y en su mayoría colchones de paja. Algunos ostentaban libros en los estantes practicados en las paredes de tierra arcillosa. Había botellas de vodka, llenas y vacías. Había instrumentos de música y juegos de salón.

En una trinchera, la ropa lavada colgaba aún de una cuerda: dos camisas, varios pares de calcetines, y un pedazo de género que parecía haber sido un mantel.

En otra trinchera encontré un par de guantes de box, una armónica, un samovar y un almanaque en la pared, con fuertes trazos de lápiz que tachaban todos los días del mes, exceptuando los nueve últimos.

El campo de batalla estaba cubierto de todas las cosas de la paz y la guerra. Había máscaras de gases y cascos rotos y destrozados; cruces de hierro e insignias de regimientos; cartas del hogar y fotografías de niños. Había cinturones, botas, espadas, pistolas, fusiles, cigarrillos, revistas, botones, lápices, monedas, diarios personales, botellas, latas de pescado, relojes de pulsera, estuches de primeros auxilios, llaveros, cortaplumas, abrelatas, billeteras, talonarios, cheques, anillos, vendas ensangrentadas, cartuchos no usados, y pan empapado por la lluvia.

Sobre el paisaje estaban dispersos todos los pertrechos de la guerra: tanques gigantescos con la cinta de propulsión enroscada en el suelo, a su lado, como serpientes muertas; cureñas de cañones con las ruedas astilladas; automóviles blindados partidos por la mitad y cañones con la recámara abierta; obuses y morteros que parecían un montón de hierro viejo en el fondo de embudos de granada; rimeros de balas de artillería cuidadosamente arregladas, y todas encajadas en contenedores de mimbre para impedir que se rayaran; pilas de fusiles recién salidos de las fábricas, todavía guardados en sus cajas parecidas a ataúdes; camiones con los motores volados; camiones casi intactos; cocinas de campaña con carne en las cacerolas; panaderías de campaña en cuyos hornos se había quemado el pan. Alrededor de todo esto, la tierra castigada, rota, revuelta, como escarbada y sacudida por cuanto instrumento de destrucción ha forjado el hombre.

Al pie de una colina de donde fluía un claro arroyuelo, encontré cascos de acero con perforaciones de bala, cantimploras y platos y una cafetera de la que alguien había estado a punto de servirse.

Caminé por el campo de batalla durante varias horas, buscando algún signo de vida, pero todo era muerte. Ni siquiera había un buitre posado en la rama destrozada de algún árbol desgarrado. Las ratas de campo yacían de espaldas en las trincheras y cráteres anegados donde se habían ahogado. Ningún perro sin dueño erraba por los campos. Ni siquiera se veían pájaros.

En toda esta gran zona de batalla solamente encontré una tumba marcada. Tropecé con un lecho de tierra situado debajo de algo que había sido un árbol, y caí sobre una inscripción cuidadosamente trazada en el sepulcro de un soldado alemán. La tabla había sido cortada de un abedul y en ella se había grabado la inscripción con hierro al rojo. Puesto que la señal había sido escrita y erigida con tanto cuidado, era

evidente que aquel alemán murió y fue sepultado antes de la furia de la batalla.

La tabla de abedul decía:

EN MEMORIA DE MAX GOERICHER,
MUERTO
EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1941

De los millares de alemanes y rusos que cayeron en la batalla de Yelnia, solamente está marcada la tumba de Max Goericher. Cuando llegué, el delgado poste de abedul colocado sobre el sepulcro se había caído; yo lo enterré en la tierra blanda lo más firmemente que pude, antes de partir.

CAPÍTULO XVII

Hasta último momento, no supimos si nos venderían pasajes de ferrocarril, pero la muchacha de la taquilla había telefoneado la noche antes, diciendo que teníamos 99 probabilidades a favor, y una sola dudosa.

Nos hallábamos levantados a las 6. Era una típica mañana de octubre. Las torres del Kremlin y los altos edificios, alrededor de nuestro hotel, estaban envueltos por espesa neblina, y el agua goteaba por los vidrios de las ventanas.

No había pánico en Moscú; había la firme resolución de hacer las cosas que salvarían a la ciudad de ser capturada. Chicas, niños, ancianos y mujeres aprendían a introducir balas en los cargadores de ametralladoras, a tirar granadas de mano bajo la cinta propulsora de los tanques, y a ponerse al hombro un fusil y llevar media docena de botellas de nafta al mismo tiempo.

No había en toda la Tierra gente más resuelta y dueña de sí que el pueblo de Moscú.

Acabamos de hacer el equipaje, lo que nos dio bastante trabajo, aun cuando veníamos tirando ropa a montones desde que salimos de Los Ángeles, seis meses antes, para no mencionar que unos ocho o diez amigos de Moscú nos habían metido estrujados rublos en los bolsillos para que les diéramos camisas, *sweaters* de lana, zapatos y medias de seda, todo muy gastado por el uso.

La noche anterior me pasé varias horas conduciendo el auto a través de los suburbios septentrional y occidental de la ciudad. Los alemanes avanzaban sobre el Kremlin; el pueblo tenía conciencia del peligro que lo amenazaba y se disponía a afrontarlo. Mientras andaba por los suburbios y por los accesos de la ciudad me di cuenta de que, pasara lo que pasase, Moscú estaba pronta a oponer la mayor defensa de los tiempos modernos. Veía indicios de ello en todas partes. Cuadrillas de hasta quinientos hombres estaban, diseminadas por el campo, cavando enormes fortificaciones y trampas para tanques, increíblemente hondas. No media docena de cuadrillas: veintenas de cuadrillas. La mayoría de los hombres eran miembros del Ejército del Pueblo. Pero también había mujeres que trabajaban en esas fortificaciones: mujeres, niños, empleados, panaderos, artistas, maestros, porteros, periodistas, mecánicos y taquígrafos. El pueblo sabía que si el comando del Ejército Rojo decidía no emplear tropas en la ciudad, la defensa estaría en sus manos. Los edificios habían sido minados y las calles obstruidas con barricadas. Todo estaba listo para resistir el asedio que amenazaba a la capital.

La razón básica por la que Hitler no pudo vencer a la Unión Soviética con una campaña ciclónica de seis u ocho semanas fue que el pueblo no tuvo miedo a sus raides aéreas y los soldados no lo tuvieron a su ejército. Había podido dominar a otras naciones con precisión de reloj, utilizando sutilmente el temor y la propaganda.

Los soviéticos, empero, sentían por Alemania un desdén, que Hitler no pudo superar, y cuando desencadenó su furia contra ellos, se le contestó con todo el fuego y empuje de un pueblo encolerizado.

Poco antes de las siete, la taquillera del ferrocarril nos telefoneó que podríamos adquirir pasajes para el Norte. Nuestro tren debía salir de la estación a las 9.45, y nos fuimos del hotel a las 8: queríamos estar seguros.

Grandes muchedumbres formaban colas de dos y tres en fondo, esperando desde quién sabe cuándo para conseguir pasajes y tomar los trenes. Debe de haber habido, por lo menos, seiscientos hombres, mujeres y niños aguardando pacientemente ante las ventanillas cerradas de las taquillas.

Las puertas de la estación se nos abrieron treinta minutos antes de la hora de partida, y nos abrimos paso por entre multitudes de soldados y marineros, que esperaban los trenes con rumbo al Norte. Había mucho trajín en los andenes, mas no confusión. Los mozos nos precedieron, llevando nuestro equipaje, y caminamos por andenes al aire libre, a lo largo de nueve vagones, antes de encontrar el nuestro, que era el número 5. Además de los catorce vagones de pasajeros había dos de correspondencia y encomiendas. El último coche, que fue añadido pocos minutos antes de partir, era un vagón de carga corto, tipo europeo, protegido con coraza de acero. Llevaba un destacamento de soldados.

Cuando los empleados nos condujeron a nuestro vagón, descubrimos que era de asientos duros. Habíamos creído que el tren llevaría un vagón con sillones mullidos, pero no tuvimos más remedio que sentarnos en los bancos de madera y aprovecharlos lo mejor posible. A esa altura, los cincuenta rublos que habíamos dado a los mozos de estación por llevar el equipaje desde la calle al tren, resultaron insuficientes, pues no vacilaron en pedirnos otros veinticinco rublos. Llegamos a un arreglo por sesenta y cinco rublos en total. A la tasa de cambio de la divisa norteamericana ese servicio nos costó aproximadamente doce dólares, pero acostumbrados a ver escurrirse nuestro dinero como agua en cinco meses pasados en Rusia, nos encogimos de hombros como veteranos. De todos modos, salíamos de la Unión Soviética y teníamos que gastar nuestros rublos antes de cruzar la frontera.

El tren iba a partir al cabo de diez minutos. Nos preparamos para el viaje que en condiciones ordinarias de paz duraba cuarenta y ocho horas, pero que ahora requeriría un total de tres días y dos noches. No había comedor, pues los vagones comedores fueron retirados de todos los trenes al estallar la guerra, y por la misma razón no había dormitorios. Se nos había dicho que todos los trenes tenían un *vagón blando*, lo que significaba un coche de segunda clase con asientos mullidos, pero la información resultó errónea.

El *vagón duro* que iba a ser nuestro hogar durante casi media semana es, en Rusia, algo parecido a un coche norteamericano de carga, con ventanas y anchos estantes que sirven de cama. Los bancos tienen divisiones, pero son abiertos en sus extremos, y la única intimidad posible se obtiene generalmente bajo la protección de

la noche, cuando se apagan las luces.

Habíamos comprado previsoramente cuatro pasajes, que nos daban derecho a ocupar dos bancos enteros. Encima teníamos las camas de madera. Eso es todo lo que tiene el vagón duro en Rusia, fuera de un *water closet* instalado al extremo del coche, que sirve para ambos sexos.

El tren arrancó puntualmente a las 9.45. Salimos a buena marcha de Moscú. Pasamos por un barrio fabril que no tenía huellas de bombardeo, y atravesamos suburbios salpicados de casas de madera para una sola familia, sin pintar, castigadas por la intemperie, de dos, tres, cuatro y cinco habitaciones, que son típicas en toda la Gran Rusia, desde Ucrania hasta el mar Blanco.

En los ochenta kilómetros siguientes marchamos en dirección Nordeste, a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora. El tren pasó por un campo de verdes pastizales, con algunas arboledas de abedules y pinos en el paisaje. Siempre que llegábamos a una de ellas veíamos grupos de niños y mujeres, y a veces soldados arrancando hongos del suelo húmedo. El país parecía tan pacífico como seis meses antes, pero cada aldea grande mostraba signos de actividad bélica.

De vez en cuando se veía un tanque mediano o un emplazamiento de cañones. Siempre había camiones del ejército en las aldeas más pobladas, y destacamentos de soldados aparecían en campos de instrucción y en torno a los cuarteles.

Paramos con frecuencia todo el día, mientras los trenes militares con prioridad nos pasaban en ambas direcciones. Algunos eran trenes hospitales que venían de Leningrado; otros, trenes cargados de soldados risueños, que aparecían a la puerta de vagones de carga, y otros eran largos trenes de vagones chatos y tipo góndola que llevaban destacamentos completos de tanques: pequeños, medianos y grandes. En los coches se habían establecido plataformas para maniobrar, y en todas partes se veían ametralladoras y cañones antiaéreos. Esos trenes iban a Leningrado a gran velocidad, y a veces solamente separados por diez o quince minutos.

Antes de salir de Moscú se nos había aconsejado llevarnos la comida, lo cual resultó extraordinariamente oportuno. Habíamos empaquetado víveres para tres días, en tres grandes canastas. Además de pan, manteca, jalea, queso y jamón, teníamos seis botellas de agua, pollo, fiambre, caviar —prensado y fresco— y salchicha ahumada. Todo esto parecía superabundante cuando salimos de Moscú, pero después de tomar nuestras dos primeras comidas vimos que tendríamos que economizarlas si queríamos que alcanzaran para los últimos 140 kilómetros en un tren que paraba en cada desvío por períodos que variaban de cinco minutos a cuatro horas.

Empezó a obscurecer a eso de las cinco y media y una mujer, la guardatrén, recorrió el vagón obscureciendo las ventanas. Cuando estuvo hecho, se encendió una sola luz eléctrica, azul, en el centro del coche y nos preparamos a dormir.

Cada asiento del vagón estaba ocupado, y a las seis se convino tácitamente en que era hora de acostarse. Mi mujer y yo éramos los únicos que teníamos ropa de cama. Los demás se envolvieron en su sobretodo y se acostaron en sus estantes. Por lo que

pude ver, tampoco se trataba de sacarse los zapatos, porque a la mañana temprano, cuando me levanté, fui saludado por muchos pares de suelas de botas que salían de las camas.

A veces, por la noche, habíamos cambiado la dirección del viaje, del Nordeste al Norte, y seguíamos el 40 grado de longitud. A las 12 del segundo día habíamos viajado algo más de cuatrocientos cincuenta kilómetros y estábamos, por diferencia de un grado de latitud, en el paralelo de Leningrado, que está a 60 grados Norte. Esa tarde cruzamos la línea principal del ramal a Leningrado del transiberiano, y enderezamos para el Norte.

El tiempo era más brumoso de lo que había sido en Moscú. Vientos fríos penetraban en los vagones de madera no muy gruesa, y lo único que podíamos hacer para guardar el calor era echarnos encima toda la ropa, inclusive los sobretodos y una frazada cada uno. Por alguna causa, sea la guerra u otra, el coche no tenía calefacción. En cierto momento, por la noche, un pasajero encendió un puñado de carbones en una bandeja de hojalata. Sentíamos las emanaciones, pero no recibíamos nada del calor.

Al amanecer levanté la cortina de obscurecimiento y miré por la ventana. La nieve se arremolinaba contra el vidrio y la tierra estaba alfombrada por ella. Cuando el tren paró en el próximo desvío vimos conglomerados de nieve como de dos y tres pies de largo colgados de los tejados y aleros.

A mediodía paramos en una ciudad bastante grande. El tren debía permanecer allí cuarenta minutos, pero en realidad se quedó tres horas y cincuenta. Margaret estaba resuelta a entrar en la estación y comprar comida caliente, mientras yo la esperaba en el coche para vigilar nuestros efectos. Habíamos notado que casi todos los compañeros de viaje durmieron con su lío o maleta como almohada, y los que tenían dos o más bártulos los juntaban ingeniosamente con pedazos de sogas y grandes retazos de género. De modo que yo me quedé con el equipaje mientras Margaret se dirigió al restaurante cruzando las vías.

Cuando llegó al restaurante había una cola de cincuenta o sesenta personas esperando turno para comprar. Permaneció en línea durante más de media hora, con un ojo en cierta humeante *kasha* caliente y otro en el tren. Por fin llegó su turno, y descubrió que necesitaba una tarjeta de racionamiento para que la atendieran. Entonces se metió en la estación donde se vendía *kasha* comercialmente, a mayor precio. Y esta vez estaba resuelta a no esperar media hora en otra cola, de modo que empezó a hablar lo más fuerte que pudo.

Pronto se produjo algo como un tumulto. No solamente éramos los únicos extranjeros del tren, sino evidentemente los primeros que viesan aquellos ciudadanos. Se llamó a la milicia para detener a la que pensaban era una alemana, pero antes de que llegara, un oficial de la flota roja, que hablaba inglés, arregló las cosas en poco tiempo. La ayudó a comprar un gran tarro de *kasha* —que es una comida hecha de cebada y manteca derretida— y ella volvió al tren.

Nos sentamos en los bancos y comimos con hambre, hasta que desapareció el último grano. Fue una de las mejores comidas que hemos hecho en cualquier parte del mundo. El oficial que hablaba inglés, pasajero de otro vagón, nos trajo luego una lata de pescado y la abrió para nosotros. Después la guardatrén trajo una gran cacerola de agua hirviendo, con la que llenamos las tazas y la bebimos. No había té ni lo llevábamos nosotros, pero descubrimos que el agua caliente es casi el mejor sustituto de té o café que existe al Norte del paralelo 60.

Después de una larga espera en la estación, mientras nos pasaban vagones tras vagones de trenes cargados de soldados, tanques, camiones de artillería y todo pertrecho imaginable, emprendimos la marcha nuevamente. Ya eran entonces casi las cinco de la tarde, y todavía nos encontrábamos a 700 u 800 kilómetros del mar Blanco.

Poco después nos acostamos para pasar otra noche de frío.

Al día siguiente comimos nuestro último pan y abrimos una lata de cerezas. Nuestra provisión de víveres había quedado reducida a un pedazo de queso, un poco de caviar prensado y un largo trozo de salchicha ahumada.

Empezaba a parecer que pasaríamos un cuarto día en viaje. Por lo tanto, reservamos una parte de la comida. Yo elegí queso y caviar prensado, mientras Margaret dijo que se conformaría con salchicha. Escondimos cada uno nuestra porción, y convinimos en no pedirnos el uno al otro cuando se nos hubiera concluido. Estábamos en la salvaje región nórdica de los bosques, y ya era evidente que no encontraríamos estaciones donde comprar comida.

El país que recorríamos era casi llano y subía suavemente hacia el Norte. A ambos lados de la vía encontrábamos aserraderos, pero el único signo de vivienda humana eran aldeas separadas por 25 o 40 kilómetros. Cuando parábamos en estaciones, lo más que veíamos eran grupos de ocho, diez o doce casas, en medio de un lodazal de fango negro. Llovía a cántaros y parecía que siempre hubiese llovido allí. Las casas eran más toscas que las del Sur, pero también de troncos. La única señal de labor agrícola eran algunos silos de heno fresco que se veían suspendidos sobre maderas encima de la tierra húmeda. No había vacas, pero en cada casa aparecían dos o más cabras bajo la galería, en la puerta o en la casucha de la leña.

Las ropas de estos habitantes del Norte campesino estaban en peor estado que cualesquiera otras que yo hubiese visto en la Unión Soviética. Casi todos tenían botas de alguna clase, pero había más calzado de género que de cuero o goma. Las mujeres que trabajaban en las turberas al lado de las vías calzaban generalmente zapatillas de paja en pies espesamente forrados. A más se forraban con trapos, hasta mucho más arriba de las rodillas. De vez en cuando se veía una mujer o un niño descalzo. Tres cuartas partes del trabajo, a lo largo de todo el camino, era hecho por mujeres. Juntaban troncos, cargaban carros de leña, excavaban las turberas. La mayoría de los obreros del ferrocarril eran mujeres, y los únicos hombres del personal del tren eran el maquinista y el fogonero.

De vez en cuando pasábamos por un campo de instrucción militar, y siempre había gran número de soldados cavando zanjas o haciendo ejercicios de fusil o de tiro. A la tarde del tercer día noté que el tren ganaba velocidad y perdía menos tiempo en las paradas.

Empezaba a parecer que íbamos a llegar a destino en la desembocadura del Duina septentrional, en el mar Blanco, por la noche. Margaret, que se había acostumbrado al vagón duro, dijo que estaba perfectamente dispuesta a pasar otra noche en el tren porque había llegado a gustarle. De todos modos, se comió el resto de su porción, pero yo reservé la mía por si teníamos que pasar otra noche en una estación.

Al mediar la tarde llegamos a un punto desde el cual la tierra se inclinaba pronunciadamente hacia el Norte, en dirección al mar. El tren empezó a andar más y más rápido, y en ocasiones marchamos a cincuenta o sesenta kilómetros por hora. A las cinco empezamos a pasar por los primeros signos de vivienda urbana. Había una alta plataforma para esquiar, erigida en la colina más elevada de la vecindad, que era de unos trescientos metros, y también aparecieron varias casitas. Estaban pintadas de blanco y tenían en torno patios despejados.

Cuando se ponía el sol a las cinco y media atravesamos una tierra baja y pantanosa al lado Oeste del Duina septentrional, frente a la ciudad de Arcángel, o como la llaman los rusos, Arhangelsk.

El tren se introdujo en la estación terminal y saltamos a un andén abierto. Nos saludó una ráfaga de viento frío y húmedo del Ártico, que me hizo estremecer hasta los huesos. El tren se vació pronto de sus cientos de civiles, soldados y marineros, y nos quedamos en la plataforma preguntando cómo conseguiríamos cruzar el río hasta Arhangelsk.

Pocos minutos después llegó un oficial del Ejército Rojo, y nos miró; detrás de él venía un empleado de la aduana. Tratamos de decirle en nuestro pobre ruso, qué hacíamos en Arhangelsk, y nos escuchó pacientemente. Pasado un rato, los dos se fueron por el andén y conversaron brevemente. Cuando regresaron nos hicieron signo de seguirles. Aparecieron varios mozos que nos siguieron con el equipaje.

Estaba obscureciendo rápidamente y un viento húmedo y helado nos calaba hasta el punto de que apenas podíamos caminar. El oficial y el aduanero iban delante, volviéndose de vez en cuando a mirarnos. Cruzamos unas vías y un camino enlodado hasta llegar a un sendero que nos llevaba al río. Cuando llegamos a un muelle, nos dijeron que esperásemos allí. El oficial desapareció y volvió después de cinco minutos, alegre y sonriente. Sabíamos que todo iba bien, pero abrigábamos la esperanza de que podríamos apresurarnos y salir de esa noche ártica. Nos condujeron hasta un extremo del malecón, que se proyectaba dentro del río, y de allí pasamos a un muelle flotante por una tabla estrecha que parecía un hilo sobre el agua fría. Nos esperaba una lancha y nos embarcamos en seguida.

El ancho Duina del Norte estaba animado por muchos barcos cuando nos metimos en mitad de la corriente. Una nueva ráfaga, más fría aun, de viento ártico

nos azotó al avanzar aguas abajo hacia la noche. Pasamos varios buques mercantes, y nos acercábamos a la orilla opuesta cuando el motor se paralizó. Ambos oficiales reían y estaban muy contentos, mientras nosotros tiritábamos y dos marineros luchaban con el motor.

Entretanto el viento fuerte nos estaba haciendo remontar el río y Arhangelsk se alejaba cada vez más. Una hora después el motor estuvo arreglado y nuevamente pusimos proa al viento y bajamos la corriente. En invierno el río se congela con tanta solidez que se tienden carriles sobre el hielo y pasan los trenes, y nosotros teníamos la impresión de que antes de que pasara la noche aparecería una cuadrilla y empezaría a tender los carriles sobre el río.

Después de otra media hora llegamos al embarcadero. Había terminado nuestro viaje a Arhangelsk. El oficial y el aduanero nos llevaron por la oscuridad, asiéndonos de las manos, en las que sentíamos el calor de las suyas, y nos depositaron en salvo sobre la orilla. Estábamos dos grados más allá del círculo polar ártico. Íbamos a empezar nuestra lucha con el invierno ártico, en viaje para América.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.